



JOSÉ
DÍAZ
BOLIO

Huella humana

Antología poética

Huella humana

Antología poética





Huella humana
Antología poética


MAPorrúa
librero-editor • México

MÉXICO • 2017

M861.1
D5421
2017

Díaz-Bolio, José
Huella humana : antología poética / por José Díaz-Bolio -- 1ª ed. -- México : Miguel Ángel Porrúa, 2017
404 p. : 14 × 21 cm. -- (El Pirul. Varia literaria)

Nota: Esta edición se corresponde con la —no venal—, publicada sin pie de imprenta en Mérida, Yucatán, diciembre de 1993.

ISBN 978-607-524-173-9

1. Poesía mexicana

Esta edición se corresponde con la —no venal—
publicada s.p.i. en Mérida, Yucatán, diciembre de 1993

© 2017

Por características tipográficas y de diseño editorial
MIGUEL ÁNGEL PORRÚA, librero-editor

Derechos reservados conforme a la ley
ISBN 978-607-524-173-9

Queda prohibida la reproducción parcial o total, directa o indirecta del contenido de la presente obra, sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito de GEMAPORRÚA, en términos de lo así previsto por la *Ley Federal del Derecho de Autor* y, en su caso, por los tratados internacionales aplicables.

IMPRESO EN MÉXICO



PRINTED IN MEXICO

LIBRO IMPRESO SOBRE PAPEL DE FABRICACIÓN ECOLÓGICA CON BULK A 80 GRAMOS

www.maporrúa.com.mx

Amargura 4, San Ángel, Álvaro Obregón, 01000, CDMX

Texto introductorio

JORGE CARLOS RAMÍREZ MARÍN

SENCILLEZ

Para vivir como quiero
me basta mi sencillez,
un jardincillo, una banca
y el perro junto a mis pies,
o, en musical comunión
mi guitarra y un rincón.
Ni palacio, ni oropeles,
Ni tesoro que cuidar:
ser sólo una cosa humana
que quiere vivir en paz,
a los grandes de la Tierra
les regalo lo demás.

NO PUDE encontrar mejor poema: “Sencillez”, que refleje la esencia y sensibilidad de un gran poeta yucateco: José Díaz-Bolio, nacido en Mérida el 6 de enero de 1906, donde también falleció el 13 de octubre de 1998, dejándonos un enorme y rico legado cultural. El sentimiento de su alma yucateca quedó impreso en sus obras.

Personaje multifacético: fue antropólogo, arqueólogo, historiador, sociólogo y periodista, un hombre comprometido con su cultura, su tierra y su tiempo; sus aportes son innumerables y sus contribuciones a la arqueología están contenidas en los libros *La serpiente emplumada, eje de culturas* (1955), el más representativo —donde exhibe el descubrimiento de un patrón iconográfico serpentino recurrente en la cosmovisión de los antiguos mayas—; *La tumba del rey Nachan-Caan* (1978); *Mi descubrimiento del culto crotálico* (1977); *Origen del arte maya* (1991); también escribió *La chaya, una planta maravillosa*, estudio sobre las propiedades de esa planta yucateca, entre otros. Actualmente, muchos

de sus trabajos de investigación histórica sobre las culturas maya y yucatanense, inclusive inéditos, se encuentran resguardados en la biblioteca de la Universidad de Tulane, Nueva Orleans, en el Archivo Histórico Yucatanense y la Biblioteca Yucatanense del Centro Cultural del Patronato Pro Historia Peninsular de Yucatán A.C., en la ciudad de Mérida, Yucatán.

Sus verdaderas aficiones fueron la literatura y la música que, sin lugar a dudas, se nutrieron de los amplios conocimientos que sobre el universo maya tenía. Su gran pasión por el pasado precolombino de esa cultura lo llevó a escribir *El Mayab resplandeciente* (1934), primer libro de poesía que derivara en un conjunto de comentarios y reflexiones en torno a la importancia de la serpiente de cascabel en la civilización maya.

La característica principal de los poemas de Díaz-Bolio es su índole sencillo y universal; siempre cercanos a la figura de Dios y poseedores de una enorme carga espiritual. A través de su poesía, Díaz-Bolio nos invita a reflexionar y a preguntarnos frecuentemente sobre la relectura de nosotros mismos; en este sentido, él se hizo sus propios cuestionamientos encontrando el pulso natural que lo llevó a escribir *Poemas en Cristo* (1934) y *Sónticos* (1939). Al leerlo nos percatamos de que su credo jugó un papel importante en su forma-



ción: le brindó las herramientas necesarias para su vida, su lenguaje y su sensibilidad, ofreciendo una versión purificadora de la poesía que deja en el lector una profunda huella. A diferencia de muchos poetas yucatecos, Díaz-Bolio emprendió diferentes caminos para la escritura; dominó distintas formas y combinó recursos literarios; su obra poética posee diversas intensidades, el privilegio de la imagen y el verso aforístico. Isidro Fabela, en su prólogo al libro *El mayab resplandeciente*, afirma:

[...] Díaz-Bolio se ha superado: la prosa de sus poemas breves es la única perdurable, la que dice lo que quiere decir, con precisión, con claridad, con elegante sencillez, la prosa de ideas netas expresadas con la fácil euritmia, con la difícilísima armonía de una música limpia, grata y noble.

Concluye:

[...] en estos tiempos en que el verso va haciéndose joya del pasado, es preferible hacer poesía en prosa, porque si ésta es rica, diáfana, sensual en su emotividad, elegante en su ritmo, noble en su fervor, la palabra poesía dejará de ser sinónimo de verso, y los verdaderos poetas terminarán escribiendo en prosa.

José Díaz-Bolio también fue ampliamente conocido por sus ensayos y artículos periodísticos que rondan los 6,000 textos, pues escribió constantemente para varios periódicos de la ciudad de Mérida y algunos del centro del país. Durante mucho tiempo redactó la columna “Perfil del tiempo” y, a través de sus escritos sobre el universo maya publicados en este espacio, demostró científicamente que la serpiente en nuestro Escudo Nacional, pertenecía a cierta especie de víbora de cascabel, por lo que se modificó y perfeccionó el dibujo del reptil, aumentando el número de cascabeles.

Gracias a su talento, tuvo la oportunidad, en la Ciudad de México, de ser alumno de guitarra —además de gran amigo— del compositor Ricardo Palmerín, su paisano, de quien aprendió más de 60 canciones. En su faceta como compositor escribió *Retorno* y *Musmé*, musicalizadas por el veracruzano Emilio Nicolás; la música para su poema *Cobarde*, la escribió el propio Palmerín. La amistad entre ambos perduró hasta la muerte del compositor en 1944, prometiéndole Díaz-Bolio preservar la música yucateca y, en 1980, grabó una antología con 54 canciones de su maestro.

Su bibliografía es muy amplia e incluye, además de las obras ya mencionadas, otras de gran profundidad para el pensamiento humano, como lo es *Oración rústica*. José

Díaz-Bolio, además hizo una compilación de sus poemas, titulada *Huella humana. Antología poética*, que ahora publicamos nuevamente, donde reúne sus obras: *Los Itzacanes* (1932), *Recreación de la Flor de Mayo* (1949), *El Mayab resplandeciente* (1934), *Poemas en Cristo* (1934), *Sónticos* (1939) y *Ruba'iyat* de Omar Khayyam, versión en español traducida por Díaz-Bolio, basada en la inglesa de Edward Fitzgerald.

Me congratulo al adicionar estas líneas a la presente edición; con ellas rindo homenaje a un yucateco ejemplar, amante de su tierra y de su país. Que el libro que tienes entre manos, amable lector, haga resonar la voz del autor en ti, porque José Díaz-Bolio, como muchos poetas, no requiere compilaciones o estudios críticos, lo que necesita son lectores.

JCRM

[Diciembre de 2017]

Brocal

FERNANDO ESPEJO

ASOMARSE al pozo de agua clara de la poesía de José Díaz-Bolio es un privilegio reservado solamente a los pocos, sólo a los escogidos, que son a fin de cuentas los encantados —los encantables— por la magia del amor, la ilusión de la vida y por esa extraña prestidigitación que es la única capaz de hacer aparecer la belleza.

Leerla, es descender a pulso —entre helechos sorprendentemente perfumados a tierra y a mujer— hasta el fondo de ese pozo, donde él vive como uno de esos extraños magos de los cuentos.

Díaz-Bolio inventa, crea su propio mundo. Se pasea por las orillas de los azules lagos del modernismo —aquellos de Darío y también de las baladas del bardo inglés Lord Randal— y se aleja de ellos por caminos de piedra labrada y exquisita, en los que abínca las huellas, rescatando las cosas nuestras para llenarlas de imágenes, tal como si las hiciera surgir de un pebetero. ¿Regalo de Itzamatul o de Omar Khayam?

Mixtura de misterioso aroma produce este humo, que se petrifica —como una evocadora voluta de Art Nouveau—, en un inquietante signo de interrogación...

Yo confieso, que después de su lectura, me he quedado con la mirada perdida, con la misma absorta incredulidad que siempre me ha producido la sencilla belleza de una flor.



Los monumentos

(Primera poesía en que se canta a las ruinas mayas)

¡Monumentos!

¡Monumentos que pregonan de otros tiempos las grandezas,
las vividas maravillas de quiméricas proezas
como mitos legendarios de magníficos portentos!
¡Monumentos de la patria, monumentos del pasado,
raras piedras esculpidas por artífices tremendos
que nos dicen de las guerras los titánicos estruendos
al chocar petos y lanzas sobre el suelo abanderado!

A la clara luz del día
o en el seno del silencio de la noche
vuestros rasgos son derroche
de romántica hidalguía.

¡Los blasones
y las flámulas batientes que os adornan
son recuerdos de varones
aguerridos, que fantásticos exornan!

¡Cuántas líneas, cuántas curvas con sopor os atavían,
idolátricas y nobles,
ostentando misteriosas, con figuras que extasían
sus enfáticos redobles!

¡Monumentos imborrables
por los vientos y las aguas que han de ser interminables!

¡Monumentos misteriosos
que recuerdan las grandezas de otros tiempos más gloriosos!
¡Monumentos de los mayas, monumentos de Chichén
que se muestran inefables con heráldico desdén!

¡Cuántas veces he paseada por las naves del museo
y nostálgicos os veo
como dioses indomables de un imperio ya vencido,
como almas de guerreros
que murieron altaneras
con la gloria de su raza, sin un ruego ni un gemido!

¡Cuántos años han pasado
y qué tristes han quedado.
gigantescos monumentos, monumentos legendarios
cual guerreros no vencidos,
como reyes impasibles y abstraídos,
como ancianos milenarios!

¡Sois el eco de la voz que recompensa
el olvida de la raza más inmensa!
¡Sois el alma señorial que desentraña
los recuerdos de la raza que legó la Nueva España!

¡Sois la fuente más innata de las grandes fantasías,
de los dioses más extraños, de colosas hidalguías!

¡Os admiro, monumentos,
monumentos misteriosos de titánicos portentos!

El mendigo universal

—¿Quién fue aquel caminante de la triste mirada
que con ávida mano nuestra puerta golpeó?
¿qué dijeron sus labios, de una voz tan ahogada
como nunca en las tierras otra igual se escuchó?
Un desmayo en el alma me produjo su angustia
y una enorme tristeza me causó su dolor;
en su faz melancólica, tan doliente y tan mustia,
se adivina el deseo de un pletórico amor...
Y si va de una puerta suplicante a otra puerta,
con su mano tan pálida que diríase muerta,
un albergue pidiendo en el nombre de Dios,
le salpican el rostro la impiedad y la afrenta,
todos dícnle agravios de manera violenta
y le gritan: —¡Largaos no hay lugar para vos!
En los áureos palacios ni un rincón adecuado
ni una gota del vino ni migaja de pan,
solo un áspero acento que reprocha al osado
la atrevida esperanza de su inútil afán.
Yo lo vi en la penumbra de una noche de escarcha
cuando el gélido piso de mi calle cruzó,
tremulante su mano
y en tristísima marcha,
arrastrando en la sombra su penar.
Dime, hermano,
¿quién fue aquel caminante que la puerta golpeó?
—Yo no sé, mas tenía cinco llagas rabinas,
sus cabellos ondeaban en un claro de luz,
y ceñía sus sienes cruel corona de espinas
y llevaba en los hombros una trágica cruz!

El vagabundo

Anohecida el alma, sucio el rostro,
como un harapo que no quiere ser,
erraba por la muerte de la vida,
perdido el rumbo y sin saber qué hacer.

Y una mañana, cuando todo el mundo
le hería y le lanzaba fuera de él,
encontróse a Jesús en el camino,
que abrió los brazos y le dijo: —¡Ven!



Desnudez

La Ilusión se desnuda tras el biombo de seda
donde plásticamente vuela un Cisne de Leda.

¡Oh, mi eterna deseada, yo el tesoro daría
de los mármoles áticos por el bien de mirarte!
¡Qué ventura más grande, más excelsa y más pía
que la dulce ventura de poder contemplarte!

La Ilusión debe ser
la más bella mujer.
¿Quién la ha visto desnuda tras el biombo de seda
donde plásticamente vuela un Cisne de Leda?

Como avanza una sombra
del salón encantado fui cruzando la alfombra,
y era tal el silencio, que pensé que el Sonido,
en un trono de mármol cuya belleza asombra,
descansaba dormido.

Avancé lentamente, con el alma en suspenso,
la pupila encendida con extraño fulgor,
mis pisadas, inciertas, el espíritu tenso
y el semblante invadido con un ansia de amor...

¡Sorprender a la esquiva, sorprenderla desnuda
sin el manto invisible que la envuelve y la escuda!

¡Qué espectáculo eximio mi inquietud presentía
tras la fina figura de aquel biombo de seda



donde el cisne divino, con su plumajería
la blancura de nieve de una virgen remeda!
Las undívagas formas de la eterna ensoñada
qué armoniosas y suaves deberían de ser.
En su trémulo cuerpo de paloma asustada
¡qué tesoro de encantos debería yacer!

Y llegué junto al mueble que de mí la ocultaba,
mas imi pecho moría y mi mano temblaba!
Y colmóse mi cuerpo de un ardor impulsivo,
como un cráter ardiente mi impaciencia estalló
y de un rápido asalto derribé el divisivo
y di un grito de triunfo, potencial, pera, ¡oh!,
¡congelóse en mis labios la expresión de ventura,
me detuvo en la sombra como un golpe mortal
y la terrible pena de una amarga tortura
se clavó en mis entrañas como un fiero puñal!

¡Oh! ¿qué vieron mis ojos con mirar expiativo?
¡Ay! ¿qué vi tras el biombo con tan triste mirar?
¡La Ilusión era un humo vaporoso y furtivo,
de los humos que el hombre nunca puede alcanzar!

Al de la triste figura

Quijote, buen manchego de estirpe blasonada,
¿qué se hizo de tu lanza, tu escudo y tu rocín?
Tu triste silueta ya no se mira airada
como un espantapájaros erecta en el confín.

Irguiéndose triunfantes por todos los caminos
—la fuerza de tu adarga cansados a esperar—
los brazos ya se avistan de innúmeros molinos
como gigantes ávidos de herir y de matar!
¡Y qué de sinrazones erizan los senderos
por las funestas causas de ser y de no ser!
¡Y cómo ya se apropian los falsos caballeros
motivos venerables para desnoblecer!

Apresta tus arrojos, enristra ya tu lanza,
¡oh! itú de la figura tres veces singular!
¡Y a tu figura usanza,
con Rocinante al trote,
por Dios y por tu dama comienza a batallar!
¡Que aquestos días piden un ínclito Quijote
para los agraviosos entuertos enmendar!



La irredenta

Cenicienta de la América Latina
que te doblas bajo el peso de infamante esclavitud,
desde el Valle del Anáhuac hasta la montaña andina
sin un rasgo de impaciencia y tu misérrima quietud.
¡Oh, la raza iluminada y de pretéritas hazañas
que en milenios de sapiencia y que con letras jeroglíficas
cinceló gloriosamente en las espléndidas entrañas
de la roca, sus imágenes magníficas!
¡Ay de ti, raza de reyes por Europa esclavizada!
Tristemente has despertado de tu opaca mansedumbre,
en mal hora ves en sueños la alborada,
cenicienta que suspiras por inalcanzable cumbre.

Sin el bronce de tu cuerpo y el sudor de tu fatiga
no hay trigal que meza el viento ni solar que se levante,
son tus brazos sudorosos que la esclavitud fustiga
las dos columnas férreas de una América triunfante,
pobre raza que sucumbes bajo el peso de los siglos
y caminas por la noche del dolor, con paso incierto.
¡Raza heroica de guerreros vuelta raza de mendigos!
Eres todo y nada eres. ¡Más te valiera haber muerto!



Peldaños

Subíme a la luna de mis ilusiones
y dije al espacio de mis esperanzas:
Mis pasos más firmes son negras andanzas,
mis cantos mejores son tristes canciones.

¡La luna me dijo: más alta es la gloria
si tiene peldaños de escarcha y de espinas!
¡Me dijo el espacio: las formas divinas
surgieron de un mundo de umbrátil escoria!

Entonces no tuve ya viejas dudanzas
y trémulo dije con mil emociones:
¡Son pasos divinos mis negras andanzas!
¡Son cantos de gloria mis tristes canciones!



Celos

Ese clavel que prendido
en actitud leve y mansa
sobre tu pecho descansa,
me tiene ya enloquecido.
De yo verlo en ese encanto,
de mirarlo tanto y tanto
no permanezco sereno.

¡Quién tuviera, dueña mía,
quién tuviera la osadía
del clavel sobre tu seno!



Tú

Qué alegre es la mañana que despunta
rasgando lo infinito del azul;
violando lo profundo de las sombras,
¡igual despiertas tú!

Qué pródigos los astros que en las noches
nos brindan la caricia de su luz;
calmando las tormentas de mi alma,
¡así me miras tú!

Qué mansas son las aves que atraviesan
turbando de los aires la quietud;
pasando por las sombras de mi suerte,
¡así me turbas tú!

Qué grises son las nubes que en el cielo
empañan la alegría del azul;
negándome tus besos y caricias,
¡así me nublas tú!

Cantiga del arrabal

“Tírame la lima, tírame el limón,
tírame la llave de tu corazón!”
Cerca de la tapia, junto del balcón,
en la noche clara la feliz canción
—tírame la lima, tírame el limón—
daba una nostalgia de meditación;

daba con sus notas el ardiente afán
con que se quejaba de su cruel penar
y tortuosidades un gentil galán.
Era su cadencia para embelesar,
daba su misterio mucho qué pensar,
junto a los xhaíles, bajo el flamboyán,
en la noche clara la feliz canción:

“Tírame la lima, tírame el limón,
tírame la llave de tu corazón!”



Rubor

Rosa de aroma de siglos,
rosa que un mago formó
con luceros sorprendidos
en los caminos de Dios.

Si la mira sólo una
mirada tuya de amor
el madrigal de Gutierre de Cetina
se ilumina de rubor.

Lo más grande

Reunidos una tarde los dolores
en junta de consuelo que formaron,
unánimes, a un tiempo preguntaron
con voces palpitantes de temores:

—¿Hay algo más profundo que el dolor?
El grupo dijo: —¡No!

Y en ese instante,
alzado en una cruz, agonizante,
¡Jesucristo moría por amor!



El hombre y su perro

Cansado de vivir, harto del mundo,
empobrecido, solo y sin cariño,
una carta escribió de despedida,
cogió el revólver y apuntó a su sien.
Pero, viendo a su perro junto a él,
bueno, constante, cariñoso y fiel,
guardó el revólver y siguió viviendo.

El retorno de los héroes

¡Clarines, tambores, banderas al aire!
¡Mirad cómo vienen los bravos guerreros!
Usados y fuertes, con garbo atrevido
se van al combate, y van sonriendo.
Al son de las dianas que alegran sus almas
y frases de —¡vivan!— que ensanchan sus pechos,
formados en tropa, valientes, altivos
se van a la guerra los mil cuatrocientos,
se van al combate fecundo en la muerte
¡y van tan resueltos!

Caminan, caminan monótonamente,
pasan por poblados, montañas, desiertos,
y allá sobre el campo mortal de batalla
que tiembla al ruido de bombas y truenos,
cañones de espanto, metrallas y gases
su bárbaro impulso idesatan violentos!
La brutal tormenta no tregua su furia,
en cuadros macabros se apiñan los muertos,
mas, sigue la furia bestial y sangrienta
y en cruel espectáculo siguen cayendo
al bélico soplo los trágicos hombres,
los últimos héroes de los que tan fieros
formaron, con almas sedientas de gloria,
¡los mil cuatrocientos!



Al fin, una tarde serena y nublada,
hinchida en el luto funesto del duelo
por calles y plazas sonaron triunfantes
clarines marciales, tambores guerreros.
¡Las gentes aldeanas, nerviosas y alegres
a ver a los bravos rápidas se fueron,
a ver a los hijos, a ver a los padres,
a verlos a todos, los mil cuatrocientos!
Los mismas que un día, con ánimo heroico
vencer prometieron.

...La marcha macabra, la marcha triunfal.
Por plazas y calles pasaban sonriendo
mas, no con la risa que alegra a los hombres
sino con un trágico rasgo en el gesto.
Famélicos, sucios, de pena abrumados,
los unos, heridos, los otros perplejos,
pasaron cual pasa un soplido de muerte:
sembrando el asombro y partiendo los pechos.

Y al ver aquel cuadro fatal de sorpresa,
en toda la aldea con pálido acento
las bocas decían en sordo rumor:

Triunfantes volvieron...



Balada que dice: yo soy aquel Damián

—Yo soy Damián que fue por el camino
para escuchar la voz de su destino
y que torna de nuevo a tu querer.

—¡Hijo! ¡No puede ser!

—Yo soy aquel Damián, aquel que un día,
hace ya tantos años, madre mía,
dejó la casa que le vio nacer.

—¡Hijo! ¡No puede ser!

—Soy el mismo Damián, aunque soy otro:
la misma alma con cambiado rostro;
tu niño, a quien querías tanto ver.

—¡Hijo! ¡No puede ser!

—He vuelto en busca de mi antiguo lecho
y a descansar, al fin, bajo tu techo,
como en los días del feliz ayer.

—¡Hijo! ¡No puede ser!



Así te quiero

Mujer: si fueras diosa, te odiaría
con toda la pasión de un odio intenso;
si fueses Potestad del orbe inmenso
tus frases y tu amor despreciaría;
si cóndor que volases con el viento
cien dardos en el pecho te clavara;
si estrella que el espacio iluminara
muriera por no ver el firmamento!

Si tú fueras el Dios en quien yo creo
al punto entonces me tornara ateo;
si tierna y caprichosa golondrina,
¡por darte muerte diera un mil poderes!
En cambio, yo te adoro tal cual eres,
¡porque eres puramente femenina!



Crucifijo

Ahí tú estás, Señor, crucificado
por el bien de mi alma y mi pecado,
crucificado en la terrible cruz
que se ha vuelto, por ti, signo de luz.
¿Cómo, Señor, me tienes abrazada
estando en esa cruz siempre clavado?



De pasados tiempos

Yo miré como azotaron
al indio de la montaña,
mis pupilas se indignaron
y gimieron mis entrañas.

Salí hacia el campo corriendo.
—¡Mejicanos, mejicanos!,
iba en voz alta diciendo,
ivengad a vuestros hermanos!

—¡Espíritu de la raza,
¿dónde estás que no respondes?
¡Por qué tan lejos te escondes!
¡Ven aquí, muestra tu traza!

Sonó en las cumbres el viento,
las aves alzaron vuelo
y en la bóveda del cielo
murió angustiado mi acento.

Quedé confuso y silente,
de mi pena suspendido,
bajé los ojos vencido
y me dije tristemente:

—¡El águila se ha dormido!



El color que más se mancha

El blanco es cual el lirio, cual la nube
que abraza silenciosa la montaña;
el blanco es la divisa de las olas,
la concha de azahar, la arena pálida;
el blanco es la paloma que en el aire
en vértigo triunfal zureando pasa,
el blanco es el fulgor de las estrellas,
el rayo de la luna sobre el agua,
el cuello de los cisnes pensativos,
el alma del amor que se agiganta.
Y más que de la nube y de los lirios,
del rayo sideral y cosas tantas,
el blanco es el color de la inocencia.
¡Quizá por eso más pronto se mancha!



La danza

Primera voz: Está bailando con su alma.

Segunda voz: No, está bailando con lo infinito.

Tercera voz: ¡No, no! Está bailando sobre polvo.

Una voz que ríe: Sí, está bailando con su alma y con lo infinito, sobre polvo. ¡Está bailando con el amor!



Posdata

Hazme sencillo, oh, Vida,
con esa sencillez
que tiene la sonrisa
de la niñez.

No vayas a tornarme,
Vida, en un hombre serio,
de esos que pregonando
van su misterio.

Si quieres alegrarme
obséquiame locuras
para asustar al mundo
con mis travesuras.

Prefiero el desenfado
en mangas de camisa,
patinar por el tiempo
y morirme de risa.

Quiero mi bicicleta,
añoro mis patines
y montar a caballo
cogido de las crines.

¡Qué terrible flojera
la de quedar sereno
mientras la lluvia baila
y travesea el trueno!



Corazón: no te quedes
como niño de sala.
Ve a jugar en la tarde.
¡Corre! ¡Brinca! ¡Resbala!

Belleza

Nada me mueve como el sentido
de tu realeza;
nada me colma como el abismo
de tu presencia.

Pan de mis ojos es tu armonía;
ipan que me sacia, luz que me llena!
Soy un esclavo. Con tu hermosura
ven y avasállame, toma mi vida
como un tributo, ¡oh, tú, BELLEZA!



El cisne

Para matar al cisne de nevada pureza
que —nácar enigmático— nos muestra su belleza
como un ánfora griega de líneas musicales,
hace falta una cosa: tener manos brutales.

Para torcer un cuello de curvas apolíneas
que, al igual que los lirios de irreprochables líneas
ejercita un lenguaje de estéticos arcanos,
hace falta eso mismo: tener brutales manos.

Yo no podría nunca pisotear una rosa,
enlodar una estrella o a una mariposa
arrancarle las alas. Antes, las he mirado
como a criaturas próceres de todo lo creado.

Al cisne, blanca música, no he de torcerle el cuello,
porque yo amo todas las formas de lo bello.



David Moreno

(Cuando un guitarrista muere, mueren también los luceros)

¡Qué pena, mi Dios, qué pena!
Ha muerto David Moreno
y las guitarras sollozan
cubiertas todas de negro.
¡Qué pena, señor, qué pena!

Caen lágrimas del cielo
y las notas musicales
palidecen en silencio,
lloran los libros de música,
las cuerdas gritan lamentos
y se rompen, pues ya saben
que murió David Moreno.

¡Qué pena, señor, qué pena!
¡Qué dolor de diapasones!
¡Ay, qué funeral cortejo!
Seguid illas y soleares
llevan en hombros el féretro,
y en la tarde, rota y triste,
hay un sollozo de trémolos,
un desmayo de guitarras
y un quejumbroso lamento
que nos dice, ¡grito y lágrima!,
que ha muerto David Moreno.



Guitarra fina

Hermosura nunca amada,
guitarra jamás tañida,
inútil cuerpo sonoro
donde no canta la vida.

Tu diapasón en olvido
pide una mano de brisas
para pulsarte en arpegios,
guitarra nunca tañida.

Por vibrante languideces
y en tu silencio agonizas.
¡Qué inútil caja de música
y cuerdas jamás heridas!

De tu abundancia te mueres.
¡Cómo mueres de ti misma!
Sonora y siempre callada.
Siempre en pobreza y itan rica!

Te acabarás en los brazos
de la espera en que reclinas
tu ánimo, sin tú sentirte
cantora, guitarra fina.

—¡Qué nacer para la muerte
y qué morir por la vida!
¡Revienta tus propias cuerdas!
¡Ténsalas hasta que giman

y que al romperse en el aire
te azoten, y al fin tañida,
te sientas cantar, guitarra,
como lo sueñas tú misma!



Little boy

You fail to inspire me, poor Schopenhauer.
I have a motif, I love, I live.
Your light is darkness. Your shadowed tower
can but deceive.

Poor Schopenhauer, you did not see
that highest wisdom—in truth—is joy.
You took the sand but forgot the sea.
Poor little boy!

En un álbum

La mujer es un mucho de exquisito perfume
cautivado en el fondo del más frágil cristal,
icómo es suave de aroma! icómo llena de ensueños,
remedando a las flores del Jardín de Jehová!

Ténganse bien cuidados en vitrinas herméticas
esos mágicos pomos de sutil baccarat,
esos pomos que guardan el perfume divino
que las rosas no tienen y la ciencia no da,
que si llegan los cierzos de las fúnebres alas,
esos cierzos que traen toda negra impiedad,
y en un choque de asalto los ensueños abaten
y los pomos derriban y se rompe el cristal,
el perfume con alma que aventaja a las flores
inocentes y puras del Jardín de Jehová,
ese suave perfume que convierte y redime,
disgregándose en átomos para siempre se va.

Canción antigua*

Coge tu viejo violín,
tañe la cuerda cantante
y sigue mi voz, al fin
del Cántico de un amante.

La amorosa ya no existe y su poeta ya esta muerto;
pero, la canción de amores, fiel aún, se oye en el huerto.

La canción dice amantísimos y tiernos desagravios
exhalando, como ha tiempo, los suspiros de sus labios.

Bajo tierra está el poeta, bajo tierra la amorosa;
cada uno junto al otro sin inquietudes reposa.

De deseos que han pasada la canción está vibrante;
sólo el cántico retiene su ventura palpitante.

Ya no son sino cenizas en dos viejos ataúdes
y la canción aún exalta su orgullo, al son de laúdes.

Ella, ilesa, sigue siendo la adorable Bienamada;
con su aliento, la canción está de lirios perfumada.

La Bienamada era reina y él, príncipe del Arte.
La canción que yo les canto es del tiempo de Ronsarde.

Tañe la cuerda cantante
en el lánguido violín
y sigue mi voz, al fin
del cántico de un amante.

*Por Albert Lozeau. Versión de Díaz-Bolio.



El agua de la fuente

Hay algo que nos ata,
hay algo memorial entre tú y yo;
a pesar del jamás y la distancia,
somos el agua clara
de un mismo surtidor.

La corriente se fue por los caminos,
un arroyo de otro arroyo surgió.
¡La corriente corrió por los caminos!
Y al alcanzar la luz del infinito
se concilio en un solo corazón.

En mí llevo mucho de ti,
en ti llevas mucho de mí;
pues te busco, no somos tan extraños,
hay que juntar los invisibles lazos
para hermanar la fuente con el fin.

A pesar del jamás y la distancia
hay algo que se explica en este amor.
¡Somos la misma agua
que brotó hacia el azul una mañana,
de un mismo surtidor!

La puerta falsa

Huyó por la puerta falsa
para escapar de la vida
y un cargamento de muerte
dejó a su hijo el suicida.

Una carga más pesada
que todas las agonías,
sobre los hombros del hijo
la muerte del padre, fija.

Carga que no se descarga,
peso que nunca se alivia,
daga filosa y punzante
que al cerebro martiriza.

Un ataúd que le sigue,
una maldición que grita,
un no poderse arrancar
cosa tan dura y maldita!

¡Que nadie deje a sus hijos,
por cruel que sea la vida,
un cargamento de muerte
como el que dejó el suicida!



Quando naciste tú

Quando naciste tú

—tú: alma, flor y azur—

Dios, con su lira cósmica, rapsodia de los cielos,
improvisó poemas de luz y de armonía,
y en madrigales órficos labró con su supremo
lenguaje de universos
su más divina rima.

—Legiones de luceros tuvo por ortográficas
signos en sus poemas, y por medida tuvo
la portentosa métrica que usó para el espacio,
y por figuras astros, planetas por metáforas,
y en vez de verbos, imundos!

El máximo Poeta, en su lirismo enorme
armonizó de nuevo sus mágicos jardines,
improvisó jardines con sus constelaciones
y las constelaciones sirvieron como flores
gallardas y gentiles.

—¡Oh calificativos de océanos y cumbres
en que el cantor divino vertió su inspiración!
Vocablos del lireda celeste, que resume
la universal sustancia que todo cuerpo une
y que se llama amor.

Quando naciste tú

—arpegio, esencia, tul—

la multicolorde lira del Celestial Aéda
enrareció los aires con músicas divinas,
y las radiantes notas, magníficas, eternas,
como invioladas perlas
cruzaron por los cielos en blanca tropelía.
¡Dios fue el rapsoda inmenso
que estremeció la lira
gigante de sus reinos!,
el que escribió en su enorme lenguaje de universos
hossanas y aleluyas; el que escribió sus rimas
con la celeste métrica
de mundos y de estrellas;
el que llenó los ámbitos
con sus eternos cantos,
con sus eternos cantos de esferas y de luz,
la portentosa noche, la noche diamantina,
la luminosa noche de amor y de armonía
cuando naciste tú.



Tus ojos

Yo no puedo saber si hay en tus ojos,
tras el celaje azul de tu mirada,
pérfidas flechas que me den la muerte
matándome hasta el alma.

Yo no puedo saber si en su ternura,
que a las fuentes humilla y aventaja,
hay durezas de roca en que se quiebran
hasta las cosas santas.

Imposible saber si en la alegría
que tus ojos le dan a la mañana
habrá sombras de miedo que se agiten
como extraños fantasmas.

Imposible saber si en el aliento
que esos tus ojos prestan a mis ansias
hay horcas inclementes donde un día
colgará mi esperanza.

No puedo adivinar si esos dos soles
que acrecientan los méritos del alba,
antros se volverán donde deambule
errabunda mi alma.

No podría pensar que tanto brillo,
tal claridad y transparencia tanta
se volverán tiniebla en mi sendero,
espinos a mis plantas.



¡Imposible saber! Y, sin embargo,
amo tus ojos con tal fiel constancia
que, aunque me den la muerte, yo no puedo
vivir sin tus miradas.

Madrigal

Ojos que tanto me miran
y que yo a veces contemplo,
ojos que tanto me dicen
y que tan poco comprendo,
que acarician con miradas
que son como alados besos,
que son como dos estrellas
solitarias en el cielo.

Ojos que ruedan ternuras
como diciendo: ¡Te quiero,
de ti seré hasta la muerte
con el corazón entero!

Ojos suaves, ojos dulces,
bellos ojos de mi perro.



La misa de amor*

Mañanita de San Juan
hecha de almendras de sol,
cuando galanes de olivo
y doncellas de alcanfor
a catedral de Sevilla
van a oír Misa Mayor.

Allá va la mi señora,
resumen de perla y flor;
viste saya de jazmines,
mantilla de tornasol,
gran peineta de carey
y zapatos de charol;
usa blusa con encajes
de la China, y un mantón
que da clase, a los jardines,
de galanura y color.

En los sus labios tan rojos
destila un fresco dulzor;
luce en sus blancas mejillas
suave tinte de arrebol
y en los sus ojuelos garzos
pestañas a lo español
donde la luz de los ojos
mueve cantos de pasión.

*Antigua poesía española modificada por Díaz-Bolio.



Así entraba, en la Iglesia,
relumbrando como el sol.
Las damas fruncen el ceño
de envidia, ante esa visión,
y a los galanes de olivo
se les salta el corazón.
El que cantaba en el coro
en el Credo se perdió;
itodo el templo era una sola
y muy grande admiración!

El padre que dice Misa
ha perdido la oración,
con un ademán de ángel
atónito se quedó.
Monaguillos que le ayudan
responder no aciertan, non,
por decir amén, amén,
decían ¡Amor! ¡Amor!

Los hombres de madera

Aquí se dice lo que en tierra y cielo
estaba escrito, se recuerda y canta
lo que quedó en lo antiguo de la noche
reposando en la estera silenciosa,
debajo de la jícara del cielo.

Aquí se abre, como flor silvestre,
el esplendor que estaba recatado,
oculto al pensamiento y la mirada;
y llega su perfume, blanco y puro
como un perfume verdadero; llega
hablando a Junab-Ku, como el lenguaje
que brota de los labios del incienso.

Tú, quetzal, que sobre la madre ceiba
ostentas la señal de tu hermosura;
tú, venado, que vas como una brisa
graciosa y musical entre el bosque;
tú, zenzontle, que trinas en lo espeso
del ramazón, como una flauta rústica;
y tú, bello relámpago de plata
que escribes tu fulgor desde lo alto:
denme que pueda yo decir las voces
raíces del pasado, y en el arco
de la santa verdad tender la flecha
que llegue, cantarina y flamorosa,
a clavarse en el árbol de la vida.



¡Quién fuera la señal que está grabada
en el antiguo rostro de la piedra!
¡Quién fuese la palabra luminosa
que está oculta en la entraña de la selva!
¡Oh, quién fuera la voz que canta siempre
en el silencio de la edad eterna!

Se dice, en la fragancia de la historia,
y se canta en las voces del espíritu,
que en la espalda del tiempo, una mañana
abierta como flor sobre la noche,
el Creador y el Formador labraron
una raza de hombres de madera.
Madera cincelada con el arte
de Copan y Palenque, florecida
entre los dedos del que resplandece
de majestad, como una luz creciente.
Hombres de maravilla, cuyos ojos
eran igual que jades; que tenían
dentadura de perlas y cabellos
más preciosos que plumas de quetzal.

Así fue en el principia la grandeza
de esta raza de hombres de madera.

Y he aquí que ellos crecieron y llenaron
la tierra con su vasta muchedumbre,
eran altos y bellos como templos,
eran altos y fuertes como ceibas.
Entonces el Creador les dijo: Habladme,
yo, vuestro dios, el Corazón del Cielo.



Pero, los hombres de madera, aquellos
que tenían los cuerpos como estatuas,
no tenían espíritu y lenguaje,
no tenían divinas inquietudes
ni resplandor de anhelo; no tenían
sentimiento que eleva, ni bondad
de amor. Eran como sustancia vana
que no ha nacido verdaderamente,
¡Solo eran bellos como lo es un cántaro
pintado, que no tiene corazón!

Raza inútil, los hombres de madera:
inútil para ver la alta belleza
de la Creación; inútil para el Bien
e inútil para hablarle al Creador
que está en la savia de la vida entera.

¡Había tanta flor en el camino!
¡Había tanta estrella en el azul!
¡Había tanto, tanto que cantar
con plumaje de luz en las palabras!
¡Y es inútil un hombre que no canta,
que no sueña ni tiene voz de amor!

Entonces cayó el agua de los cielos
y el valle y la montaña se inundaron,
bajó la azul serpiente del relámpago
y gimieron los hombres de madera.

Y el Corazón del Cielo dijo al pájaro:
—Tú, sácales los ojos de las cuencas.
Le dijo al tigre: —Cómeles la entraña.



Dijo al metate: —Muéleles los huesos.
Díjole al perro: —Muérdeles el cuello.
Y les dijo a las llamas de la hoguera:
—Quemadlos con un fuego de verdad.

Y aquellos hombres de sustancia inútil
empujándose huían por la tierra
y querían trepar sobre las casas
mas, al punto los techos se caían;
corrían a los árboles, mas, éstos
sacudían furiosos sus ramajes.
Así huían los hombres de madera,
ellos, los fuertes, los sin corazón
que abofeteaban a los altos cedros
y ponían dolor en las entrañas
de los pequeños seres inocentes.

Así los persiguieron sobre el rostro
de los campos, las pájaros, los perros,
los metates, las ollas y los tigres.
Fue así como acabaron los muñecos
de madera, verdaderos muñecos.
Así se entiende en la palabra antigua
del tiempo, en lo remota de la edad.

Brote ahora el fulgor de nuestra sangre,
la voz de nuestra carne de amapola,
encendida de ensueños y de sol.
Yo la oigo venir, fértil y honda,
por la esquina de Oriente, por la puerta
rosada de la aurora, donde suena

un caracol de espíritu y de vida.

Dice esta voz:

—¡Amor! ¡Este es el tronco
de todos los linajes del ensueño!
¡Amor! ¡Esta es la ceiba a cuya sombra
se abre la dulce flor de la esperanza!
Amor a la belleza que se muestra
en la bóveda azul de la mañana.
Más allá de la flor y de la muerte,
amor que explica la canción y el verso,
la columna, la estatua y la colmena.
Amor al cielo y a la tierra, a todo
ser, al hombre, al follaje y al venado
que pasa como flecha por el monte.

Así dice esta voz. Y también canta:
¡Sólo quien vive en el amor es salvo!
¡Ay del que pasa por el mundo a ciegas,
sin mirar lo que encuentra en el camino!
¡Ay de la carne sin rumor ni ecos,
ajena al grito y al dolor impávida!
¡Ay de la raza de hombres que no cante
con raíces de amor en las palabras!

¡Ay de la raza sórdida y estéril,
inútil a los cielos y a la tierra!
Ella será barrida como el polvo
que opaca los mosaicos de los templos,
será arrancada como yerba mala,
perseguida será, será quemada
en un cerro de llamas irritadas.



¡Razas de todos los ramajes! ¡Hombres
de carne y sangre, no muñecos
tallados en madera! ¡Renazcamos
en el sagrado verbo del amor!
Amemos la señal de la belleza
que se da en la carrera del venado
y en el vuelo del pájaro; busquemos
la verdad en el árbol que florece
y en la lluvia que cae, y tengamos
despierto el corazón para cantarle
al guijarro, a la rosa y a la estrella.

Así lo dice la palabra-ceiba
que es esplendor y perla de los tiempos.
¡Sólo el amor redime nuestra sangre
con la savia del hombre verdadero!
¡Sólo el amor es tronco y es bandera
de todos los linajes del espíritu.



El sermón de la montaña

En pie sobre un llano Jesús Nazareno,
humilde en su gloria, discreto en su fuerza,
un grande gentío de Jerusalén
cual otro más grande de toda Judea,
formábanle corro con ansias de oír
su voz melodiosa de suave sentencia.
Dejando sus bellas ciudades gentiles,
los sordos, los mudos y enfermos de lepra,
llegaban al llano por ver al Mesías,
al dulce Rabí que sanaba dolencias;
al Hombre que hablaba de Dios el designio
con rostro radiante y palabra perfecto.

Oid lo que dijo el Señor Jesucristo
aquello mañana de innata pureza,
en que hasta las flores del campo escuchaban
y todas las aves volaban en fiesta:

“Bienaventurados los pobres de espíritu,
los que son humildes en toda miseria
y llevan la cruz de su angustia en los hombros.
¡Bienaventurados, que no languidezcan,
pues ellos tendrán de los cielos el Reino
y una dulce dicha como recompensa...!”

“Bienaventurados los mansos y buenos
que persecuciones injustos padezcan,
y sufran collados con frente mustiada



los hondos dolores de crueles afrentas.
¡Bienaventurados, sabed que dominio
tendréis infinito por toda la Tierra!

y van por la vida con cruz de tristezas,
bebiendo las hieles de fuentes impuras
que mal hacen tanto a las almas dolientes,
serán consolados en todos sus penas!”

“Bienaventurados los que tienen ansias
y sed de justicia que nunca les llega;
aquellos que sufren la sed de ser justos
y en vano vigilan y en vano exasperan.
¡Bienaventurados, que el último día
serán escuchadas sus justas querellas!”

“Bienaventurados, misericordiosos,
que al triste mendigo limosna no niegan
y acuden al grito del náufrago hermano,
prestándole alientos, colmando sus penas”.

¡Bienaventurados los hombres de dádiva,
tendrán en el cielo cuanto ellos anhelan!

“Bienaventurados cuantos tienen puro
y buen corazón; los que nunca doblegan
la frente ante el grito soberbio del Mal
y nunca han bebido mieles que condenan.
¡Bienaventurados, gozarán la dicha
de ver al Supremo en la gloria eterna”.

“Bienaventurados los que son pacíficos
y nunca ultrajar a su prójimo intentan,



los cultivadores del bien en el mundo
que siembran el fruto de cuanto cosechan.
¡Bienaventurados, serán ellos hijos
de Dios, predilectos cual mansos ovejas!”

“Bienaventurados aquellos que sufran
las persecuciones de leyes adversas,
por el nombre mío, el de Jesucristo,
y lleven su Fe como un fúlgido emblema.
Bienaventurados, bienaventurados,
tendrán de los cielos la cúspide excelsa!”



El carruaje de la vida

El carruaje de la vida
sobre las ruedas del tiempo
corriendo va en primavera
como un alegre lucero.

Una voz cantar se escucha:
—¡Aprisa, aprisa, cochero!
¡Este camino es tan largo
y van tan lejos mis sueños!
¡Traza rosas con el látigo
sobre la tela del viento!
¡Gire la rueda tan rápida
como vuelan mis anhelos!

El carruaje de la vida,
pendón de ansias ligero
va desbocado y terrible
por un verano de fuego.

Una voz clamar se oye:
—¡Cosa cobarde es el freno
para quien lleva en el alma
mordeduras del deseo!
¡Qué importa abismo de muerte
por el violento sendero!
¡No es vivir, sino llegar
lo que le importa al viajero!
¡Las riendas! ¡Dame esas riendas!
¡Quítate, torpe cochero!



El carruaje de la vida
caminero y polvoriento
con paso de agua serena
entra a un otoño en sosiego.

Nuevamente, la voz dice:
—Más que viaje, ha sido un sueño
el camino. Verlo ansío
despaciosamente. Lento
caminar es de buen gusto
y correr es vano intento.
—¡Cochero, acorta las riendas
y toma el sendero bueno!
Ve despacio, ve despacio
que gustar la tarde quiero.

El carruaje de la vida
por una estepa de invierno
trabajosamente avanza.
Alta es la nieve del tiempo.

El tiempo quebró las varas
de rosa, de los ensueños.
La voz que oíase antaño
se ha apagado en el silencio.
En el pescante, de frío
ha muerto el viejo cochero.
El tronco azul de caballos
ha desmayado los remos
y el carruaje se ha quedado,
ante un escollo de enero,
sólo, triste y olvidado
como un gastado lucero.



Breve balada de Martín Estrella

Las espadas de la pena
degüellan toda ilusión.
El clavel está cortado
y su perfume es dolor.

—¿Qué tienes, Martín Estrella,
que te florece un temblor?

—¡No, no! ¡Yo no tengo nada!
¡Es tan sólo el corazón!

La muerte, esa hermana pálida,
reclama al niño y la flor:
en sus brazos la esperanza,
el amor y la canción.

—¿Qué tienes, Martín Estrella,
que agonizas en tu voz?

—¡No, no! ¡Yo no tengo nada!
¡Es tan sólo el corazón!

La rosa

Cuando pasó Jesús, un hombre inicuo,
de aspecto vil y alma bochornosa,
tendióle un bofetón al Nazareno.
Y entre su mano vil, torpe y astrosa
ivio con asombro que tenía una rosa!

Romance del idioma español

En su primer milenario

¡Canta, lengua castellana!
¡Canta, mi idioma español!,
que en tus voces resplandecer
las vivas luces del sol!

Instrumento melodioso,
arpa sonora de Dios;
eres música y poesía,
arquitectura y color.

Patriarca del continente,
de nuestras patrias señor,
a tu sombra florecemos,
viejo y noble emperador.

Eres tropel y quietud,
serenidad y pasión,
fuego abrasante y ternura,
locura, rapto y razón.

Eres ondulante océano,
inconquistable peñón,
continente colombino
y temerario timón.

Eres Mio Cid y eres Lope,
Hernán Cortés, Calderón,



espada que no se quiebra
y cruz sobre el corazón.

Capitanía de alondras,
bandera de la canción,
torre alta del espíritu,
comandancia del honor.

En ti vive Don Quijote,
hermano nuestro y señor;
va a caballo por el mundo,
lanza en ristre y soñador.

Tuya el alma de Castilla
y de Pelayo el Blasón.
En tu romance de plata
galopa el Cid Campeador.

Te llamas Rubén Darío
Garcilaso, Campoamor,

Bécquer, Juan de la Cruz,
Santillana, Díaz Mirón,
Sor Juana Inés, García Lorca,
y uno y otro, y otro sol.

Cantas, bailas, sueñas, vives,
asciendes en oración;
Bartolomé de las Casas
levanta tu cruz de amor.

Eres las tres carabelas
en el viaje de Colón,



y el grito de “Tierra, tierra”,
que un Nuevo Mundo anunció.

Eres la América Hispana
donde cantándote estoy,
lengua nuestra, madre nuestra,
lazo de sangre y de unión.

Eres Alhambra de ensueño,
Sevillano corredor,
guitarra en Andalucía,
alegre gaita en Gijón.

Eres torrente de lava
y trino de ruiseñor,
universo de armonías
y academia del color.

Almirante del Océano,
viajas en recio galeón,
hiendes los mares bravíos
al pecho un signo: el valor.

Tú eres así, lengua mía,
a la vez tizona y flor;
en el combate, clarín,
y en el madrigal, canción.

Eres castillo almenado
que no tiene rendición,
y en la fuerza del espíritu
indomeñable león.



Eres casa solariega,
patio andaluz, callejón
reventando de claveles,
y añoso, viejo portón.

Impoluto y luminoso,
en ti no hay mancha, señor,
es un destino quererte
y el poseerte es un don.

Eres España y América
en lo que tienen mejor,
regio ramaje sonoro
de tu augusta floración.

¡Qué sería de nosotros
si nos faltaras! ¿Qué don
podría ocupar tu trono?
¡Qué sería de mi voz!

Por eso pido que cantes.
¡Canta, mi idioma español!
¡Que tu voz de plata fina
le da vida al mismo sol!



El loco

Tenía la locura de cantar.
Le cantaba a los pájaros y al viento,
a la mujer, al niño, a los pesares,
y al alba enjoyada con luceros.
De lo más alto de su ser fluía
ese florecimiento de cantar.

Tenía la locura de bailar,
porque la danza es triunfo sobre el negro
dolor que hiere al mundo, es libertad,
ritmo que asciende de la tierra al cielo.
En lo más ágil de su ser había
ese florecimiento de bailar.

Tenía la locura de tocar,
porque encontraba a Dios en su instrumento,
renacía el alma y le brotaban
serafines de música en los dedos.
En lo más hondo de su ser había
ese florecimiento de tocar.

Estando loco, totalmente loco,
tenía la locura de cantar,
tenía la locura de bailar,
tenía la locura de tocar.



El espejo

Una niña, flor del alba,
se contempla en el espejo
y ella, viéndose tan bella
al espejo le da un beso.

Ruedan años. Una anciana,
lirio ajado por el tiempo,
se ve el rostro y, disgustada,
de rabia rompe el espejo.

Marina la marinera

¿Canciones? Las que cantaba
Marina, la marinera.
En una barca de sueños
le oí la canción primera.

El mar escuchaba atento,
quietas estaban las velas
y en la noche se sentía
como un aire de leyenda,
una brisa misteriosa
que toda cosa envolvía
y nos dejaba en el alma
un hechizo de sirenas.

¡Que los ojos no la viesan!
¡Que el corazón no la oyera!
¡Que tapando los oídos
nada escuchase de ella!
Ni una canción, ni una nota,
ni una palabra siquiera
de lo que cantó esa noche
Marina, la marinera.



Claveles rojos

A casa de Geraldina
llevaron claveles rojos,
ramo de flores que era
como una canción de amor.
Geraldina los recibe
y con su olor se deleita,
uno se prende en el pelo,
otro sobre el corazón.

Llega el marido y pregunta:
—Geraldina, esposa mía,
¿quién os mandó estos claveles?
—¿Lo preguntáis, amor mío?
¿Quién pudo ser, sino vos?
—¡Falsas son vuestras palabras!
Bien sabéis que no fui yo.
Os pregunto, Geraldina:
¿Quién os mandó estos claveles?
¡Muestra son de una traición!
—¿Qué decís? ¡Esa sospecha
no se lleva con mi honor!
—¡El nombre! ¡Decidme el nombre,
o no sé de mí, por Dios!

(¡Huye, Geraldina, huye,
que la muerte está en acción!)



Ella corre, él la alcanza,
saca un puñal. Con furor
en el pecho se lo clava,
gritando: ¡Por tu traición!

Se oyen toques a la puerta
y dice una tierna voz:
—Vengo a recoger las flores
que traje aquí, por error.

—¡Ay de mí!, clama el esposo,
y levantando el puñal
lo hunde en su corazón.



Sencillez

Para vivir como quiero
me basta mi sencillez,
un jardincillo, una banca
y el perro junto a mis pies,
o, en musical comunión
mi guitarra y un rincón.
Ni palacio, ni oropeles,
ni tesoro que cuidar:
ser sólo una cosa humana
que quiere vivir en paz,
y a los grandes de la tierra
les regalo lo demás.



Nochebuena

La niñita sin muñeca
mece los brazos vacíos
y canta, con voz de almendra,
esta canción que ella hizo:

“Duérmete, mi azucarita,
duérmete, cachito lindo,
que ya bajan las estrellas
a besarle los ojitos.

Arrurrú, babita linda,
arrurrú, dulce angelito,
yo re compraré pañales
hechos de seda y suspiros”.

...La tarde vierte una lágrima
y el corazón siente frío
viendo a la pobre niñita
mecer los brazos vacíos.



Olvido

En una playa olvidada
la tumba del marinero,
nadie a visitarla llega,
sólo la visita el viento
indiferente, que pasa
sin ternura ni recuerdos.

¡Qué soledad tan desierta
en el arenal del tiempo!
¡Qué naufragio de ilusiones
bajo el impasible cielo!
Ni una flor, ni una plegaria,
nada que rompa el silencio
en esa lejana playa
donde olvidada reposa
la tumba del marinero.



La voz

Dame, Señor, un corazón, que comprenda

por qué he nacido,

por qué creo que existo,

por qué debo morir.

Por qué hay en mí columnas truncas.

Por qué negros túmulos bogan por el aire de la mañana.

Por qué mis naves hundidas en el puerto del olvido.

Por qué las flechas clavadas en mis ojos.

Por qué la sierpe debajo de mi almohada

Por qué los laberintos de mi sangre.

Por qué la mano que toca todos los días

a mi puerta, con un golpear de dedos sin carne.

Por qué el “Quién sabe” instalado frente a mi puerta.

Por qué el mar desconocido y el navegar entre brumas.

Por qué la pregunta sin respuesta.

Por qué el árbol sin frutos.

Por qué las gargantas secas de los pozos.

Por qué el andar sin camino.

Por qué los muertos colgados en racimos.

Por qué las tres cruces que se balancean

en mi noche, mástiles de naufragio.

Por qué la esperanza clavada en un ancla.

Por qué el río de piedras que corre por mis venas.

Por qué la gota de agua sobre mi frente,

como un martillo negro.

Por qué la Xtabay y el ángel a mi puerta.



Por qué los barcos-ataúdes en el lago de mis sueños.
Por qué, Señor, tu perdida huella
y el lloro de mis ángeles caídos.
Por qué la alondra ciega y el niño abandonado.
Por qué el patalear en el vacío.
Por qué la búsqueda de tu nombre
en las playas del silencio.
Por qué la pregunta hecha astillas.
Por qué tu silencio,
 oh, Dios!

La nueva raza

Se levanta la Raza. La montaña
tiembla bajo sus pies.
Porta un haz de leyendas en su entraña:
el arcabuz sonoro, la macana,
Cuauhtémoc y Cortés.

Nezahualcóyotl canta. Su poema
es un hondo clamor:
despierta los abismos. La tiniebla
se alumbra y el Calendario Azteca
descubre un nuevo sol.

¿Quién es este que vuelve del océano?
Su persona es un fúlgido joyel.
Se llama Quetzalcóatl. ¡Un lucero
le ilumina el sendero
y su voz es más dulce que la miel!

¡Ruge Popocatépetl!
Lo acompaña Iztaccíhuatl. Junto a él,
la blanca melodía de su nieve
semeja un estandarte que resuelve
el principio aborigen de la fe.

¿Quién alienta el prodigio? ¡La montaña
resuena cual un épico crisol!
¡Se columbra una espada castellana
y en las eternas cumbres del Anáhuac

sacude sus melenas un león!
Surge Babieca. En la frente ostenta
igual que un destello una flor de lis.
Pasa a galope por el valle azteca
y arropado con glorias epopéyicas
—sublimación de Hispania—, fulge el Cid.

¡Es la raza del ínclito Quijote!
¡Simbolismo de ensueños y de luz!
Gemela de los astros, con fulgores
levanta en el asombro de la noche
la metáfora cristiana de la Cruz!

Y los héroes se miran frente a frente:
¡todos tienen una aureola ancestral!
¡Y al mirarlos de lejos se presiente
que sus cuerpos, luminosos torrentes
encarnan lo inmortal!

De pronto, en el espacio vibra un canto de alma y corazón:
es la Raza que entona un nuevo salmo,
la Raza, cuya entraña es un milagro
de indio pensativo y de español!

El tiempo es luz que piensa. Las centurias
han visto a las dos razas florecer.
¡Las dos razas ya son tan solo una
que avanza, persiguiendo las alturas
rumbo al amanecer!

Una paloma anuncia la alborada.
¡El fruto de los siglos va a nacer!



El arcabuz de fuego y la macana
olvidan el ayer; ibrillan dos lágrimas
y se abrazan Cuauhtémoc y Cortés!



Musmé

Como un loto desmayado
era pálida Musmé,
era su semblante pálido
como un lirio reflejado
en una taza de té.

En el triste Yoshivara
se oía así su canción:
—¡He perdido mi esperanza
y como una porcelana
se me quiebra el corazón!

Ojos de claro de luna,
rostro de seda y marfil,
en el pesar de su angustia
se quejaba igual que una
prematura flor de abril.

Y una tarde, de repente,
tronchada por el dolor,
como un suspiro que muere,
apacible y dulcemente
Musmé se murió de amor.



Guitarra

En tu diapasón, guitarra,
yo voy recorriendo España,
caminos de Andalucía
y jardines de la Alhambra.

En tus voces canta y sueña
la Torre de la Giralda,
Sevilla se vuelve trémolo
y castañuelas que bailan,
y en abanico de notas
Córdoba nos da su alma.
Un puñal de cante-hondo
hiere el pecho de Granada
que se queja, que suspira
y que en tus cuerdas se arrastra.
Ronda se luce torera
con sol y oro en su capa
y los ángeles suspiran
al ver su belleza tanta.
Castilla dice un romance
escrito con sus espadas
y un león fiero y rampante
muestra el poder de sus garras.

En tu diapasón yo siento
las cumbres del Guadarrama,
de Segovia el acueducto
y de Toledo el Alcázar;
los siento como canciones

que en mis venas se derraman,
como un río de claveles
que me arrulla y que me abraza,
río que nace y que corre
en tu diapasón, guitarra.

Y de pronto, allá me encuentro
con el ideal en marchas
viejo, pobre y apaleado,
pero en marcha, siempre en marcha
sobre su flaco rocín:

¡Don Quijote de la Mancha!

y le grito: ¡Señor mío,
dame un poco de tu alma
para ir cogiendo estrellas
que canten en mi guitarra!

¡Dame tus ojos de niño
y esa tu locura santa
para ver que la verdad
es el ideal con alas,
no lo pegado a la tierra
que quisiese Sancho Panza!
Yo doy el oro y la gloria
por tu escudo y por tu lanza.

¡Guitarrista de caminos
por ciudades y por plazas,
guitarra, en tu diapasón
yo voy recorriendo España
que, para ponerla en versos
aun no nacen las palabras!



El enterrador

¿Qué tristes son tus cantares,
sepulturero de sueños!
Los escucho y me parece
que yo mismo los entierro,
que no eres tú, sino yo
quien los brota de su pecho,
cantares con alas rotas
que son cual pájaros muertos.
¡Y qué gris se pone el aire
y se estremece el silencio
cuando escucho tus palabras
arrastradas por el viento!

Pero no, no eres tú
el veraz sepulturero:
¡yo soy el enterrador,
el enterrador de sueños!



El caminante

¿A dónde va el camino, caminante?

¡Quién lo sabe, señor!

—A dónde irán los niños musicales,
el recuerdo y la flor?

¿A dónde el trino que venció a la pena
con su lirio de Dios?

¿A dónde las palabras y los sueños,
el amor y el dolor?

¿A dónde irá lo que no vuelve nunca,
oh, asombroso pavor?

¿A dónde irán tus pasos, caminante?

—¡Quién lo sabe, señor!



Cuatro mil años

En tu mirada me están mirando
cuatro mil años:
sangre de Roma, gracia de Grecia,
fuego de Egipto;
cuatro mil años como engarzados
entre celajes y entre abanicos.

Sangre de Roma roja y ardiente.
El circo suma muertes de vírgenes;
Nerón: su lira; un aire triste
hiende la noche; Virgilio enseña
que el surco es alma, y levanta coros
de equinas fugas y eternos toros.

Gracia de Grecia. Platón medita,
Apolo baila con pies de seda,
brota rubores sensuales Leda,
Safo insinúa, Venus declina.

Fuego de Egipto.
Por las edades van las pirámides
y en ellas va Hermes Trismegisto.
Se horada al dios y en el sueño invicto
Isis y Osiris alzan su voz.

¡Sangre de Roma, gracia de Grecia,
fuego de Egipto!
En tu mirada me están mirando
cuatro mil años,
cuatro mil años como engarzados
entre celajes y entre abanicos.

El manantial

La vida era una roca inconcebible
enhiesta en un lugar de la montaña,
al bien y a la virtud inaccesible,
y negra como el Mal su dura entraña.

Ni un ave en su aspereza se posaba,
ni el viento de alas suaves la batía;
ardiendo en su interior, de suerte impía,
más tosca cada vez la piedra estaba.

Un día,
un día que podré nunca olvidar,
pasaste junto a mí, y la armonía
del cielo te pusiste a contemplar.
¡Oh, dios, qué sensación, qué algo tan raro
sentía, tu prestancia al contemplar!
¡Qué vértigo, qué fe, qué dulce amparo
me daba de tus ojos el mirar!

Llenando de fragancias el ambiente,
feliz y de premuras jadeante
pasaste como un sueño celestial;
apoyo en mí buscaste casualmente,
tu mano me tocó, y en ese instante,
¡brotó de entre la roca el manantial!



¡Siempre!

Aunque tú me digas nunca,
yo he de contestarte ¡siempre!
Sin poseer tus ternuras
iré por donde tú vayas
amándote inmensamente.

Porfiaré contra el desvío
que me roba tus primicias;
te amarraré con los lirios
que crecen cerca del río,
como a una cabrita arisca;
y tomando tus claveles
en la copa de mis labios,
te envolveré con las redes
de una caricia perenne,
al enredarme en tus brazos.

Amándote inmensamente
perseguiré tus ternuras
por dondequiera que fueses,
y aunque tú me digas ¡nunca!,
yo he de contestarte ¡siempre!



Zandunga

Vaga una suave zandunga,
zandunga en Tehuantepec,
con la falda en abanicos
entre el compás de los pies.

Vamos al campo, zandunga,
zandunga, mamá, por Dios,
a coger dulzor de caña
y a traer el algodón.

Vamos al campo en trigales,
zandunga, a cortar querer,
que irá el azul Papaloapan
a promulgar nuestra ley.

Mamá: una voz no miente
cuando dice que en amor
valen más que los altares
las misas del corazón.

Zandunga, suave zandunga,
madera de lináloe,
ya he refinado mi azúcar
y ya he tostado el café.

Vamos al campo en moreras,
en añil y en algodón.
¡Vamos al campo, zandunga,
mamá de mi corazón!



Una cristalina gota

Una cristalina
gota de rocío
fuiste en mi camino;
gota de agua pura que la sed mitiga.

Por aquel sendero
tortuoso y lejano
fuiste tú el consuelo,
fuiste tú refugio para mi cansancio.

Mas volví al desierto
de la vida nómada,
castigué mi cuerpo
y llevé mis ansias por tierras remotas.

Y hoy, ante el vasto
yermo del ocaso,
sin querer suspiro
por la cristalina gota de rocío.



Soneto heroico

La amada mía de los labios rojos
me retó con su augusta rebeldía
y puso, frente a mi melancolía,
al terrible escuadrón de sus antojos.

Antojos tuvo que al causar enojos
asolaban mis campos. Tal un día
la acerba tropa de la tiranía
quemó castillos y sorteó despojos.

Corazón de mujer no es siempre humano.
Así, al antojo y al despojo en vano
espada opuse y floración de arrojos,
pues de tal capitana, los dragones
redujeron a fuga mis pendones
trocándome en cautivo de sus ojos.



Celos

Están celosos mis ojos,
celosos uno de otro
porque al mirarte quisieran
no ser dos los que te vieran
sino uno, sólo uno
o de contrario, ninguno.

Atados a un mismo sino
se quejan de su destino,
siempre en pugna, siempre en guerra,
en competencia que aterra.

Debieran ser siempre amigos
y por ti son enemigos;
detestan la compañía
que se hacen noche y día.

¡Ay, qué apasionados ojos
que no ocultan sus enojos!
Son dos celosos Otelos
inflamándose de celos.

A veces lanzan centellas
de rabia, por sus querellas;
se tratan como rivales
con asesinos puñales.

Ojos que amantes te miran
y apasionados suspiran.
Por ti, mis dos ojos son
problemas del corazón.

Sonata

Aun me atormenta la espina
del amor que ayer dejé
y otro amor planto en mi vida
sin querer.

En la fuente rumorosa
un rayo de sol murió,
pero volvió con la aurora
el cantar de un nuevo sol.

¡Oh, las hojas del otoño
que arrebató el vendaval!
El árbol tendrá retoños,
otra vez florecerá.

Símbolo de vida y muerte,
¡oh, cruel y divina ley!
Rsitornelo permanente
de morir y renacer.

Desilusión de uno mismo,
nostalgia de algo inmortal,
temor al cambio infinito
y aspiración de cambiar.

A veces suspiro y muero
por el amor que pasó,
y otras veces sólo pienso
en el que nunca llegó.



De la fuente rumorosa
se fue una alondra de abril,
pero llegó con la aurora
un ruiseñor serafín.

Ya mi bosque se estremece
presintiendo un nuevo mal
y en el huerto, mis claveles
ya comienzan a sangrar.

¡Oh, vida que así castigas
la inconstancia de mi ser!
¡Cúrame la roja herida
del amor que hoy encontré!



Fervor

Para amarte mejor
han sido necesarias
tu esquivez, la distancia y mi pasión,
confundir el pesar con la esperanza
y encontrar, en el prisma de una lágrima,
la alegría que canta en el dolor.

La ansiedad cristaliza en el fervor,
comulga con el otro.

Así, yo siento amanecer un sol,
y es que tanto he deseado y de tal modo
que mi inquietud se ha transformado en cóndor,
imetáfora o dios!

Comprendiendo el pasado en el presente,
a la muerte de ayer, que hizo más fuerte
la ventura surgida del dolor,
han sido necesarios tus perennes
desvíos, quererte y no tenerle
para amarte mejor.

Yo y mi sombra

Juntamente conmigo y con mi sombra,
jaloneado por no sé qué atavismo,
me acerco a la belleza de las rosas
apremiando mi instinto.

¡Y me baño de pétalos!
La alfombra
donde pacen mis sueños insurrectos
es un floral deshojamiento
que se sabe gustar, mas no se nombra.

Y con deseos que al afán asombran,
ahondo más y más en el delirio
de arrancar su secreto a las corolas.
Mas, al caer en el antiguo abismo,
recojo lo que queda de mí mismo
y me alejo conmigo y con mi sombra.



Alba

Alba blanca de alba
que en la clara fontana
deshojó una mañana
sus nostalgias más blancas.

Más que el agua era pálida,
y al mirarla tan diáfana
se creía en su alma
ver el alma del agua.

Yo seguí sus pisadas
con mis ansias en alas.
Se perdió en la fontana,
la perdieron mis ansias.

¿No sentís esta escarcha?
¿No miráis esta lágrima?
¡Ay, mi alma sin alba,
Alba blanca en el alma!
Alba blanca de alba
que en aquella mañana
deshojó en la fontana
sus nostalgias más blancas.

Tú misma

Tú no necesitas
de raros perfumes
que al llegar te anuncien:
te anuncias tú misma.

Te anuncian tus pasos,
te anuncian tus ojos,
te anuncia el sonoro
tropel de tus labios.

Música armoniosa
que suena a murmullos,
ieres un arrullo!
ieres una rosa!

Triunfo del ensueño
cuando tú te acercas,
en la primavera
triunfo de tu cuerpo.

Tú no necesitas
de joya ninguna:
tu fulgor te anuncia,
te anuncias tú misma.



Madre flor

Va cayendo en las voces de la ilusión antigua
dulce un cantar así:

—Me hace falta el apoyo de tu palabra amiga
y me pierdo sin ti.

Madre límpida y férvida
que difundiste el don
de tu miel de colmenas
en mi corazón.

Te aprendí en la ternura
de una canción de cuna
y me volví una gota de amor en tu dolor,
imadre flor!

Madre flor que en dos lazos
perfumados supiste
redimir mi alma triste
y mecerla en abrazos.
Madre impecable y párvula
a quien quise, en mi voz,
ungir con las fragancias de Dios.

Te perdí en la amargura
de un ocaso en tortura
y me volví un torrente de dolor sin tu amor,
imadre flor!



Vasantasena

(Tema hindú)

Vasantasena, mi bienamada,
como un gracioso loto de abril
divinamente se ríe y danza
sin acordarse nunca de mí.

Con sus pequeños pies perfumados,
con su oscilante cabeza grácil
y con la dulce flor de sus labios
marca compases de ritmos cálidos,
de curvas crueles y giros suaves;
cantan sus ojos como la alondra
de la mañana, sus blancas manos
fingen libélulas, y las palomas
de sus fragantes senos de rosa
son dos capullos inmaculados.

Vasantasena, mi bienamada,
como un esbelto loto de abril
graciosamente se ríe y danza
sin acordarse nunca de mí.

Suenan las flautas y los tambores
ante la fuga de los escorzos,
y entre alegrías y resplandores
su cabellera —flor de las noches—
baña sus hombros;
ibaña sus hombros con una lluvia
de perlas negras y de luceros:

los abanicos hechos con plumas
de pavos reales y luz de luna
no son tan bellos!

¡Cómo me hiera mi bienamada
que cual un joven loto de abril
traviesamente se ríe y danza
sin acordarse nunca de mí!

¡Venid, zagales! ¡Bajad, pastores!
¡Vasantasena bailando está!
¡Baila rodeada de esbeltos jóvenes
que la requieren de mil amores
bajo los pórticos de la ciudad!
Sus brazaletes vierten torrentes
de fuego y luz,
y en sus miradas
hay escondidas dulces palabras
de juventud;
¡sus luminosos y ardientes ojos
cantan al sol
y alucinantes como un oasis
sus labios tiemblan, tiemblan de amor!

...Entre el bullicio de esbeltos jóvenes,
bajo los pórticos de la ciudad
ebrios de amores ya los pastores bailando están.

Vasantasena, mi bienamada,
como un travieso loto de abril,
cruelmente toca, se ríe y danza
sin acordarse nunca de mí!



Ojos maternales

Ojos de apacibles sueños bendecidos,
ojos maternales,
ojos que quisiera no dejar de ver,
jocundos y tristes, hondos en el vino
de sabias bondades

y que siempre miran henchidos de fe;
que son como un manso perdón inocente
y que nunca entienden
que nuestros pecados puedan ser pecados;
que todo lo juzgan, no según la culpa,
sino por su amor,
y que siempre saben, ojos maternales,
que en verdad no somos de mal corazón.

¡Ojos bendecidos, suaves, sensitivos
y llenos de bien!
Tan tiernos, tan suaves
que nunca debieran dejarse de ver.

Si estamos ausentes nos miran de lejos
con esas miradas
que salvan obstáculos, y tierras y mar,
miradas que prontas
convócanse a vernos
igual que palomas cubiertas de afán.
¡Igual que palomas ágiles, nerviosas



portando el mensaje de que aún hay alguien
que sueña en llenarnos la vida de azul,
que piensa en nosotros
de un modo distinto,
que amante conoce
nuestros infantiles y viejos caprichos;
que hace con sus manos el pan que nos gusta,
aquel pan dorado que la casa inunda
con el regocijo de su olor vernáculo!

Credo, luz y alivio, rumbo y esperanza,
recuerdo hecho símbolo;
fuente de virtudes, credo de las almas,
ramaje florido de lo más humano
que hay para nosotros.

Ojos maternos, ojos que recuerdan
un tiempo feliz. Apacibles, suaves,
hondos en ternezas y que reverdecen
la fe de vivir. ¡Ojos bendecidos,
de los luminosos ensueños de bien.
Ojos maternos, tan tiernos, tan suaves
que nunca debieran dejarse de ver!



Señor juez

¡Señor Juez! ¡Vengo a pedirle
que aprehendan sin compasión
a un par de ojos que tienen
como un azul de canción!
¡Diez gendarmes con sus rifles
vayan a apresarlos hoy,
porque contra ellos traigo
una grave acusación!

Para que con ellos dar
puedan en pronta gestión,
tomad nota, señor Juez,
de las señas que aquí doy:

—Moran debajo dos arcos
triumfales, en comunión
con dos rosas de Castilla
(las mejillas siempre en flor).
Semejantes a una música
inolvidable, ellos son
y con sólo verlos queda
el ánimo en suspensión;
en suspensión queda el alma
y la sangre y la razón.

¡Gendarmes con carabinas
tráiganlos a fuerza hoy
y respondan, si es que pueden,
a mi justa acusación!

—Hacer justicia es mi encargo
y firme resolución.

Mas, ¿qué le han hecho esos ojos?

—¡Me han robado el corazón!

Nostalgia

Me hace falta mi novia, mi guitarra, mi tierra,
la mata de aguacates en el huerto solar,
montar en bicicleta como un mozo cualquiera
y en las noches sin luna ponerme a nostalgiar.

Me hace falta, ¡qué falta!, aquel viento de agua
cuando los tamarindos amenazan caer,
ir cogiendo ramones por la tarde con alma
y ver el arco-iris, al sur, aparecer.

¡Tantas cosas yo añoro! Por ejemplo, un xhaíl,
una novia campánula, zagalilla en el campo,
un xcocay nocharniego —ojo brujo, selvático lampo—
o una xcok prima-donna, o un aviador turix.

¡Sí! Las mansas veletas. ¡Sí! Los pozos ubérrimos
a la hora de la siesta, tlaca-tán, tlaca-tán:
el viento entre las aspas, y mis brazos paupérrimos
que quisieran, de un golpe, cielo y tierra abrazar.

Y qué decir del sorbo de los indios caimitos,
y del mango —ilujuria!— y el cocoyol —ibaldón!—
Yo quisiera ser niño, ir gritando mis gritos
y reinar en los árboles y chuparme un limón.



Que me meza la hamaca de las viejas canciones
¿dónde está mi sinzontle, dónde está Palmerín?
Revivir uno a uno los yertos diapasones
mientras miro en la playa volar un bergantín.

Empaparme de brisas y exaltarme de olas,
intentar —¡años líricos!— domar un tiburón,
sentirme un viejo lobo de mar, y en las corolas
oceánicas hallar una ondina con corazón.

Ir a Valladolid, a Izamal, a Sijó,
a Sotuta, y también, oh, también,
acariciar con mimos el Arco de Labná
y exhortarme en los templos de mi antigua Chichén.

Enamorar a Mérida en sus noches de plata
y en un coche-calesa con caballo trotón,
suspirarle: ¡Tè quiero! y en una serenata
dedicarle, de veras, todo mi corazón.

Ventear el chocolate, oír un batidor
irresistible, ver que saquen del grande horno
el pan de leche, y en el angustioso bochorno
remojarlo en la taza, con amor y fervor!

¡Todo esto me falta! Y aun me faltan más cosas
que quisiera decir. ¿Una de ellas? Saborear
a mi novia, y decirle mil cosas deliciosas
que si mi suegra oyera, ime habría de colgar!

(Ciudad de Méjico, año de 1933).



Luna

Luna, oh, luna que de perla vistes,
dentro de miles y miles de años cuenta,
oh, luna, que también nos vistes.



Dime

—Sal a los campos y dime, dime:
¿aun no se anuncian los soles nuevos?

—¡Ya florecieron los tornasoles,
pequeña mía, ya florecieron!

Sal a los campos y dime, dime:
¿nadie hay quien quiera comprar recuerdos?

—Nuevas promesas hay en los campos,
porque los campos también son nuevos.

—¿Y aquellas dalias que sonreían
entre sus pétalos? ¡Búscalas! ¡Ámalas!

—Las he buscado. Sólo se encuentran
en el más claro claro de luna.

—¡Oh, dime, dime: la luz, ¿no existe?
el sol, ¿ha muerto? ¡Ay, ojos ciegos!

—El sol es tuyo: imíralo, hallado
en tu esperanza y en tus recuerdos!



Balada de la tristeza

—¡Oh, amado!, ¿qué has hecho,
qué has hecho, oh, mi amado
con las rojas rosas de mi dulce fe?

—Las llevé una tarde para ver la vida
y allá las dejé, las dejé sin querer.

—¡Oh, amado!, ¿qué has hecho
qué has hecho, oh, mi amado
con el bello lirio de mi juventud?

—Lo llevé al bosque y deshojé sus pétalos
entre la locura y entre la inquietud.

—¡Oh, amado!, ¿qué has hecho
qué has hecho, oh, mi amado
con las risas claras del claro cristal?

—Las llevé conmigo y se quebraron todas
porque en el abismo se quiebra el cristal.

Los Itzacanes

UNA RAPSODIA DEL MAYAB

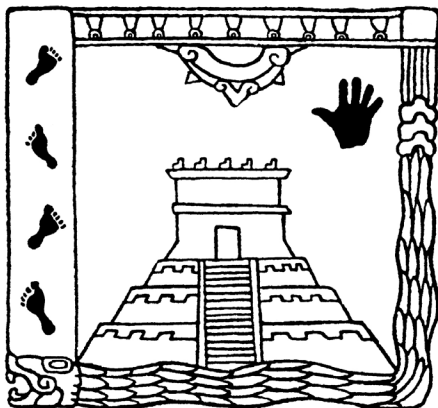


José Díaz-Bolio, *Los Itzacanes*.

Una Rapsodia del Mayab, [México], La Universal, 1932.

N.E.: Dibujos de Víctor Reyes, pintor yucateco
del Pabellón de México en Sevilla, año de 1925.

El sueño de la ciudad



¡Gran ciudad incomparable!
Oh, ciudad de la grandeza,
la del gesto inmarcesible, la de espíritu inmortal,
donde no hay rincón de piedra que no cante y que no hable,
donde es alma la materia y el ensueño se endereza
como un dardo fabuloso hacia la mansión de Ikal!
¡Oh, Chichén! ¡Chichén dormida bajo el tul de encantamientos
que acaricia a las doncellas con visiones de Unanhil,
que apaciblemente duermen en bruñidos aposentos
sin saber que las espían las crueldades de Kimil!

Tus castillos, qué supieron, qué supieron tus altares
y tus dioses perfumados con fragancia de copal.
Y tus sabios que leían en las fugas estelares
¿qué dijeron temblorosos en la víspera fatal?
¡Oh, Chichén! ¡Chichén dormida
como amante desceñida
en la noche de suspiros, bajo el manto sideral!

Tus palacios esculpidos con espléndidas figuras
en un fáustico esplendor,
la armonía inenarrable de tus líricas molduras
que se doblan y se abren y conservan las oscuras tradiciones
de epopeyas y pasiones
de alegría y de dolor.

Tus salones estatuados
con sus ídolos, sus grecas y tapices recamados
de serpientes emplumadas
que pregonan la grandeza del divino Cuculcán;
tus columnas esculpidas que sostienen las arcadas
y nos dicen de venados y plumajes de quetzal,
y de curvas y de trazos y de rasgos y listones
y de bélicos varones
con sus rostros temerarios, que custodian incansables
los arcanos misteriosos y los dioses inmutables;
que vigilan los tesoros con el filo de sus lanzas
como el águila defiende su nidal en el peñón,
provocando a las centurias con sus épicas templanzas,
sus impulsos de titanes y su trágica expresión!
Estos líricos portentos,
estos raros monumentos
¿qué anunciaron en la víspera con voces de pregón?

¡Oh, Chichén! ¡Chichén confiada
que dormiste embalsamada
por el cálido perfume de las flores del Mayab,
sin saber que al nuevo día
tu sorpresa clamaría
por la ayuda de Hunab!

Porque estabas en el sueño de tu corazón de piedra
como duerme entre la yedra
la serpiente cascabel;
como duermen enroscadas
las serpientes emplumadas,
sin saber que se aproxima la venganza de Unakel...

Porque estaban tus mansiones en el éxtasis que aduna
los ensueños de la luna
con el goce terrenal,
y las capas imperiales, las doradas vestiduras,
los plumeros, los escudos y las fuertes armaduras
de filante pedernal,
los blasones, atavíos, las turquesas y los jades
de donceles y deidades
reposaban en los cofres de madera tropical.

Reposaban los presentes que enviaron mil monarcas,
a través de las centurias, como símbolos de paz,
los dorados abanicos, los tesoros de las arcas,
los sagrados pebeteros y las plumas de torcaz,
amuletos de nefrita con semblanza de tritones,
entallados idolillos, esculturas de guerreros,
fantasías en cerámica, mutilados corazones,
amenazantes halcones

y cernícalos austeros
con las alas desplegadas
y las garras enclavadas
en el cetro de los mundos y en la gloria del laurel.



¡Oh, Chichén! ¡Cuan bien dormías en tu corazón de piedra
como duerme entre la yedra
la serpiente cascabel!

En las horas silenciosas y de trémulos suspiros
en que fúndense los besos y se escapan como en giros
las palabras embriagadas del retozo pasional,
envolvía a dos amantes en su alcoba de cerámica
la ilusión epitalámica
en el éxtasis nupcial!

¡Herederero de señores! ¡Oh, Canek, rey de Itzacanes,
que grabaste en las veredas tu destino y tu dolor!
¡Que subiste a los santuarios con tus fieros ademanes
y robaste con tu brazo a la princesa Blanca Flor!
¡Oh, Canek príncipe maya! ¡Oh, Canek, negra serpiente,
profanando los altares con tu arrojo de titán
y marcando al fiero Ulil con tu ignominia percutiente
y dejando en mudo asombro a la guerrera Mayapán!
Orgullosos vencedores de regia estirpe, ¿no pensaste
que la trémula doncella, que la flor que tú robaste
dada era por los dioses al amor del rudo Ulil?
¿Qué visiones lamentables, qué quimeras
te envolvieron, te cubrieron todo a ti, porque no oyeras
en la voz del Ikim pujuy la sapiencia de Ix Miatzil?

Ese día tú rompiste con tus ímpetus violentos
los antiguos juramentos
que inscribieron en mosaicos los señores del Mayab;
y en la noche de ese día, la ilusión epitalámica

te envolvía con su manto en la alcoba de cerámica
sin decirte de la cólera funesta de Bacab.

Entretanto, reposaban las figuras jeroglíficas
con sus símbolos austeros, sus plumajes y sus rayas,
consagrando la epopeya de su petrificación,
las imágenes magníficas
y los tácitos castillos como grandes atalayas
que se erguían misteriosos desafiando a la extensión;
reposaban los palacios, reposaban los sitiales
de adalides, sacerdotes y señores principales
de la tierra donde cruza por los aires el faisán;
el espíritu inviolable de las viejas columnatas
y de las escalinatas
del santuario do vigila el luminoso Cuculcán!
Reposaban estas cosas y ioh, Chichén la deslumbrante
que con alma de diamante reposabas en la paz,
no sabías que allá lejos los venablos se aguzaban,
aprestánbanse las cotas, los tunkules resonaban
y a tus puertas llegarían los ejércitos en haz!
¡No sabías que en tumulto se juntaban los reinados
y avanzaban en tu contra las legiones de Unakel,
pues estabas en el sueño de tu corazón de piedra
como duerme entre la yedra
la serpiente cascabel!

La antigua historia



Cuando el astro luminoso levantóse del abismo
y lanzó sobre los campos la saeta de su luz,
en el pecho de los hombres se agitaba el cataclismo
que azuzaba con sus dardos la violencia de Ikaltuz
y corría como corren los venados fugitivos,
como vuelan los halcones en los vuelos decisivos
cuando pende de su empuje la existencia del nidal
sobre el rostro de la tierra con su gesto temerario
el más rápido emisario del Mayab inmemorial.

El ansioso Chichenitzá levantó por las veredas
increíbles polvaredas
al correr precipitado con vivífica ansiedad,
Chichenitzá sudoroso tramontó rumbo al Oriente
y a manera de una extraña aparición, súbitamente
se detuvo en la ciudad
y llegóse a donde estaba el gran señor de los itzáes,
a la alcoba deslumbrante que entre fúlgidos kunáes
pregonaba desde lejos su grandeza señorial,



y sus labios se movieron,
cual dos hojas tremulantes se entreabrieron
y exclamaron estas cosas en la paz matutinal:

—¡Herederero de señores! ¡Oh, Canek, rey de Itzacanes
que grabaste en los caminos tu destino y tu dolor!
¡Que subiste a los santuarios con tus fieros ademanes
y robaste con tu brazo a la princesa Blanca-Flor!
Inmutable rey valiente,
poderoso entre los mayas, ¡Oh, Canek, negra serpiente
que tu amarga desventura sobre el polvo arrastrarás,
porque el águila guerrera que alimentas en ti mismo
por un dardo emponzoñado caerá en el hondo abismo
del que nunca surgirá, nunca jamás!

¡Pues ya vienen los de Uxmal con su pujanza valerosa
como avanza amenazante la embestida del ciclón
y en sus ojos hay el fuego de una roja nebulosa
que los ánimos inflama enardeciendo el corazón!
¡porque vienen con sus petos, sus rodelas y sus lanzas,
con sus cascos emplumados y sus bélicas templanzas
los guerreros de Palenke, la ciudad monumental
y el violento poderío tulunense ya dirige sus legiones
hacia el reino del Itzá, hueste de halcones
apuntando con sus flechas de afilado pedernal.
Porque anoche, cuando huía con mis plantas presurosas
tramontando velozmente sobre piedra y barrizal
descubrí que estaban mudas de pavor todas las cosas
por el canto de dos búhos de silueta fantasmal!
¡Ay, Señor, yo que escuché la brujería de sus dúos

tengo un cruel presentimiento que me mata de ansiedad!
¡Ay, Señor, que cuando cantan en la víspera los búhos
muere el indio en los combates y sucumbe la ciudad!

Gran Canek estaba en uno como vértigo rabioso
y ante el sol resplandecía con su cólera indomable,
las pasiones se mezclaban en su pecho tempestuoso
y era así como un león incontenible y formidable.
¡Mensajero, afeminado mensajero
que en el ara, por indigno, no podrás nunca yacer!,
exclamó Canek fiero,
¡mensajero que te abates al igual que una mujer!
¡Que rebozas cobardía pronunciando las macabras
predicciones que se ocultan en tus míseras palabras
de paloma zacpacal!

Mensajero, no podrás con tus sombríos
y cobardes desvaríos
demoler en mí la traza de una raza
invencible y señorial!

Pero dijo el mensajero: ¡Ay, Canek, injusto eres!
Y pues es tu voluntad, sin pena hieres
al que sufre la ponzoña de tu enojo y tu desdén.
¡Mas, me temo que los búhos
que entonaron en la noche el augurio de sus dúos
presentían misteriosos la caída de Chichén!

Con el bélico tañido de los graves caracoles
los heraldos se lanzaron por los rumbos cardinales,
desde el templo milenario de los yacentes *Chacmoles*



hasta enfrente de las chozas en campiñas y arrabales.
Y acudieron como en nube los más bravos del dominio
resonando sus pisadas con un rápido temblor,
los temibles combatientes que en las guerras de exterminio
proclamaron la arrogancia de su indómito valor;
aprestóse todo pecho con marcial vocinglería
toda el alma de esa estirpe que, si hiriendo sucumbía,
sucumbía estoicamente sin un gesto de dolor!
Y en clamor ardiente y bélico —igrande tropa de osadía!—
se detuvo ante la alcoba de cerámica la grey,
y exclamó Bobat, el sabio, el que signos descubría
de los astros y trazaba los destinos en las conchas de carey:

—¿Qué te irrita, quien te agravia grande Rey?
¡Han corrido presurosos los heraldos imperiales
pregonando la aspereza de un belísono pregón,
y han brotado por doquiera los guerreros indomables
y en Chichén no haya dormido ningún bravo corazón!

Más temibles que los cóndores que abaten con sus garras,
más osados que las huestes más bizarras
¡aquí estamos tus guerreros en feroz y ruda grey!
¿Quién te asecha, quién te irrita, grande Rey?

Y Canek alzó la mano
iracundo y señorial
y la voz del soberano
resonó clara y vibrante en el espacio de cristal:

¡Itzacanes renombrados de Tulum hasta Peten!
¡Itzacanes invencibles, flor y nata de Chichén!

¡Nuestros padres fueron águilas de gloria
engendrados en el cuerpo de la diosa Tächíil,
se apropiaron con sus picos del blasón de la victoria
y en las guerras abatieron a la imagen de Canil!
Nuestros padres fueron dioses los más recios en la guerra
que lucharon por el cetro del Mayab,
y una noche se alejaron de las cosas de la Tierra
y se fueron luminosos al país de Noj-Yum-Cab.
Más allá de donde salen soñadoras las estrellas
que se visten con las nubes y descienden hasta el mar,
más allá de donde brillan en el cielo las centellas
como luchan las serpientes con su rápido serpear,
nuestros padres aun alientan, y nos buscan, y nos ven.
¡Itzacanes! ¡Bravos hombres de Chichén!
Y acá están vuestras mujeres con las flores de sus besos,
con las ondas de sus líneas y la llama de su amor,
con sus talles que enamoran y la miel de sus excesos,
sus ardientes corazones y sus ternuras de flor.
Acá están vuestros palacios de renombrados contornos
embrujados por el místico perfume del nabá,
y las gemas, los zarcillos, los adornos
inefables, y las cosas más queridas del Itzá.
¡Acá están vuestros tesoros, mas, cubriendo el horizonte,
sobre piedra y entre monte,
a Chichén ya se aproximan los guerreros de Unakel!
¡Y las lanzas todas juntas de los reinos del Mayab
abatir nuestra grandeza con la mas ruda *bateel*
han jurado corajudos ante el rostro de Junab!
¡Itzacanes, aprestad vuestras arrojós,
afilad vuestras espadas y los dardos aguzad,



que los reinos enemigos han de ver con propios ojos
de la sangre de sus hombres anegarse la ciudad!

Con sus hachas destroncando las cabezas a cercén
avanzaban implacables los guerreros de Chichén.
Y Canek resplandecía de furor. Iba delante
devastando por doquiera con su enojo de titán,
destrozando todo yelmo con su fuerza de gigante
y hermanado con la muerte cual si fuera el huracán.
¡Así fue como el aliento de Jatschac, el invencible
escapóse de sus labios para nunca más volver,
así fue como Letskak, lengua de fuego incontenible,
el más bravo de las huestes de Sayil, dejó de ser!

Así fue como Balam, el de los brazos poderosos,
sucumbió como una ceiba, con temblores espantosos,
sucumbió para no erguir ya su figura excepcional.
¡Así fue como murieron tantos temibles guerreros
como hay astros y luceros
en la comba celestial,
y así fue como los dioses olvidaron las entrañas
de los pájaros sagrados
que ofrendó sobre la piedra del altar el rudo Ulil,
pues cayó con las pestañas
entreabiertas y los ojos enclavados
en visiones espantosas del abismo de Kimil!

Nunca vióse un espectáculo más sanguinario y tremendo
ni los ídolos de jade presenciaron nada igual,
un correr de viva sangre y un clamor de ronco estruendo
que a los mundos parecía que anunciaba su final.

Los abdómenes abiertos
y las lúgubres quijadas
de los muertos
en los brazos enemigos ensartadas,
los oídos desangrantes,
las entrañas palpitantes
y los pechos traspasados,
y las tétricas cabezas machacadas,
los ahorcados
por las aves de rapiña devorados,
las facciones desgarradas
y las testas suspendidas en las puntas de las lanzas
encarnando una batalla llena de odio mortal,

rebasaban todo cálculo de fúnebres matanzas
esparciendo en toda cosa la más negra Xulikal.

Mas, los hombres todos juntos de la tierra del Wayab
eran cien por cada fiero Chichenitza y en la oleada guerrera
combatían con la ayuda de Bacab.
¡Uno a uno los gloriosos Itzacanes sucumbían
dando a la tierra un temblor,
derrumbábalos cual torres de granito, mas caían
con la gloria entre las manos y mostrando su valor!
Así fue cómo Ajaucán, el gran serpiente en la contienda
sobre el polvo se abatió,
cómo el célebre Cohuoj, el de la faz ancha y horrenda
como araña que se enreda, sucumbió.
Así fue cómo murieron tantos bravos Itzacanes
imposibles de contar.



Así fue cómo murieron, sin temores ni aacanes
los más fieros guerradores que se puede recordar.
Y Canek, al mismo tiempo que mataba y esquivaba
como un dios de la batalla acometía y arengaba:
¡Atacad como serpientes, Ajau-Canes de Chichén!
¡Bravas lanzas renombradas de Tulum hasta Petén!
¡Nuestros dioses, nuestros hijos, nuestras floridas esposas
serán nuestras si salimos con las flechas victoriosas!
¡Empuñad vuestro coraje, bravas lanzas de Chichén!

Pero halláronse en un punto del combate, frente
a frente, Junaquel, grande y osado, y Canek, negra serpiente.

•

¡Oh, el coraje con que luchan dos señores principales
cuando tienen fuerza y bríos de león y de titán!
¡Cómo hiriéronse terribles con sus duros pedernales
el gran rey de chichenitzas y el señor de Mayapán!

¡Ay, Canek, no presentiste! ¡Ay, Canek, tú no sabías
los designios de lo alto y el pronóstico de Ikcab!
¡No supiste que aunque tigre singular, sucumbirías
sin la ayuda de Junab!

El primero de los últimos caíste
como derrumbadas ceibas destroncadas a cercén.
¡En tu corazón gemías, en el alma estabas triste mas,
tu rostro centellaba con un bélico desdén!

Y en tu postrimer aliento
se oyó indómito tu acento:
¡Atacad como serpientes, Itzacanes de Chichén!
¡Santos hombres renombrados de Tulum hasta Petén!

La ciudad desierta



¡Gran ciudad incomparable!
¡Oh, Chichén de la grandeza,
la del gesto inmarcesible, la de espíritu inmortal,
donde no hay rincón de piedra que no cante y que no hable,
donde es alma la materia y el ensueño se endereza
como un dardo fabuloso hacia la mansión de *Ikal*!
¡Oh, Chichén, Chichén caída bajo el golpe inevitable
que los reyes anhelaron desde tiempos muy atrás!
¡Te quedaste en el regazo de la muerte lamentable
y en la tumba del silencio para siempre dormirás!
¡Te dejaron sin tus dioses, te dejaron sin tus gemas
sin tus sabios sacerdotes y tu numen sideral!
¡Te dejaron sin la altiva majestad de tus emblemas
y tus dioses ya no tienen la fragancia del copal!

Tus palacios esculpidos con simbólicas figuras
que se muestran y nos hablan y conservan las oscuras
[tradiciones
de epopeyas y pasiones.



Tus columnas esculpidas que sostienen las arcadas,
tus estelas estatuadas
con los ídolos, efigies y tapices recamados
de serpientes emplumadas
que pregonan la grandeza del divino Cuculcán,
las preseas venerables del Imperio
conquistadas en países de misterio
para siempre dormirán.

¡Oh, Chichén, Chichén confiada
que caíste desolada
por las lanzas y las flechas ponzoñosas de Unakel.
¡Tè quedaste en el gran sueño de tu corazón de piedra
como duerme entre la yedra
la serpiente cascabel!

Poemas en Cristo

N.E.: José Díaz-Bolio parece ser, en literatura universal, el poeta que mayor número de verdaderos poemas ha escrito en torno a Cristo, aparte de que, por su calidad y profundidad conceptuales, esos poemas, tanto como sus poesías, están a la altura de lo mejor en su género.

El vino del rabi

Anoche, Maestro, estuve en las bodas de Caná.

Los de Galilea, invitados por la música, bailaban; y reían, contentados por el vino.

Saúl, el flautista, hace brotar de su instrumento pequeñas notas, como si fuesen alas; Mesezabel, el joven, canta con voz lánguida, y Elizafán, el de Jericó, golpea monótonamente un tamboril, mientras cuelga de sus hombros una guirnalda de rosas.

¿Quién es este que muestra su copa vacía, volcándola?
Y, ¿quién es este otro que halla en las ánforas un manantial ya exhausto?

He aquí que tu madre va donde tú estabas, y te dice:
No tienen vino.

Mujer, le respondes, mi hora no es llegada aún.

Y tus palabras son como pájaros, que trato de coger, pero que se me escapan.

Entonces tu madre habla a los sirvientes, ordenándoles: Todo cuanto os dijere, hacedlo.

Y había seis tinajas allí conforme al rito de las purificaciones.

Y tú dijiste a los sirvientes: Llenad las tinajas de agua.
Y ellos las llenaron hasta el borde.

Y, después: Sacad ahora y llevadlo al maestresala.
Y ellos se lo llevaron.

Y el maestresala va donde el esposo, diciéndole: Has guardado el vino bueno hasta ahora.

Y llenó la copa de los convidados, y yo estaba entre ellos. Mas, cuando el vino hubo tocado mis labios, mi alma se alegró. Y me dice mi alma:

He aquí el vino bueno que buscábamos.

Entonces me acerqué a ti, preguntando: ¿Quién eres, y cuál es tu país, que tal vino nos traes? Porque he bebido del vino triple que se da a orillas del Ganges; porque me he sentado, en Menfis, al banquete de los largos iniciados; y porque, en Delfos, comprobé la vendimia de las clarividentes, entre el coro de los poetas y de los sabios.

Mas, el vino que tú nos traes es más dulce que ninguno: la uva blanca lo envidia.

¿Quién eres, pues, y cuál es tu país?

Y me dices: Yo soy aquel que derrama en los surcos la simiente de amor; yo soy aquel cuyo país no es el país de los hombres.

Y he aquí que comprendo las palabras del enviado de Dios, que eran: En medio de vosotros está uno, a quien no conocéis.

Y he aquí que beso la orla de tu túnica, diciendo: Señor, ¿dónde encontraré de tu vino en adelante? Porque mi alma no ha de querer otro.

Y me respondes: En verdad, en verdad os digo: Aquel “Cuyo corazón sea una vid preñada y cuyas manos estén cargadas de frutos, no carecerá de mi vino”.

Entonces, fui hacia la ciudad. Y, encontrando a un hombre triste, le consolé; y encontrando un hombre enfermo, le curé; y encontrando una pecadora, la perdoné.

Y todos se sorprendían. Y cada uno me preguntaba: ¿Qué bien es este tan nuevo que nos traes?

Y yo les respondía:

¡Es el vino del Rabí! ¡Es el vino del Rabí!



El sirio

Y la fama de Jesús voló por sobre la Siria, y de la Siria llegó un hombre pensativo que iba en busca de Jesús.

Le halló sanando a los lunáticos, y curando a los leprosos, y haciendo salir al demonio del cuerpo de los endemoniados.

Grandes multitudes le seguían: multitudes de Galilea, multitudes venidas desde la Decápolis, de Jerusalén y de la Judea, y otras, de más allá del Jordán aún.

Y Jesús habló, y fue escuchado. Después, las multitudes se alejaron, y él quedó a solas en la montaña. Y el sirio se acercó a Jesús, para hablarle:

Rabí, dijo el sirio, mis ojos buscaron a la vida en los libros del hombre; mas, en éstos, sólo encontraron el mal de la muerte. Rabí, dijo el sirio, tengo muerta el alma.

Cuanto mis ojos miran está muerto. Están sin vida la tierra, los pájaros, el agua; muertos están los niños y las flores; están sin vida las canciones y las danzas, y ni en el amigo, ni en el hermano, encuentro a la vida. Rabí, dijo el sirio, tengo muerta el alma. Mis ojos están llenos de la inmovilidad de la tumba, y nada quieren. ¡Sáname, Rabí! Porque el horror de la tumba es menos horrible que el horror de vivir estando muerto.

Igual que a los enfermos, como a los leprosos, isáname, Rabí!

Y Jesús de Nazareth le miró a los ojos, como sólo Jesús de Nazareth podía mirar.

¡Y he aquí! Los ojos del sirio se volvieron luminosos como una noche tocada por el sol! ¡Semejantes a una noche tocada por el sol se volvieron luminosos! Y este hombre fuese jubilosamente por los caminos de su tierra, y en ellos encontró que los pájaros tenían canción viva en su voz; descubrió que los niños tenían sonrisa en los labios; vio que el hermano tenía amor para el hermano, y el amigo, abnegación, y que las danzas eran flores, y que las flores eran danzas. Y sintió que todo tenía vida. Y vio que la misma muerte no estaba muerta, sino que giraba, abrazada con la vida.

Y bailó, y cantó, y bendijo a Dios.

Porque Jesús de Nazareth le había mirado, como sólo Jesús de Nazareth podía mirar.



Tuvo compasión

Tuvo compasión del mar, porque el mar no había paz;
y, le dijo:

Apacíguate.

Y el mar se arrastró mansamente hacia la orilla, y le
arrulló los pies.

Tuvo compasión del viento, porque el viento tampoco
había paz; y, le dijo:

Sosíégate

Y el viento se convirtió en ternura, y esta ternura fue a
enredarse en los rizos de su frente.

Tuvo compasión de las ovejas, porque las ovejas iban
por el sendero falso; y, les dijo:

Síganme.

Y las ovejas le miraron y le reconocieron, y fueron tras
él, adorándole.

Tuvo compasión del Hombre, porque el Hombre esta-
ba caído; y, le dijo:

LEVÁNTATE.

Y el Hombre se levantó y le crucificó.



La pregunta

Pasó ante el palacio del tiempo un mercader, y deteniéndole, le hice pregunta:

¿Qué es el amor?

El amor es el Oro, respondió; y siguió su camino. Y vi que a su lado iba una sombra, y esta sombra era el Crimen.

Luego pasó un artista, y deteniéndole, le pregunté:

¿Qué es el amor?

El amor es la Belleza, dijo; y siguió su camino. Y vi que a su lado iba una sombra, y esta sombra era la Ilusión.

Pasó luego un hombre joven, y deteniéndole, le hice pregunta:

¿Qué es el amor?

El amor es la Mujer, afirmó; y siguió su camino. Y vi que a su lado iba una sombra, y esta sombra era el Olvido.

Más tarde pasó un filósofo, y deteniéndole, le pregunté:

¿Qué es el amor?



El amor es la Verdad, me dijo; y siguió su camino. Y vi que a su lado iba una sombra, y esta sombra era el Imposible.

Después pasó un hombre que iba en compañía de varios discípulos, y deteniéndole, le pregunté:

¿Qué es el amor?

El amor, respondió, es aquello que nada pide y que todo da. El amor, dijo, es una crucifixión. Y siguió su camino. Y vi que a su lado iba una sombra, y esta sombra era el Amor.

Entonces miré el horizonte. Y vi que del horizonte se levantaba un resplandor de siglos. Y en medio de este resplandor había una cruz, y en la cruz, un Hombre.



El loco

He aquí que en una ciudad a donde fue Jesús había un loco, el cual, burlado por su desatino, se creía César.

Y cuando Jesús llegó le halló en medio de la plaza, rodeado de una multitud. Y la multitud enconaba en él su maldad y alguien entre ella gritóle:

¡César! ¿De qué guerra vuelves que traes la vestidura lamida por el cieno y mordida por la espada?

Y otro:

¡Ave César! ¡Te he traído del África cien esclavos nubios: uno para que te asee los cabellos, otro para que se la pase en el remiendo de tu túnica y los otros noventa y ocho para que te vigilen la chifladura!

Y al loco se le hinchaban en alto relieve las venas de las sienas con el súbito coraje, y sus ojos, dos piedrecillas opacas, relampaguearon de pronto; y gritó:

¡Perros! ¡Os haré arrojar en el estanque de mis monstruos marinos! A ver, esclavos míos, castigad merecidamente a estos perros rabiosos.

Y aun otro de entre la multitud gritóle: César, los esclavos tuyos se han hecho a la mar embarcados en naves trirremes con velas de púrpura y espolones de oro macizo, y a emprender conquistas nuevas para el im-



perio. Porque hoy día, los esclavos son capitanes, y los reyes van desgñados y haraposos, y oliendo a ratas, como tú.

Y de la garganta de la multitud brotó el cintarazo de una risa grotesca y malévola, que restallaba en el ámbito de la plaza.

Y cogiendo piedras, la gente comenzó a arrojarlas contra el loco, diciendo:

¡Recibe estas esmeraldas para que te ayuden a ver y pensar mejor!

Y el loco se debatía bajo el pétreo diluvio, cuando acercóse, levantando los brazos en seña de paz, la blanca figura de Jesús.

Y el loco le miró con mirada angulosa y retraída, y ante el hijo de Dios se hizo atrás.

Pero la voz de Jesús era llena de una celeste suavidad, y le ordenó, diciendo: Acércate y no temas.

Y el hombre se acercó tímidamente, y Jesús le tocó con la mano.

Y he aquí, al contacto de la mano de Jesús resplandeció el rostro del loco; resplandeció semejante al rostro de los iluminados, y sus cabellos lanzaron vivos reflejos de oro, y su mirada volvióse tranquila y comprensiva, y su túnica desgarrada restauróse y esplendió con celestial grandeza; y he aquí que de los cielos descendió

sobre su frente un rayo de luz; y llenáronse los aires con una vibración que era semejante a un estremecimiento divino, y el hombre aquel fue lleno de la gracia de Dios.

Y entre la multitud, unos se admiraron y otros tuvieron miedo, en tanto que otros decían:

Lo que nuestros ojos ven, jamás otros ojos vieron.

Y el que había nacido nuevamente en el espíritu postulóse a los pies de Jesús, y con jubiloso llanto exclamó: ¡Gracias, Señor!

Y Cristo Jesús posó su mano sobre la cabeza del hombre, y habló a la multitud, diciendo:

En verdad, en verdad os digo: los últimos serán los primeros.



La espada y el lirio

Había en Jerusalén un hombre que tenía en su palabra el afilado espíritu de Italia y de la Jonia. Este hombre gustaba de tomar la verdad y la mentira y pasarlas ambas por la espada de su crítica.

Y cuando supo de Jesús fue hacia él y le dijo:

Rabí, se dice que tu palabra confunde a los sabios y a los príncipes de Israel. Pero háblame a mí, que yo cortaré tus palabras con el filo de mis respuestas.

Entonces Jesús le habló del amor que todo lo santifica y que llena la casa de la vida como una luz creciente. Y le dijo:

El primer mandamiento es: Amarás al Señor tu Dios sobre todas las cosas. Y el segundo le es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. El amor es la verdad y la ley.

Y el filósofo quedó en silencio, pensativo. Y dijo luego:

Rabí, tú has roto la espada de mis respuestas con el lirio de tus palabras.



El agua de vida

Por el camino de Samaria íbamos, a orillas del Jordán.

Y Judas Iscariote estaba pensativo, y a la vez triste.

Y el Maestro, como adivinase sus pensamientos, le dijo:

Si te diera un fruto para comer, ¿comerías corteza y substancia a la vez? Así, yo te digo: que la parte buena ha de separarse de la parte mala.

Pero Judas Iscariote no estuvo conforme, sino que habló, diciendo:

Impureza es el oro, y el oro es el denario, y el denario es el pan. Y ambos reinan por encima de la sabiduría y del corazón.

Por el oro, que es el poder, contaminados están el amor y la plegaria, el aceite de las lámparas y las ofrendas del templo.

Sí, impura y amarga es la vida, Maestro; y para no hacer el bien estamos hechos, pues que sólo podemos vivir a costas del mal:

Porque el oro es el precio de nuestros deseos y de nuestros pasos, y manchado está de codicia y de crimen:

Tan impura y amarga nos fue dada la vida; tanto, que no es posible separar el bien del mal.



Y todos miramos al Maestro, esperando respuesta; e íbamos por el camino de Samaria, a orillas del Jordán.

Y Marcos, viendo el agua, dijo: Tenemos sed, pero las aguas del río están turbias. Porque acababa de llover.

Entonces, Jesús acercóse al río, y tomando un extremo de su túnica, filtró el agua con ella, dándosela a beber a Marcos. Después de lo cual, habló a todos, diciendo:

Bebed el agua de la vida a través de mí, que yo soy el filtro.



El látigo

Cuando el alma de Jesús descendía a la Tierra, la sombra de Zeus le detuvo, diciendo:

Toma este látigo, porque sólo con él creerán en ti.

Pero Jesús, haciendo palabra de su misericordia, respondió: Tengo mi compasión.

Y dijo Zeus: ¿Qué cosa nueva es esa? Yo te digo que sólo con el látigo te seguirán.

Mas, dijo en respuesta el hijo de Dios:

Nadie es redento sino cuando el amor lo redime; porque manantial de odio es la violencia y el temor es huésped de la esclavitud.

Y descendió a la Tierra.

Y en carne que parece agobió su divinidad, y en las ciudades —cubiles del hombre—, sanó al abrumado de mal, consoló al triste, perdonó a los obesos de pecado y haciendo prédica de amor entre hermano y hermano, díjose el hijo de Dios.

Y he aquí que los hombres gritaron:

¡Farsante y blasfemo es! ¡Crucifícadle! Y que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos.



Y cuando le crucificaron, la sombra de Zeus floreció en indignada cólera e hizo tronar el rayo, látigo de fuego.

Y temblaron los senos de la tierra, y una noche de nubes se interpuso al sol; y los muros de las casas se cuartearon.

Y entonces, los hombres hincaron las rodillas en el polvo, y trémulos de pavor, exclamaron:

¡En verdad, éste era el hijo de Dios!



La puerta cerrada

Por calles de Jerusalén íbamos con Jesús, cuando un escéptico se le acercó, diciendo:

Rabí, mi corazón está cerrado a todo lo que mis ojos no pueden ver. Dime, ¿cómo conocer la verdad de Dios, si ella nunca ha llegado hasta mí?

Y Jesús detúvose, y trazando círculos en la tierra con una vara de mimbre, le dijo esta parábola:

Hubo una vez un hombre que se pasaba la vida esperando a quien él esperaba. Tenía cerrada la puerta de su casa y se decía: La que aguardo no llega.

Mas, pasaron muchos años sin que tocase a su puerta la esperada por aquél hombre, y entonces él se dijo: Ya ha pasado tiempo suficiente para que llegase ella.

Y se quedó en el cerrado recinto de su casa, repitiendo: Si ella existiese, vendría. Ella no existe.

Y el hombre aquél envejeció y llegó un día en que su casa amenazaba ruinas. Entonces se dijo:

Saldré de aquí.

Y ya para salir abrió la puerta que siempre había tenido cerrada. Y he aquí que allá estaba la Verdad, esperándolo.



Y ella le dijo: Desde que eras joven me senté ante tu puerta. Mucho has tardado en abrir.

Y él le reprochó: Nunca tocaste.

Y ella le dijo: Nunca dejaste abierta tu puerta.



La mujer deforme

Ahora, ved aquí cómo estando Jesús en Jerusalén, acercósele una mujer de rostro deforme, de fealdad que era una verdadera fealdad. Y díjole a Jesús:

Rabí, ten compasión de mi deformidad.

Y Jesús posó la mano sobre el rostro de aquella mujer, diciendo: Tengo piedad de ti.

Después de lo cual ella fue transformada en la belleza más hermosa de la tierra.

Mas, pasado un tiempo, ella fue en busca de Jesús, y hallándole a la entrada del templo de allí, le dijo:

Tú me hiciste la más hermosa entre las mujeres, pero no te enamoraste de mí. Y he aquí que sólo tú eres digno de mi belleza. Apiádate de ella, Rabí.

Y entonces Jesús tuvo compasión de su belleza, y posando la mano sobre el rostro de la mujer aquélla, devolvióle su deformidad.



El camino de la sangre

Levantábase el aroma del olíbano en la sala de la última cena, cuando alguien entre los discípulos preguntó:

Señor, ¿cuál es el camino de tu sangre?

A lo que Mateo, dejando el reclinatorio, dijo: Jesús, hijo de María, esposa de José; José, hijo de Jacob, nieto de Matán, bisnieto de Eleazar, descendiente de Eliud, de Azor y de Salaliel; de Joram, de Josafat y de Salomón.

Pero Bernabé, quien desde el milagro de la piscina de Bethsaida convirtiése a la fe y seguimiento de Jesús, acercándose a Mateo, repuso:

Jesús, hijo de María, hija de Heli, descendiente de Amos, de Judá, de Eliakim y de Natán, hermano de Salomón.

Entonces, Juan, encendido de ansias, indagó: ¿De quién descende, pues, el Señor?

Y yo me aventuré y dije: Señor, ¿acaso no descendes de nuestro dolor?

Y Jesús ensombreció la frente y calló.

El hombre Jesús

Dios había dicho a su pueblo, ... Yo soy el Señor tu Dios, el Dios fuerte y celoso, que castigo la iniquidad de los padres sobre los hijos, hasta la tercera generación.

Y había dado leyes, que eran: No matarás, No fornicarás, No hurtarás, No levantarás falso testimonio.

Y había dicho también: Quienquiera de los hijos de Israel diere sus hijos a Moloc, sea castigado de muerte: el pueblo de la tierra lo apedreará con piedras. Yo soy el Señor. Temblad delante de mí.

Y aun había dicho, por boca de Sofonías,

Del todo barreré con todo lo que está sobre el rastro de la tierra. Barreré al hombre y la bestia. Barreré las aves del cielo y los peces del mar. ...Y sobre el rostro de la tierra barreré a la humanidad.

Esto y aun más había dicho Jehová. Y por su voluntad habíanse hecho muchas cosas, como cuando partió el mar en dos.

Pero Dios nunca había llorado.

Y he aquí que estando sobre el Monte de las Olivas contemplando a Jerusalén, Jesús lloró, diciendo,

Ay, Jerusalén, días vendrán en que tus enemigos habrán de rodearte con trincheras, y te cercarán y te estrecharán sin dejar piedra sobre piedra en ti!



Y alguien entre los discípulos le preguntó, ¿lloras, Señor?

A lo que contestó Jesús: Soy un hombre. ¿Cómo no he de llorar?



Poncio Pilatos

Y sucedió que cuando Jesús fue llevado ante Pilatos y éste hallóle falto de culpa, preguntó a los de Israel:

A cuál de dos dejaré libre, ¿a Barrabás, el ladrón, o a Jesús, llamado el Cristo?

Y la mujer de Pilatos fue hasta él, diciéndole: Cuida que nada se alce entre este justo y tú: pues a causa de él he sufrido mucho en mis sueños hoy.

Entonces Pilatos preguntó de nuevo a la multitud: ¿A cuál entregaré libre?

Y ellas respondieron: A Barrabás.

Y Pilatos hízoles nueva pregunta, diciendo: ¿Qué he de hacer entonces con Jesús, llamado el Cristo?

¡Que sea crucificado!, respondieron. Y aquél preguntó de nuevo: Pero, ¿qué mal ha hecho?

Entonces los de Israel pusieron más en alto la voz, gritando:

¡Que sea crucificado!

Y viendo Pilatos que nada se podía evitar, lavóse las manos delante de la multitud y dijo: Inocente soy de la sangre de este justo. Responded por ella vosotros.



Y habiendo sido llevado Jesús para crucificar, Pilatos levantóse de la silla del Juicio y, apartándose, detúvose ante la balastrada del palacio, colgada al hombro su túnica, púrpura con el color de la sangre recién cuajada; y allí estuvo en la desolación de la tarde, la vista errante en la lejanía.

Y su esposa llegóse con pasos de suavidad hasta él y tomándole de la mano, preguntóle: ¿Sueñas?

Y Pilatos dijo:

Sueño que una rosa se abre en mi corazón.



La piedra

Venía Jesús con la cruz a cuestas, seguido de una multitud.

Unos le hacían burla y otros se compadecían de él. Y yo me detuve entre las jambas de un portón, dando paso a la multitud.

Tres veces había caído el Señor y tres veces habíase levantado.

Y cuando pasó frente a mí, alguien tomó una piedra y contra él la arrojó.

Y he aquí que cayó a mis pies una rosa roja.

Porque la piedra, conmovida, se había convertido en flor.



Las dos sombras

Cuando Judas hubo recibido las treinta monedas en precio de Jesús, fuese sin saber a dónde.

Le pareció, mientras la tarde crecía, que sus manos volvíanse del escarlata color de la sangre; y, yendo por la ciudad, miraba, miraba las monedas de plata; y he aquí que tuvo sed y no compró de beber; tuvo hambre y no compró de comer; tuvo fatiga y, no buscó dónde reposar.

Miraba, miraba las monedas de plata.

Entonces contempló su culpa y sintió el arrepentimiento como un clamor en el corazón. Y fue hacia los príncipes de los sacerdotes, llevando las treinta monedas y diciéndoles:

He pecado al entregar la sangre inocente.

Mas, ellos le respondieron: ¿Qué se nos da a nosotros? Cuestión tuya es.

Y Judas, desesperando, arrojó las piezas de plata sobre el piso del templo, y huyó.

Y los príncipes de los sacerdotes tomaron la plata y dijeron:



No es lícito ponerla en el tesoro del templo, porque es precio de sangre.

Y habiendo tomado consejo entre sí, compraron con ellas el campo de un; alfarero, a fin de enterrar en él a los extranjeros.

Pero, el campo que fue pagado con aquellas monedas, súbitamente tiñóse de color escarlata, por lo que fue llamado Haceldama, que quiere decir, campo de sangre.

Ahora bien, cuando Judas Iscariote hubo arrojado la plata en el templo, fue y ahorcóse.

Entonces los príncipes de los sacerdotes dijeron: ¿Dónde enterraremos a éste cuyo cuerpo está manchado de traición? Y, poniéndose de acuerdo, mandaron sepultarlo en Haceldama.

Y he aquí que desde ese día, vióse por las noches una sombra roja brotar de la tumba de Judas Iscariote: era como una lengua de fuego quemándose a sí misma; y aquellos que la miraban, decían:

Es el alma de Judas Iscariote.

Por cuarenta noches se le vio brotar como una llama de angustia; por cuarenta noches se le vio como queriendo desasirse de la tumba del campo de Haceldama. ¡Era como una pena crepitante y su aspecto era el aspecto del dolor!



Y he aquí que en la última noche apareció por el Oriente una sombra blanca con cinco cicatrices de cinco llagas; y llegando hasta la tumba donde yacía el cuerpo de Judas Iscariote, habló a la llama roja, habló a la llama de angustia, diciendo:

Yo soy el amor y la piedad. Ven, que tu pecado te es perdonado.

Y he aquí que por el alto camino de la noche vieron alejarse a la sombra de las cinco cicatrices, seguida de otra sombra blanca.



El sudor de sangre

Y he aquí: Jesús había ayunado cuarenta días y cuarenta noches; había convertido el agua sencilla de las Bodas de Cana en vino de vida;

y había tenido compasión de un leproso en Galilea, y tocándolo, habíalo dejado limpio de mal;

y en Cafernaúm, más allá del mar de Genesaret, había sanado a un paralítico, diciendo:

¿Qué es más fácil, que te diga: Tus pecados te son perdonados o que te ordene, levántate y anda?

Y había dicho, en el Sermón de la Montaña, la consolación de todos los tristes;

y en Galilea en la montaña, teniendo compasión de la multitud, había hecho la multiplicación de los panes;

y en el templo de Jerusalén había perdonado a una pecadora, diciéndole: Mujer, yo no te condeno. Ve, y no peques más;

y en Bethania había resucitado a Lázaro, muerto hacía cuatro días;

y había hecho, también, un ejército de cosas semejantes, que si todas fueran dichas no cabrían en muchos libros.

Pero en Getsemaní más allá del Cedrón, Jesús hizo aun más: he aquí que entregóse al Hombre para salvar al



Hombre. Y antes de que el mal discípulo llegara, oró, diciendo:

Padre mío, haz, si te agrada, que se aparte de mí este cáliz; empero, hágase tu voluntad y no la mía.

Y postrándose sobre la tierra, acrecentó la fuerza de su fervor, pidiendo por el Hombre como nunca antes había pedido; como nunca antes había pedido, pidió por su hermano, el Hombre.

Y en la agonía de sus oraciones, brotóle un sudor de gotas de sangre que cayeron sobre la tierra. He aquí que sufrió en su sangre la redención del Hombre.

Y a la mañana siguiente, cuando ya el gallo había cantado tres veces y Jesús había sido entregado por treinta monedas y estaba preso en la casa de Anás,

he aquí que por el Monte de las Olivas pasó un viajero que iba a Jerusalén. Y llegando al sitio donde cayó el sudor de sangre de la faz de Cristo, halló unos rubís tirados por tierra, los cuales eran encendidos como claveles de verdad; halló los rubís de la sangre del sudor de Cristo, el cual vertió Jesús al pedir por el Hombre como nunca antes había pedido.

Y recogéndolos, el viajero aquél acordóse de un amor y de un odio que hacía tiempo guardaba en el alma. Y llegando a la ciudad, con el precio de la mitad de los rubís mandó matar a su mejor amigo,-y con la otra mitad compróse una hora de placer en el lecho de una cortesana.

El rey de los judíos

Y estando crucificado en la cruz, sortearon sus vestiduras y le pusieron en lo alto estas palabras: Jesús, Rey de los Judíos.

Y los que pasaban cerca, burlábanse, diciendo: Ah, tú que destruyes el templo y lo levantas en tres días, sálvate a ti mismo. Si es cierto que eres el hijo de Dios, baja de la cruz.

Y también los escribas y los príncipes de los sacerdotes mofábanse, diciendo:

Ha salvado a otros y a sí mismo no puede salvarse. Si es el Rey de Israel, que descienda de la cruz y en él creeremos.

Y cuando Jesús, clamando con una gran voz hubo entregado el alma, acerquéme a los escribas y sacerdotes que estaban cerca, preguntándoles:

¿No cantó Isaías, de Sion saldrá la ley y la palabra del Señor?

Y ellos respondieron, Sí.

Y nuevamente les pregunté: ¿No habéis dicho vosotros, de la casa de David vendrá el Cristo?

Y ellos respondieron, Sí.



Y aun les volvíles a preguntar: ¿No es clamor de la voz de David, el que dice, han taladrado mis manos y mis pies, han repartido entre sí mis vestiduras y sorteado mi túnica?

Y ¿no habéis vosotros dicho, según la palabra del Profeta, él nacerá en Belén de la Judea?

A lo que los príncipes de los sacerdotes y los escribas respondieron, Sí.

Y entonces les reproché, diciendo: ¿Cómo negáis, pues, que éste es el Mesías?

Y respondió uno de los sacerdotes: No trajo corona de oro, ni cetro de diamantes, ni ejércitos con espadas, sino que llegó vestido con el manto de la humildad. ¿Cómo aceptarlo por Rey?

Y dijo uno de los escribas: Todos esperamos al Mesías entre alguno de nuestros hijos. Él quiso matar nuestras esperanzas. ¿Cómo aceptarlo por Rey?

Y uno de los ancianos, en voz baja: Israel vive de un sueño y él quiso hacerlo realidad. ¿Cómo aceptarlo por Rey?



La carne que perece

Cuando Jesús fue crucificado, juntóse la nube negra del enojo de Dios; y Dios dijo:

Les hablé y no me oyeron; envíeles a mi hijo y le crucificaron. ¿Qué debo hacer, pues, sino aniquilar a esta inicua especie del hombre? Porque en verdad es inicua.

Ahora bien, Jesús tenía agobiada su divinidad en carne que perece. Esta carne del error y de la angustia era suya, y él la sufría. Y he aquí por qué, cuando iba a rendir el alma, dijo:

Perdónalos, Padre, porque no saben lo que hacen.



La palabra de Jehová

Cuando Jesús hubo entregado el alma, he aquí que un hombre lloraba cerca de la cruz y se desgarraba las vestiduras, diciendo en alta voz,

En el monte Sinaí habló Jehová a su pueblo, por boca de Moisés;

del lecho de su sueño levantó a Samuel, nombrándole cuatro veces;

y hacia el Tabernáculo de la Congregación llamó a Moisés, a Miriam y a Aarón;

y díjole también a su pueblo, por labios de Natán, profeta de David: No me edificarás casa para mi habitación, pues no la necesito;

y hasta Elías llegó la voz de Jehová, diciendo: Vete de aquí hacia el oriente y ocúltate en el lago que está antes del Jordán ...He mandado a los cuervos que te alimenten;

y también cayó sobre Israel por boca de Malaquías la carga de la palabra del Señor, diciendo: Un hijo honra a su padre, y un sirviente honra a su amo: si yo pues soy un padre, ¿cómo se me honra?

Y uno de los soldados que se repartían las vestiduras de Jesús, preguntó a quién así se lamentaba:

¿Lloras porque tu Dios no le respondió y le abandonó?

A lo que contestó aquél hombre:

¡Lloro porque el pueblo de Israel no ha de escuchar ya más la palabra de Jehová!



El crucificado

A orillas del Orontes planté la simiente de amor, y recogí la espina del odio.

Canté, cerca del Hermos, un canto a la excelencia de la Verdad; pero los hombres recogieron y me devolvieron mi canción, transformada en la depravación de la mentira.

Forjé, junto al Týras, un templo a la esencia de Dios; mas los hombres irrumpieron en él, y en él adoraron el barro del placer.

Y aun todavía creí. Y anduve, anduve.

Pasé por los sacrilegios del Oxus, por la lujurias del Éufrates, por los horrores del Tíber.

Anduve, anduve.

Y por tierras del Jordán llegué a un sitio donde un santo acababa de ser vendido por un traidor.

Y este santo estaba en una cruz, crucificado.

Y alguien que estaba cerca, dijo:

He aquí que la suprema aspiración del hombre es llegar al placer mayor; en tanto que la de éste fue llegar al sacrificio supremo.

Y vi que las heridas del santo goteaban unos diamantes rojos, que eran: la sangre del sacrificio convertida en la dádiva del Amor.

¡Y esta dádiva y este sacrificio salvaron mi fe, y me recompensaron de todos los horrores habidos!

Y me conmoví. Y lloré, ese día, a los pies del Crucificado.

N.E.: Aquí termina el poemario *El Rabí Jesús*, que se imprimió por primera vez con este el título, el año de 1950, en Cuernavaca, Morelos, y bajo el seudónimo de Rabinal Itzamalil.



Las esencias cautivas

Sónicos

(Poemas para acompañarse con guitarra)

I

¡Qué solo viene el camino
bajando por las laderas!
Ni siquiera una canción
trae en sus labios de piedra.

Salió de quién sabe dónde
con su morral de tristezas
y hay zafiros de nostalgia
en su mirada viajera.

¡Qué solo viene el camino
por la llanura desierta!

II

¿Qué tendrá mi pena
que no dice nada?
¿Qué tendrá mi pena
que ni a mí me habla!

Solita pensando
junto a la ventana,
sus ojazos ruedan
por la senda larga.

Qué tendrá mi pena
que está tan callada!



III

¡Vámonos, camino!
¡Vámonos muy lejos!
A un país extraño
donde todo es nuevo.

Dejemos las viejas
cosas sin remedio.
El amor en ruinas
y el triste recuerdo.

¡Vámonos, camino!
Muy lejos. ¡Muy lejos!

IV

Me fui volviendo canción
sin saber cómo ni cuando
y hoy me resuena la herida
aquí, aquí en el costado.

No me bajéis de la cruz,
para que siga mi canto.
Clavad duro, clavad recio
uno y otro y otro clavo.

¡Yo me he vuelto una canción
que tiene abierto los brazos!



V

Quisiera ser un camino
con charcos y mariposas,
mucho cielo, mucho árbol
y amor de lejanas cosas.

Algún día yo he de ser
un camino en la remota
planicie que no se acaba
y en la montaña olorosa.

Esto he de ser: un camino.
Y lo demás, ¡todo sobra!

VI

Peregrino sin reposo
que viene de muy, muy lejos,
pide albergue en todas partes
y nunca lo encuentra, el viento.

Siquiera un rincón él pide
para descansar su cuerpo;
mas, se lo niegan el valle,
el mar, la montaña, el cielo.

¡Así va ese caminante
sin quietud y sin consuelo!



VII

Extraño este tulipán
que trepa hasta mi ventana:
anoche estaba marchito,
y hoy, imírenle la cara!

Al atardecer se duele
de la vida, breve y vana;
y luego al salir el sol,
jactancioso se engalana.

¡Qué extraño este tulipán
que asoma por mi ventana!

VIII

Que lo diga esa canción
testigo de mis recuerdos.
Ella jurará por mí
y afirmará que no miento.

Dejadla hablar. Sólo ella
estuvo en aquél momento
y del instante está llena
y vibrante como un eco.

¡Que lo diga esa canción
y verán cómo no miento!



IX

Mi casa la voy perdiendo
poco a poco. Pieza a pieza
la va ganando el silencio
y hoy, holgada me queda.

Ya son muchas las paredes
y demasiadas las puertas
para este huésped extraño
que en un rincón se repliega.

¡Casa grande de mi vida
que ya es silencio de piedra!

X

Abre esa ventana
que cerrada está.
Déjala que mire
caminos del mar,

galope del llano,
selva musical
y todas las cosas
que quiera mirar.

¡Abre esa ventana
que cerrada está!



XI

Mi pena mira de un modo
que dan ganas de llorar.
¡Vámonos, penita mía,
caminito de la mar!

Yo la cogí de la mano,
ella se dejó tomar.
Nos fuimos calladamente.

Suspiros, y nada más.

Después, de pie ante el azul,
imi pena ya era un cantar!

XII

El alma va por la tarde
tarareando sus recuerdos;
unos, de lágrima viva,
otros, de azul marinero.

Silba un aire de suspiros
que viene de allá muy lejos,
y musita levemente
pedazos de rotos sueños.

El alma lleva en el alma
un océano de recuerdos.



XIII

Cuando yo muera, entre todo
lo que amo y que contemplo,
deploro que ha de morir
la mujer que miro en sueños.

Ella canta, ella ríe,
ella me trae consuelo.
Es una amorosa llama
y una fuente en el desierto.

Que muera yo, se comprende,
mas, ino la que llevo en sueños!

XIV

¡Ay del tiempo en que no hay
una estrella soñadora,
una canción en los labios,
ni en el jardín una rosa.

Cuando las alas no vuelan
y el paso no se remonta.
Cuando todo yace inmóvil
bajo el plomo de la sombra,

¡ay del día en que no hay
un alma para las cosas!



XV

El azul se llama azul
y el negro se llama negro.
Sobre los campos, campánulas,
y bajo tierra los féretros.

En el alba las canciones
y a media noche el silencio.

Rosas en las bocas jóvenes
y polvo en las de los muertos.

¡El azul se llama azul
y el negro se llama negro!

XVI

Sobre el arco iris
cabalga la rosa.
¡Mirad cómo esplende
la flor victoriosa!

Ángeles y arcángeles,
demonios y diosas
celestial guirnalda
bailando le forman.

Y todos exclaman:
¡La rosa! ¡La rosa!



XVII

Hay en tu nombre, cautivo,
un país bello y extraño,
y cada vez que te nombro
en sueños lo estoy mirando.

Montañas de rosa y bruma,
paisajes hechos de cánticos,
tierra augural y fecunda.
Ese país contemplado,

igual que en una esmeralda
en tu nombre está grabado.

XVIII

La canción viene soñando
paisajes de cante jondo:
Sevilla tiene en los labios,
Guadalquivir en los ojos.

Brilla una luna andaluza
en su mirar, y en el rostro
se le ven tintas de sueños
escritos con signos rotos.

¡Así llega esa canción
con alma de cante-jondo!



XIX

Julio Canciones tenía
algo de rosal enfermo;
con su guitarra decía
cosas que vienen de lejos;

cosas que tienen raíces
y que se escapan del pecho
como la flor estallante
de un framboyán en incendio.

Así cantaba Canciones
las cosas de sus recuerdos.

XX

La canción que te cantaba
viene y pregunta por ti.
Busca en derredor y calla,
calla, mirándome a mí.

Yo no sé cómo decirle
que has muerto y no estás aquí.
Ella se sienta y espera
y, triste, se marcha al fin.

Pero al poco tiempo vuelve, vuelve
y pregunta por ti.



XXI

¡Tú, canción, te has vuelto loca!
Vas cantando por la calle,
subiéndote a los balcones
y piropeando a la tarde.

¡Canción, tú te has vuelto loca!
Como los chinchimbacales,
flautas arpegias trinando
entre las copas de jade.

Y tan loca esas, canción
que no hay nadie que te aguante.

XXII

Si estamos solos, canción,
Dios está solo también.
De su clara soledad
nada se oye. Ya ves.

¡No hay qué quejarse, canción!
Si nos tratan con desdén
y nadie quiere escucharnos,
nos basta llevarnos bien.

¡Canta! ¡Canta, canción mía,
que te quiero como ayer!



XXIII

Tú llevas, corazón, entre tus bártulos,
una jaula de pájaros cantores.
Cuando la muerte llega y te circunda
ellos te salvan, sólo con canciones.

¡Qué importa que te asechen los puñales
que ocultos en su manga el tiempo esconde!
¡Qué importa que las víboras te muerdan
y, para estrangularte, se te enrosquen!

¡Qué importan, corazón, sombras de muerte
si te salvan tus pájaros cantores!

XXIV

Te he vuelto a encontrar, Poesía,
y es infinito mi gozo;
Poesía, primera novia
que me acompaña en otoño.

Te quise siempre y te quiero,
te quiero como en los mozos
años en que juntos íbamos
amándonos y amando todo.

¡Estoy de nuevo a tu lado
y es algo maravilloso!



XXV

¡Recuerdos, no me recuerden
aquel tiempo tan feliz!
¡Callad, que no quiero oírles!
Cuando les oigo, ¡ay de mí!

¡Ay por el mudo sollozo
de la cuerda de violín!
¡Ay por el dolor que cae
y estremece mi raíz!

Por eso, recuerdos míos,
¡callad! Os lo pido así.

XXVI

Canción, tu nombre es mujer.
Mujer, tu nombre es canción.
Cintura de la guitarra
y escala del diapasón.

Ella se acerca. Sus pasos
tienen música de son.
Suenan las notas. El canto
trae alondras de su voz.

¡Mi música es la mujer
y la mujer es canción!



XXVII

Te miro y no te conozco,
alma. ¡Qué aporreada estás!

Aporreada y mal vestida.
Se ve que te ha ido mal.

Pero tú eres, mi alma,
eres como el tulipán:
por la noche, decaída,
por la mañana, triunfal.

Un día arrastras los pies,
otros te siento volar.

XXVIII

Si me clavan en la cruz
y me hieren el costado,
tú acudes pronto, Poesía,
a desclavarme las manos.

Tú me bajas del madero,
curas mi herida con bálsamo
y pones, ¡quién sabe cómo!,
una canción en mis labios.

Resucitado por ti,
respiro, palpito y ando.



XXIX

Todos se van, menos tú.
Sólo tú siempre conmigo,
en el buen tiempo y también
en el mal tiempo enemigo.

Menos tú, todo se va:
los padres —¡puerto y abrigo!—,
la amistad —¡frágil cerámica!—,
el amor —¡dios fugitivo!—

¡Sólo tú siempre a mi lado,
hasta en el rincón más íntimo!

XXX

Ya no me sirves, Poesía.
Puedes largarte. Yo tengo
que atender cosas tangibles
y no verdades de sueño.

Sí, te he cambiado por otra
que sabe emplear el tiempo
prácticamente. De modo
que para siempre te dejo.

¡Y, sin embargo, Poesía!
¡Poesía, cómo te quiero!



XXXI

¡Qué sola estás, Soledad!

Solitaria y sin amor.
Te miro y ver me parece
en el desierto una flor.

Soledad de soledades
solita con tu dolor.
Sólo tú sabes tu pena,
solamente tú y Dios.

¡Ay, qué soledad tan sola
la de Soledad Quiroz!

XXXII

Prohibido cortar las rosas
anuncia el viejo letrado.
Pero, es que leer no sabe,
no sabe leer el viento.

Y como entender no puede
lo que dice el sentimiento,
corta lirios, corta rosas
y las tira por el suelo.

¡Pues es que leer no sabe,
no sabe leer el viento!



XXXIII

Cuando yo caiga, poema,
tú te mantendrás en pie.
Caminarás por el mundo,
prendido al pecho un clavel.

Saludarás a los pájaros,
verás el amanecer.
Dialogarás con la luna.
Recogerás miel y hiel.

Tú serás, poema mío,
lo que yo no pude ser.



El sol caído

(Silvio Alonso)

I

Desollado, en carne viva
desde que te fuiste, hijo,
me arrastro por este mundo
como aullante perro herido.

Soy una masa que sangra,
una llaga hecha gemido,
una cosa rota y triste
que camina sin motivo.

¡Yo soy una cosa rota
y hasta mi sombra es un grito!

II

Vivía cuando cantaba
y ahora, si canto, muero.
La dicha se ha vuelto pena.
Lo que era blanco ya es negro.

Atajado en mi dolor,
no hallo puerta de éxito.
Soy como bestia enjaulada.
Ninguna salida encuentro.



¡Ninguna salida tiene
este grito que aquí llevo!

III

Eras columna de luz,
hijo bueno y compañero.
Mas que luz: eras un sol.
¡Y te apagaste en mi cielo!

¡Ay, hijo, qué oscuridad!
¡Qué dar tumbos! Y en el suelo
caer, y contra los muros
chocar cual pájaro ciego!

Rotas las alas, me arrastro
sin poder alzar el vuelo.

IV

Soy una casa caída,
una ruinosa pared,
una columna en el suelo.
Soy algo que ya no es.

Estoy roto en mil pedazos
que no puedo recoger.
Parece que una metralla
me acribilla por doquier.

Desde ese día de marzo
soy un cadáver de pie.

V

Vivo llorándote, hijo.
Es esto lo que me queda:
llanto por el hijo muerto.
Tocadme: soy una queja.

Si no te lloro, me asfixio.
Todo mi cuerpo se quiebra
y la muerte es más que muerte
y la pena es más que pena.

Con qué, llorarte, hijo mío,
es todo lo que me queda.

VI

El mundo estaba lleno de tu nombre
y se quedó vacío de repente,
vacío como yo, como mis manos
que te perdieron, hijo, para siempre.

Nombre del hijo bueno y compañero
que lo llenaba todo. Refulgente
me cubría de luz. Al pronunciarlo
todo se hacía claro y transparente,
como se ha hecho hoy dolor y grito
este cantar en boca de la muerte!



Retorno

(Canción)

¡Qué bien que tú me digas que retornas,
mi paloma de luz!

¡Qué bien que ya se anuncien tus pisadas
junto al estanque azul!

Si vieras qué tristeza tan profunda
cuando no estabas tú,
qué infinitas las horas y qué inmensa
mi terrible inquietud.

¡Qué bien que ya retournes a quedarte,
mi ventana de luz!

¡El sol ha de ser mío para siempre
cuando te quedes tú!

Recreación de la
Flor de Mayo



—Mira, me dijo.

Miré el campo y vi flores de rostro hermoso, pájaros que eran verdaderos pájaros y venados de cuello musical.

—¡Qué lindo!, exclamé, dirigiéndome a ella.

Luego volví a mirar el campo y ya nada vi. Sorprendido, la miré a ella y he aquí que los pájaros, las flores y los venados se habían refugiado en su mirada.

~

Yo creía que ella misma borda con flores maravillosas su terno de seda blanca; pero son las flores mismas que, dejando sus tallos, vuelan para incrustarse en la lindura de su traje.

~

Cuando sale al campo, cada una de las flores exclama:
—¡Yo la vi primero! ¡Yo la vi primero!

~

Yo no sabía que los venados imitan el balanceo de sus caderas, al andar.

El sacerdote me preguntó si sé lo que es el Infierno.

—Sí, le respondí. El infierno es cuando ella se aleja.

~

Tampoco sabía que el cántaro tomó la forma que tiene para poderse acurrucar en su cintura.

~

¿No comprenden por qué la luciérnaga enciende sus ojos de noche? Es que no puede vivir sin contemplarla, y la busca.

~

—¿Quién trajo estas flores tan lindas?

—Son sus zapatillas, que al contacto con sus pies se volvieron manojos de xtabentunes:

~

¿Rumor de alas? O, ¿un venadito que cruza? O, ¿una flor que levanta su perfume? ¡No, no! ¡Nada de esto! Es sólo ella.

~

Ni un ejército en desfile, ni un rey en la majestad de su gloria, ni una bandera en lo alto de un palacio, son como ella cuando, con el rebozo terciado, pasa bajo el arco de San Juan.

~

Vengo cayéndome, tengo nublada la vista y la cabeza me da vueltas...

—¿Estás borracho?

—¡Sí, ella me ha mirado!

Todas las cosas están de fiesta: los pájaros, la luz, la brisa. Todas las cosas están de fiesta, porque la tarde se ha puesto sobre el pecho el clavel de su sonrisa.

~



Ante su belleza caigo en éxtasis. Su belleza es la luna maravillosa donde se refleja el alma de Dios.

~

Al verla zapatear en la jarana, el mismo tunculuchú que se posa en la ceiba, púsose a bailar en la rama.

~

Cuando va al monte, éste le pide: —¡Habla, para que mis pájaros aprendan a cantar!

~

Entre sus manos, el molinillo del batidor no gira, sino baila, baila, baila.

~

Su presencia es el agua de vida. Es el agua que bebo apasionadamente, y que sin embargo, enciende mi sed.

~

Me dijeron: —Llevas tu bolso lleno de oro.

—Sí, respondí, lo llevo lleno de soñar con ella.

~

La muchedumbre de flores que en la mañana se abren, le canta: —¡Queremos tu miel, como las abejas quieren la nuestra!

~

Cuando ella se acerca, su hamaca tiembla como un plumaje estremecido. Cuando se acuesta, su hamaca la envuelve apasionadamente.

~



Cuando ella se acerca, escúchase el murmullo del campo que se anima. Cuando se aleja, óyese el desaliento de las hojas que decaen tristemente.

~

La astrología de mi vida se divide en días aciagos o felices, según brille o no en mi cielo la estrella de su presencia.

~

¡No me pregunten cuántas hermanas tiene, porque les responderé que cuenten las flores todas de la tierra!

~

Ella misma, sin saberlo, dirige con su presencia la belleza de los jardines y el canto de los pájaros.

~

Le puse en el dedo un anillo de cocoyol, y el cocoyol se volvió de oro.

~

Yo no soy nada. Soy tan sólo una pobre jícara vacía, siempre deseosa de llenarse con el agua de su belleza.

~

La nube dice: —¡No quiero ser agua, sino rocío, para descender sobre sus labios!

~

Estoy cautivo en los hilos de su belleza, y aunque quisiera escapar, no puedo, porque tengo enredadas las manos y los pies.

~



El venadillo que ha criado en su casa junta su cabecita al rostro de la Flor de Mayo y parece decirme, mirándome con sus grandes ojos: —¡Mira! ¡Mira cómo me parezco a ella!

~

Las ciruelas de pulpa jugosa que se doran en la rama, dicen amorosas: —¡Por ella y para ella!

~

Al verla pasar, la amapola abrió la roja flor de su corazón. Y le dijo: —¡Toma!

~

Oí una flor que lloriqueaba, diciendo: —¡He hecho todo lo posible, pero no puedo, no puedo imitarla!

~

El cántaro le grita: —¡Tómame y acurrúcame en tu cintura!

~

Oí la voz del agua dentro del cántaro, diciendo: —¡He de llegar! ¡He de llegar hasta sus labios!

~

Yo he presenciado este milagro: ella contempló la noche y he aquí que la noche se llenó de rosas.

~

¡Estoy confundido! ¡No sé que hacer! Porque el viento, que tiene manos de escultor, se ha puesto a modelar su talle, acariciándolo...

~

Una tarde, al pasar ella por el caminito del monte, las piedras se convirtieron en flores y he aquí que anduvo sobre campánulas y xtabentunes.

~

Ella se alejó de mi lado y supe entonces cómo la ausencia sabe a jícara vacía.

~

Amparado por su belleza, el día se ha vuelto prestidigitador y convierte las humildes violetas en rosas deslumbrantes.

~

Me preguntan: —¿Cómo es que hay tantas flores en su casa?

Les respondo: —Es ella, que con su aliento maravilloso las hace brotar.

~

No podía comprender qué se habían hecho las blancas flores del tamarindo, hasta que las vi asomar entre la sonrisa de sus labios.

~

Nosotros, las personas comunes y corrientes, descendemos de generaciones de hombres. Pero la Flor de Mayo desciende de perfumes, de músicas y sueños.

~

Su sonrisa es un amanecer de perlas.

~

Ella es el médico que cura el mal de mi tristeza; es la música que hace bailar mi alegría y el perfume que aspiro ávidamente.

~

Las puntas de su rebozo son dos alas, que en vez de surcar el cielo de arriba, abrázanse al cielo de su presencia.

~

Cuando al campo sale, todas las flores, impacientes, le gritan: —¡A mí! ¡A mí! ¡Aspírame a mí!

~

Bajo su mirada, las esperanzas vuelven a andar y las muertas ilusiones resucitan.

~

Las personas comunes y corrientes estamos hechas de zacate, tierra y polvo.

Pero la Flor de Mayo está hecha de pulpa de tamarindo y melcocha de Dzityá

~

Ella no sale, ella se esconde, ella tiene miedo de mostrarse a la luz del día, y es que las abejas la persiguen queriendo libar en sus labios.

~

Ella es el lujo del día. En anticipación a ella. Dios hizo las flores y los plumajes preciosos, representantes de su hermosura.

~

Su hamaca no es una hamaca. Es una rosa blanca donde duerme, suspendida, la perla de la hermosura.

~

Que dónde nació Flor de Mayo, que cuántos años tiene y que cuál es su verdadero nombre... Pregúntenselos a la nube y al jazmín.

~

Oí una voz varonil que decía: —Yo soy su bienamado. Soy su íntimo amigo de todos los días. Soy quien la colma de caricias y de quien ella no se cansa jamás.

Al oír esto, la cabeza me dio vueltas...

Continuó la voz: —Soy el único a quien ella busca y sin el cual no podría vivir.

Yo rugí, desafiante: — ¡Tu nombre! ¡Dime tu nombre!
—Soy el jabón.

~

Cuando, abanicándose, cruza por la Plaza Grande, cada una de las flores grita: — ¡Déjenme sitio! ¡Déjenme sitio para posarme en su abanico!

~

Hoy se ha abierto una hermosísima flor junto a su ventana, y es que la flor se alimentó con el suspiro que ella dejó caer, anoche, junto a esa ventana.

~

Pasé por su casa y ella estaba cantando. Como una flor que flota en el aire se me quedó el recuerdo de su voz.

~

Se anegó su calle y tuvo que cruzarla luciendo su blanco hipil. Yo nunca había visto una vara de nardo recogiendo la falda.

~

Ella es un instrumento de música que habla con cantos de pájaros y murmullos de agua. Cuando habla, las notas musicales se ponen a escuchar.

~

Para mí nunca hay noches. Para mí sólo hay días. Me extraña que digan que está anocheciendo, cuando el sol de su hermosura es un amanecer constante.

~

Yo no sabía por qué cantan tanto y tan bellamente los pájaros; pero, ya lo sé; hablan de ella.

~

¿Por qué hace reverdecir la vida? ¿Por qué, ante su presencia, las tinieblas huyen? ¡Ah! Es que tiene inscrito en su corazón el nombre de Dios.

~

Por su hipil, que es hermano de las flores de tamarindo, ella es una aparición, un sueño, una leyenda de blancura que va por las veredas del Mayab.

~

No me atrevo a pronunciar su nombre, porque al oírlo, quizá la luna se llenaría de envidia y podría hacerle daño.

~

Los árboles se deshojan. Sueño que se despojan de sus vestiduras como un sacrificio a su belleza.

~

El “galán de noche” que ha florecido junto a su ventana, cambia su perfume por una guitarra, porque, romántico, se muere por cantarle una canción.

~

Una tarde, al pasar ella por el caminito del monte, las piedras se convirtieron en flores, y he aquí que anduvo sobre campánulas y xtabentunes.

~

Cuando ella se acerca, el agua de pozo exclama: —¡Ahora voy a besar sus manos!

~

En el cielo de mi noche ella es la luna, luna de largas pestañas y cabellos ondulados.

~

Al fin, una rosa me dijo: —He aquí nuestro secreto: imitamos las líneas de su cuerpo!

~

Ella se lastimó el pie, y, ¡oh asombro!: oí que las flores se quejaban.

~

Para poder besar sus plantas, una estrella ha puesto su imagen en un charco de la lluvia y suspira, esperándola pasar.

~

Su presencia es el pan que alimenta mis ojos y el vino
sin el cual mis horas serían botellas vacías.

~

Cuando se inclina sobre el brocal del pozo subiendo el
agua en el cubo y atrayéndola hacia sí, ¡qué compasiva es!

~

Ella viene a la luz de la luna. Su hipil ejerce una voca-
ción de blancura. ¡Yo no sabía que las flores de xtabentún
caminan por la noche!

~

En mi corazón llevo inscrita una mirada suya. Gracias a
esa mirada, las serpientes no me muerden ni la deses-
peranza me acuchilla.

~

Ella es una vara de nardo. Es, mejor dicho, una vara
mágica que convierte en oro mis horas tristes.

~

Hoy parece que las flores tienen alma, y es porque ella,
para quitarles unos insectos inoportunos, las sopló
con su aliento maravilloso.

~

El lucero de la tarde les grita, encolerizado, a las nubes:
—¡Quítense, que no puedo verla!

~

Me llaman rico. ¡Y lo soy! ¿Acaso no tengo sus miradas?

~



He aquí esta maravilla: ella está aquí, y al mismo tiempo está en todas las flores de la tierra.

~

Su nombre es una bandera y se dice en secreto, porque si se pronunciara en voz alta, se avergonzarían de sí mismas las torres de los templos.

Yo empleo su nombre para propiciarme la bondad de las horas y protegerme contra los peligros. Usándolo, camino de noche como si anduviera a la luz del sol.

~

Cuando no la miro, la tristeza llega hasta el rincón de mi silencio, preguntándome:

—¿Por qué ¿Por qué?

~

Las rosas, que me parecían bellísimas, dicen: —¡Ella nos ha tocado al pasar y nos ha contagiado su hermosura!

La jícara que tocó con sus labios al beber en ella, exclama: —¡No me toquéis, porque estoy bendita!

~

Ella se ha acostado. ¡Mira! Su hamaca es ya una góndola de rosas.

~

El agua dice: —¡Es mi amiga!

El jabón canta: — ¡Es mi novia!

~

Yo le digo: ¡Sonríe, para que el día aprenda a amanecer!

~

Ella huía por el patio, defendiéndose con las manos;
huía, perseguida por un chupaflores.

~

Como un elixir de larga vida, las flores han inscrito su
nombre en sus corolas.

~

Cuando en los domingos cruza la Plaza Grande con su
terno de mestiza, la música se abre como un girasol y
sus pétalos invisibles la acarician tiernamente.

~

¡Estoy admirado! Porque, para ofrecerle sus flores, el
rosal que crece al pie de su ventana está dando rosas
con pétalos en forma de corazones.

~

¡Hechicera! ¡Ha puesto el encanto de su presencia en
el aire, en el agua y en la luz!

~

Su nombre es un perfume. Su nombre es un misterio. Su
nombre es una palabra mágica que hace andar las ilusio-
nes y resucita las esperanzas.

~

Oí que las estrellas le decían: —¡Está bien! Pero, ino
dejes de mirarnos!

~

Tengo celos de que ella mire hacia afuera, porque al
hacerlo, participaría a las cosas su hermosura, y las
cosas a su vez la participarían a los que pasan afuera.

~

La noche está celosa, porque el viento, que era su amante, toca la guitarra de los ramajes y suspira al pie de su ventana.

~

Su sonrisa no es una sonrisa. Es una fórmula mágica que el sol emplea para hacer florecer la vida.

~

Todos los días pronuncio su nombre. Su nombre lo llevo siempre conmigo y me protege como un escudo contra las horas tristes.

~

Su andar, ¡qué humillación para la música! Sus ojos, ¡qué humillación para los libros!

~

Lancé su amor lejos de mi casa; mas, aunque cerré bien ventanas y puertas, no sé cómo volvió a entrar su amor.

~

Una tarde sentí que llovían pétalos. Busqué en el cielo y no vi nada. ¡Ah! ¡Ella me miraba!

~

Yo sé pronunciar su nombre de tal modo que los ramajes se marchiten, y sé pronunciarlo para que resuciten.

~

Para ser lo mismo que ella, hay momentos en que su rosario de oro se convierte en rosario de rosas.

~

Yo no he descubierto ningún tesoro. Sólo he descubierto, al pasar, el rayo de luz de una sonrisa suya.

~

Si ella muriese, ¿qué interés podría tener el sol en levantarse todas las mañanas?

~

¿Los libros que leo? ¿Mis poemas favoritos? ¡Sus ojos!

~

Si oyes que la guitarra se pone a preludiar sola, entiéndelo: ¡ella se acerca!

~

Yo no conocía el origen de la música, pero ahora sé que las canciones no hacen sino imitar las líneas de su cuerpo.

~

Mi corazón cae de rodillas y pide clemencia, porque cometió el pecado de mirar sus ojos y de escuchar su voz.

Canción

Al modo de Verlaine

“De la musique avant tout”.
Antes que nada, la música.
Porque en sus ritmos de brisa
danzan y cantan las musas.

Cabelleras ondulantes
y voluptuosas cinturas,
caderas que imitan cántaros
donde el amor se refugia.
¡Esto es música!

Voz de la mujer amada
que el corazón nos endulza,
risa argentina y sonora
que nos saca de la tumba.
¡Esto es música!

Rodar de astros y cielos,
bodas del sol y la luna,
galaxias con melodías
en sus espirales curvas.
¡Esto es música!



Armonía de las rosas:
curvilínea arquitectura
que la belleza del cosmos
en sus pétalos conjuga.
¡Esto es música!

Y el caracol en la arena,
y el verde-azul que se ondula
acariciando las playas
que ama, besa y arrulla.
¡Esto es música!

Esto es música y poesía,
hermanas que viven juntas
y, más que hermanas, gemelas
que no se separan nunca.
Porque música y poesía
son sólo una.

El Mayab resplandeciente

POEMAS EN MARCO MAYA

N.E.: Este poemario, de estilo único, fue escrito doce años antes de que su autor descubriese, en 1942, el carácter cronológico y demás implicaciones culturales de la serpiente cascabel *Abau Can-Crotalus durissus* que sirvieron de base para la formación de la cultura maya, tema que José Díaz-Bolio estudia en sus libros *La Serpiente Emplumada, eje de culturas*, *Mi descubrimiento del culto crotálico* y *La geometría de los mayas y el arte crotálico*.

El Mayab resplandeciente representa el primer intento de hacer poesía subjetiva en prosa lírica y dialogada, con raíces autóctonas de la tierra maya y saliéndose del género de las leyendas, tratado y casi agotado por Antonio Médez Bolio en *La Tierra del Faisán y del Venado*.

*Díaz-Bolio, José, *El Mayab resplandeciente*, México, La Universal, 1932.

Prólogo

DE PROVINCIA lejana y muy famosa por sus leyendas cuajadas de ensueño y heroísmos, de solar llano y pulcro donde se levanta el alto relieve mas bello de nuestra arqueología; del magnífico país yucateco, recibí hace tres años las primicias de un joven poeta, José Díaz-Bolio, cuyo postrer apellido me revelara su egregia estirpe artística.

Con la curiosidad y el respeto cariñoso que siento por la juventud que escribe, leí atento *La visión pensativa*, cuyo era el nombre del breviario, y le escribí al bardo esta carta:

Poeta y amigo: Es usted un señor poeta, que inicia su vuelo con un libro triunfador.

Comienza usted por donde otros terminan. Ojalá y acabe en la gloria; para eso no tiene más que leer y vivir mucho, y volver a leer y volver a vivir. ¡Ah! y viajar. Viaje, amigo mío, cuanto pueda. Nada nos educa el carácter, nos afina el espíritu y nos da sensaciones e ideas inesperadas, como la vida trashumante. Y otra cosa: no deje usted dormir sus ensueños, ni cierre los ojos mirando sólo el pasado: abra ampliamente su pupila alerta de artista a las corrientes flamantes del estilo y del pensamiento modernos, que así, sin darse cuenta, la vida nueva, los últimos ritmos europeos, las ideas vanguardistas de los pontífices a la moda, aunque

pequen algunos de snobismo, no le dejarán envejecer. Porque el fino tamiz de su almarío sabrá captar el sedimento de los verdaderos valores intrínsecos.

Díaz-Bolio me contestó bellas cosas, declarándome con devoción estética que, siendo un apasionado por la Poesía, quisiera tener una vigorosa preparación que le permitiese rendirle un tributo digno, haciendo algo perdurable por su magnificencia. Tributo que el diáfano talento del artista ha venido ofreciendo, constante y evolutivamente, a nuestra señora la Poesía.

~

En este su nuevo libro, *El Mayab resplandeciente*, Díaz-Bolio se ha superado: la prosa de sus poemas breves es la única perdurable, la que dice lo que quiere decir, con precisión, con claridad, con elegante sencillez; la prosa de ideas netas expresadas con la fácil euritmia, con la difícilísima armonía de una música limpia, grata y noble.

El “Poema del Gran Momento” pregona el vivir intenso. Todo ser y toda cosa deben darnos placer si los sabemos contemplar intensamente. “La vida toda es el momento. La vida debe hacerse un gran momento, un gran momento apasionado”.

“Al coger entre los dedos los vasijas pintadas de muchos colores, es necesario mirarlas largamente, oprimirlas entre las manos para sorprender sus intimidades, y penetrar con el pensamiento el prodigio de su significado interior. Así, ellas vendrán a nosotros y nosotros iremos hacia ellas...”

Todas las cosas le merecen atención y ternura. Ama cuanto mira, cuanto palpa, cuanto escucha. Todo en la vida tiene sentido, finalidad, interés, poesía. “La piedra que yace

inmóvil” le habla “del tiempo de la inmortal grandeza”. “El polvo de las veredas... le hizo saber lo que en los mosaicos nunca se ha escrito, el polvo suave de las veredas, el que es igual que un manto...”

Poeta contemplativo, en el poema de Okomol, nos canta la emoción del peregrino: con aleluyas, el hallazgo de los flamantes paisajes por donde sale el Sol; y con nostálgicas saudades, el camino andado que se dejó atrás para siempre.

“Encaminar los pasos hacia las tierras donde se levanta el Sol, es bello;” pero, volver los ojos para mirar lo que atrás se deja, es triste...”

Díaz-Bolio es rico y pobre como todo artista puro: no tiene “amuletos de jade, medallones y collarines, ni brazaletes de oro”; sus alforjas no saben de opulencias, ni sus manos de pedrerías; y, sin embargo, vive en la magnificencia. En su vida interna, emocional, es riquísimo y espléndido:

“Tengo mucho que a los hombres puedo dar, y, sin embargo, nada tengo que puedan quitarme los hombres”.

Sus cuantiosos bienes están en el amor y en la bondad que lleva en su propio almarío y en la sabiduría que le enseña todos los misterios de todas las cosas y todas las vidas; y en la Naturaleza, que ha hecho suya a fuerza de adorarla.

—¿Qué quieres para tu cuerpo?— se pregunta el poeta por boca de un itzalano (un ciudadano de Itzá); y “el buen artista”, esto es, él mismo, el exquisito poeta, se responde:

—“Quiero la transparencia de las aguas claras y la pureza de los cielos azules...”

Ama con singular apego, como descendiente de una raza de artífices, la piedra: la piedra sagrada de sus monumentos mayas; las piedras perennemente holladas de los caminos; las

bruñidas de los regatos; las eminentes de los montañas; las inefables de los mosaicos; los humildes guijarros de las veredas y los bajorrelieves de sus estelas prehistóricas.

Para entender esta pujante pasión del poeta maya, escuchad esta delirante invocación:

“Piedra del Sacbé, piedra del Mayab, yo buscaré en ti. En ti buscaré con las manos, y más con los ojos, y aún más con el espíritu.

“Piedra que estás en los palacios, en las moradas humildes y en los lugares desconocidos. Incansablemente yo buscaré en ti.

“Y cuando un día encuentre lo que busco, levantaré mis brazos al cielo, exclamando: ¡Caxanbil! ¡Caxanbil!

“Piedra del Mayab: todas las cosas tienen un corazón...”

Pensamiento que el docto orfebre Eduardo Colín expresara en estos eurítmicos y certeros versos panteístas.

Si el alma de los seres os aflige,
id a buscar el alma de las cosas,
las cosas tienen alma que las rige,
el perfume es el alma de las rosas,
el alma de la tarde, los colores,
la dureza es el alma del granito,
el alma de la estrella, los fulgores
y el alma del espacio, lo infinito.

Pero no sólo esa nota bucólica y panteísta es su *leit-motiv*; también el amor, el amor a la vida, el amor al amor, electriza sus nervios que vibran dulce y apasionadamente a la radiosa aparición de la mujer.

Entonces su juventud activa y palpitante respira a sus anchas, y se entrega a una embriaguez intensa y lírica, que no pudiendo

soportar dentro de su corazón, la vacía en sus poemas. Porque, en efecto, como afirma André Gide: “L’art naît par surcroît, par pression de surabondance; il comence là ou vivre ne suffit plus à exprimer la vie”.

La obra de arte es resultado de quintas esencias. Todo poema, todo horizonte, todo mármol, toda sinfonía, son obras de destilación en las que el artista ha exprimido su vida misma para ofrecerla en esencia.

Díaz-Bolio es joven y por serlo sus entusiasmos son heroicos, pero como es poeta, suelen también ser místicos. Místico y heroico, es decir, decidido en su totalidad, entregado plenamente a su idea fija con emoción sin fronteras.

Díaz-Bolio es un experto en el eufemismo, como poeta que es. Los poetas no deben llamar a las cosas por sus nombres; porque si lo hicieran, no serían poetas:

“He aquí toda la poética: —dice Ortega y Gasset— hay que esconder los vocablos, porque así se ocultan, se evitan las cosas, que, como tales, son siempre horribles”.

“Dell orirribili cose”,* que Dante se resistía a nombrar.

~

El estilo de sus poemas en prosa no es retórico, ni verboso, ni elocuente: es sencillo, nítido, neto. Parece que el poeta se acogiera al acertado consejo de Francis James: “redescendes, redescendes, dans ta simplicité”.

El poeta Díaz-Bolio, en la concentrada poesía de sus prosas, tiene la “noble audacia” de la simplicidad.

*N.E.: “De l’orribili cose” (canto XIV del Purgatorio) es la expresión correcta en la versión en italiano de la *Divina Commedia*, de Dante Alighieri.

Y triunfa porque su simplicidad es de una profunda emoción, y su emoción de una gran exquisitez.

“El yo es odioso”, decía Pascal. Nuestro joven escritor no es “yoísta” al exterior, lo es en sí mismo, amando su vida interna con inteligencia, esto es, queriéndola perfeccionar.

Llegará por su propio derecho a lo que aspira, a tener un prestigio literario donde tan arduo y largo es adquirirlo; lo tendrá porque tiene temperamento, de artista, ambición de gloria y pasión. “Nada se logra sin pasión”, decía Justo Sierra. Lo tendrá sobre todo como poeta en prosa, a la que debe resueltamente dedicarse, porque en estos tiempos en que el verso va haciéndose joya del pasado, es preferible hacer poesía en prosa, porque si ésta es rica, diáfana, sensual en su emotividad, elegante en su ritmo, noble en su fervor, la palabra poesía dejará de ser sinónimo de verso, y los verdaderos poetas escribirán en prosa.

Como usted, amigo Díaz-Bolio.

ISIDRO FABELA

[*San Gerónimo, D.F., diciembre de 1933*]



Dintel

A mi madre, que puso en mi espíritu el amor a la verdad y a la belleza y me comunicó su afición por las cosas mayas.

A mi padre, de cuyo ejemplo tomé enseñanza de laboriosidad y fe, así como de benevolencia y amoroso interés.

A la mujer indígena que cuidó mis primeros años y que más de una noche me adormeció contándome de la Xtabay y del Kay-Nicté.

A Chichén-Itzá, la ciudad espléndida, cuyo eterno resplandor despertó en mí el impulso de la creación artística y cuyo lenguaje místico —piedra, belleza y Dios— quedó para siempre impreso en las proyecciones de mi ser:

Dedico estos poemas en ambiente legendario personales y desligados de toda leyenda o realidad histórica; y al dedicárselos, tengo la persuasión de que los ofrendo también a mi tierra, la cual me dio el marco para mis canciones.

J.D-B.

Poema de la gran riqueza

Ab-Itzat: Para mi corazón, en cuyos ámbitos debe siempre residir la suprema bondad, he ido reuniendo los frutos del huerto del amor; para el fondo inagotable del pensamiento, he ido juntando los colores infinitos y claros de la vida, y en los senderos sin frutos he sembrado muchos árboles.

Tengo mucho que a los hombres puedo dar, y, sin embargo, nada tengo que puedan quitarme los hombres.

Cuando me detengan en medio del Sacbé antiguo los hombres cubiertos de tristeza, yo les abriré mi corazón, mi corazón henchido de bondad, y repartiré entre ellos una parte de la resplandeciente riqueza que no se agota nunca: el Amor.

Cuando en las ciudades bulliciosas me detengan los hombres afligidos por la duda, yo abriré el arca de mi pensamiento alado, y repartiré entre ellos un poco de la riqueza que no se agota nunca: la Sabiduría.

Cuando en el mundo egoísta de los que mercan los bienes de la madre Ix-Nacabil me detengan los hombres que han padecido por el hambre, yo he de conducirlos a los sitios donde sembré muchos árboles pródigos, y les daré, en los frutos de éstos, algo de la maravillosa dádiva que jamás se agota: la de la Naturaleza.

Pero, si me detienen para pedirme lo que es vulgar que todos los hombres tengan; si me detienen para pedirme brazaletes de oro y amuletos de jade, medallones y collarines, entonces me encontrarán pobre y sin nada que pueda ofrecer.

Tengo mucho que a los hombres puedo dar, y, sin embargo, nada tengo que puedan quitarme.

Poema de la promesa de amor

Aacán: ¡Ek-há! ¡Ek-há! Yo te hice, incomparable Ek-há, una promesa de amor; yo te prometí, allá en los tiempos pasados y en la grandiosa Uxmal, un infinito presente que quizá sólo a los dioses es debido ofrecer. Te ofrecí, divina Ek-há, adorarte y venerarte como a la propia Ix-Zuhuy-Kak; quemar para ti, en los pebeteros sagrados, el aromático nabá; sentarte en un trono de piedra labrada, labrado por los más gloriosos artistas, y darte, también, los más espléndidos abanicos del Mayab, las vestiduras más deslumbrantes y un fantástico mosaico de turquesas.

Pero, dime, ¿no es terrible el recordar un pasado feliz? Yo recuerdo, incomparable Ek-há, que entonces posaste largamente tu dulce mirada en mi mirada ansiosa; recuerdo que me miraste largamente, y que me entregaste tu corazón! ¡Ah! ¿Y acaso podré olvidar lo que entonces me dijiste? Tú me dijiste así: —¡Veo por tus ardientes palabras que en verdad me amas, Aacán! Hunab-Kú, el que manifiesta su grande amor a través de lo mucho que nos ha dado y que nos da, es pródigo hasta el exceso y nada nos niega... Así tú, Aacán, has llegado hasta mí y me has ofrecido lo que quizá sólo a los dioses es debido ofrecer. Y mi corazón se ha abierto como una flor al contacto de la tierna y amante gota de rocío. ¡Mi corazón ha podido amarte, Aacán, mi corazón ha querido abrirse para ti como en una ofrenda!

¡Ek-há! ¡Ek-há! Tú me hablaste así; y tus labios se posaron en los míos, y mi sangre fluyó aprisa!

Entonces corrí ágilmente en busca de los más bravos guerreros de Uxmal; al hablarles, me ceñí un peto que ningún dardo agudo podía traspasar; embracé mi rodela y empuñé una lanza

terrible; y les hablé así: —¡Hombres de Uxmal, temidos todo a lo largo del Sacbé y respetados aún por los mismos dioses! Anoche, hombres de Uxmal, tuve un sueño: soñé que Ix-Miatzil, la diosa iluminada, llegóse hasta mi lecho; venía con las armas de un noble guerrero y con la luz de la verdad resplandeciendo en sus ojos. Y me dijo así: —Aacán, bravo Aacán, los dioses que residen en el Hunanhil me envían a darte buenas nuevas; me envían ¡oh temerario uxmalense! a prevenirte que reúnas los más bravos guerreros de Uxmal, que los reúnas en un ejército glorioso y los conduzcas por todos los rumbos del Sacbé ... Porque grandes victorias y riquezas esperan a los uitzes, y el poderío del Mayab les está reservado. Después, la envolvió Chacal-Ik, el que gira sobre sus plantas, arrebatándola.

¿Recuerdas, Ek-há, cuando salimos de Uxmal en ejército resplandeciente? Salimos entre la admiración de los ciudadanos y en medio el estruendo de los zacatones.

Parecía que los dioses eternos nos acompañaban: vencimos en Copan, en Sací y en Akambatam; en Sayil y en Labná adquirimos indecibles botines de guerra, riquezas que los labios no pueden enumerar; a todos estos lugares llevamos el espíritu guerrero de los uitzes; pero en Chichén Itzá levantaron fortalezas y aguzaron los dardos; las mujeres y los jóvenes labraron incontables flechas con dardos de pedernal filante, de pedernal emponzoñado y los guerreros espantosos nos esperaron ávidos de sangre y encendidos por una cólera terrible.

¡Ay!, pero, ¿no es terrible el recordar un pasado triste? ¡Regresamos a Uxmal arrastrando el alma sobre el polvo y sembrando los caminos de cadáveres! ¡Nuestras lanzas, nuestros escudos, quedaron en el Reino del Itza, y del ejército que admiraron los ciudadanos, sólo volvimos unos pocos, trayendo la fatal noticia de la derrota!

Después, pasados algunos soles, mi corazón saltaba de mi pecho por la impaciencia de verte. Entonces fui hasta donde tú estabas, incomparable Ek-há, y te hallé resplandeciendo en el centro de tu belleza; resplandecías, Ek-há, como un lucero sobre las aguas apacibles. Pero, no pude brindarte los más espléndidos abanicos del Mayab, los que hacen las mujeres de T-hó; ni vestiduras deslumbrantes, ni tampoco mosaicos de turquesas. ¡Sólo pude brindarte mi corazón, mi corazón amante, y mi cuerpo poblado de cicatrices!

¡Oh!, ¿qué se hizo entonces de tus juramentos de amor? ¡Pobre me viste, Ek-há, sin riqueza ninguna para ofrecerte! ¡Y por eso ya no me ofreciste tu corazón!

Esa noche erré por los caminos, erré como una sombra que no sabe hacia dónde ir, como una sombra que todo lo halla extraño y muerto. Hasta que llegué a orillas del cenote más antiguo, aquel que ha recibido los corazones de muchas víctimas. Junto a la imagen de un dios y con el rostro contra la tierra húmeda, hube de yacer; hube de yacer así, hasta que el sueño se tendió sobre mis párpados. Y soñé que la diosa Ix-Miatzil, la diosa que todo lo alumbraba y penetra con su sabiduría, se me acercó y con sus labios que siempre muestran la verdad, me dijo:

—¡Aacán! ¡Tú hiciste una promesa de amor! Prometiste tronos de piedra labrada, vestiduras deslumbrantes y mosaicos de turquesas; prometiste lo que no te fue dado cumplir. Y la llama de amor que alentaste con el incienso de tus palabras, hoy se extingue irremediablemente. Olvidaste, Aacán, que en el amor, nunca es bueno ofrecer nada, ni el más insignificante brazaletes. Que lo que ha de llegar, llegue por sí solo y a su tiempo, sin que los labios lo anticipen.

Poema de Ah-Cunaan

Ab-Cunaan: El viento helado arrastraba sobre el cuerpo del camino sus alas muertas y mi pecho era así como una cosa que tiembla y que siente miedo.

Y mi errante corazón desnudo estaba; estaba igual que un ramaje que ha sacudido violentamente Ik, hasta dejarlo sin hojas.

Alguien me había enseñado que el amor es como la flor, como la flor perfumada y dulce, que si se le arrancan uno por uno todos los pétalos, ofrece una farsa triste... Y, ya no creí más en el amor.

Alguien me dijo, un día, que la buena bondad verdaderamente no existe; me dijeron unos labios que el hombre goza más cuando hierde más. Y ya no creí en la bondad.

Alguien me enseñó, una noche, que en el fondo de las sombras la fidelidad se quita su máscara; unos labios me enseñaron que la fidelidad no existe; que la mujer obra falsamente, que el hombre no paga con gratitud a sus padres y que también traiciona a su patria. Y no creí más en la fidelidad.

El viento helado arrastraba sobre el cuerpo del camino sus alas muertas y mi corazón era así como un ramaje que el viento ha dejado sin hojas; era así como una cosa que tiembla y que siente miedo.

Pero se alzó del centro de la vida una voz, una voz cálida y dulce, para hablarme:

—Cree;

cree en el aire pródigo que viene desde lejos a darte la vida.

cree en el agua de las montañas, que desciende para refrescarte los labios;

cree en la luz que te hace vislumbrar el vuelo de los pájaros a distancia; las tormentas que se avecinan y también las serpientes que aguardan enroscadas en las veredas.

cree en la flor sencilla de la montaña, en la flor sencilla que sólo aspira a deleitar al caminante que de paso va,

cree en el pájaro que vuela y en el animal que se arrastra, en las llanuras y en la montaña, y en Hunab-Kú, tu Dios, que no te abandonará;

iten fe!

¡Así se levantó del centro de la vida esta voz, y así me habló!

Entonces un viento amigo que batía entre los ramajes espesos sus oías cálidas, me cubrió; ¡y entonces fue mi corazón como una cosa que canta y que vive de nuevo!

Poema de Okomol

Okomol: Muchas veces he salido de las ciudades amadas, encaminando mis pasos hacia las tierras donde se levanta el sol; muchas veces he salido con el corazón poblado de inquietudes y con la mirada ansiosa.

Encaminar los pasos hacia las tierras donde se levanta el sol, es bello; pero volver los ojos para mirar lo que atrás se deja, es triste.

Cuando pasé por cada una de las ciudades inolvidables, contemplé los símbolos grabados en la piedra, los dulces aposentos y los palacios espléndidos; escuché el dulce sonido de las palabras que las gentes se decían, penetré el espíritu de las cosas y mi corazón pudo siempre amar a una mujer distinta.

Pero en la primera ciudad donde se posaron mis plantas, dejé un poco de mi corazón; dejé un poco de mi corazón también en la segunda, y en la tercera, y en todas las demás. Hasta que llegué al final del camino con una insoportable nostalgia, con la nostalgia del amor que puse en las cosas y en los seres. Y ahora en vaho desespero por rescatar mi corazón que fui prodigando por todos los caminos de la tierra.

Y pienso en Sihó y en Chacmultún, la ciudad de las colinas rojas, en Copan y en Palenke, en los caminos del Norte y en los caminos del Sur, y mi pecho siente un vacío que mata, y en vano quisiera fundirme con todos los lugares amados donde produgué mi corazón.

Encaminar los pasos hacia las tierras donde se levanta el sol, es bello; pero volver los ojos para mirar lo que atrás se deja, es triste



Poema del gran momento

La vida toda es el momento. La vida debe hacerse un gran momento, un gran momento apasionado.

Al coger entre los dedos las vasijas pintadas de muchos colores, es necesario mirarlas largamente, oprimirlas entre las manos para sorprender todas sus intimidades, y penetrar con el pensamiento el prodigio de su significado interior. Así, ellas vendrán a nosotros, y nosotros iremos hacia ellas.

Cuando se va por los caminos y se encuentra una flor, una flor perfumada y solitaria en medio del campo, siempre es bueno detener el paso y doblarse hasta ella para gustar su perfume, para cogerla con suavidad entre las manos, como se toma tan sólo a una flor, para comprender el misterio de su belleza extraña y para que nos haga sentir el latido de la vida que se mece con el viento, sobre la tierra pura.

Y cuando al subir por la montaña se encuentra a un caminante que va camino abajo, iera siempre mejor detenerlo para preguntarle hacia dónde lo lleva la vida, para fijar nuestra mirada en su mirada, y penetrar la belleza que hay en los ojos de todo caminante; para que nos cuente de su pasado triste y de su pasado feliz y para que podamos sentir la emoción de otras vidas que no son las nuestras.

Entonces, al buscar en todas las cosas la belleza del gran momento, habremos hecho grande nuestra existencia. E iremos por las ciudades y las montañas aun más felices quizá que la diosa Ix-Miatzil, sintiendo y comprendiendo todo lo que veamos.

Todo esto alcanzaremos si procuramos hacer de la vida un gran momento, un gran momento apasionado.

Poema del rey del Palenke

El Rey del palenke: ¡Noh-Yum-Cab! ¡Señor que palpitas en todas partes y que estás en el corazón de las cosas como ninguno de los otros dioses! ¡Yo moriré, Noh-Yum-Cab, yo moriré! Quizá muera con el pecho atravesado por una flecha de jade, cuando esté en mi trono dirigiendo los destinos de mi reino; quizá muera en el Sacbé, con los brazos extendidos sobre el polvo, con el rostro hundido en el polvo y mirando la entraña de la Tierra. Cuando esto llegue a suceder, las turquesas, los petos labrados, mis lanzas flexibles e indomables, mis lambrequines y todos mis palacios, no han de servirme ya en nada. Entonces, ante el abismo de Kimil, ¿de qué me habrá servido ser un gran Rey? Porque he de quedarme completamente solo en el centro de las tinieblas, nuevos reyes han de sentarse en el trono que yo mandé labrar, y las edades futuras borrarán todo recuerdo de mi grandeza.

Y se oyó en el Palenke así como una gran voz de viento; así como una gran voz que se precipitara por todas partes; y en medio del Palenke grandioso se oyeron estas palabras:

“¡Inconforme yumilbil! He llenado tu vida con todo lo resplandeciente que hay sobre la tierra; todo lo que es magnífico ha sido tuyo, has gozado igual que los mismos dioses, y, ¡oh Rey del excesivo afán!, aún no te conformas con la Vida misma”.

Poema del verdadero amor

—Pasando el tiempo, al verme, tu corazón dejará de palpar aprisa, tus labios han de permanecer en una indiferencia imperturbable y toda tú ya no me querrás. Porque cuando caigan las hojas ante las alas del viento helado, como los árboles se desnudan, así mi cuerpo se desnudará de toda ilusión.

La mujer que ama el momento: —Hablas de manera que no puedo entenderte.

El hombre que ama el infinito: —Entonces, he de salir a los caminos, y aun te llevaré; te llevaré cogida de la mano, para mostrarte un nuevo amor. A los que padezcan, a los que estén tristes en su corazón, a los que viertan lágrimas, daremos el pan inagotable de nuestra solicitud. Llenaremos sus tristes cuerpos de alegría y nosotros llenaremos nuestras almas de Bien.

La mujer que ama el momento: —Siempre has hablado de manera que nunca pueda entenderte. Ven, olvida tus pensamientos oscuros y haz conmigo feliz esta hora.

El hombre que ama el infinito: —Así, dando con nuestros corazones la alegría y la consolación, llegaremos a la cumbre de la vida en este verdadero amor: el que nada pide y que todo da.

Poema de la esperanza

El cenote sagrado: Una noche, cuando cantaba el misterioso pájaro de la tristeza, el que se lamenta por todas las cosas tristes que ocurren, salió del centro de Chichón Itzá, la ciudad gloriosa, un hombre pensativo. Por el camino blanco de piedras labradas, anduvo hasta que llegó a mis orillas. ¡Entonces leí lo que decían sus ojos, porque los ojos dicen todo lo que el alma siente! ¡Temblaba en el centro de sus ojos la imagen de Kimil! Y bajo sus plantas, las hojas caídas permanecieron inmóviles como si presintieran todo lo indecible que iba a suceder...; y los rostros de los dioses, los rostros de piedra de la tierra de Itzá, estaban pálidos. ¡Oh, yo pude leer que aquel hombre buscaba a Kimil en el fondo de mis aguas azules y tranquilas!

El espíritu de la vida: Pero, se sintió un gran viento, de alas enormes, que doblaba los tallos y hacía estremecerse a los ramares. Y parecía como si un gran cuerpo con alas se precipitase ruidosamente a través de los bosques. ¡Entonces sonó confundida con el viento, una gran voz; la oyeron las raíces de los árboles y la oyeron los Bacabes que sostienen la Tierra! Dijo así esta gran voz:

“¡El árbol tenía una flor, pero la flor ha muerto! ¡El hombre tenía una dicha, pero la dicha también ha muerto! El pájaro de la tristeza, el que se lamenta por todo lo triste, canta, y su canto es terrible para ser escuchado. Y el hombre pensativo tiene en la mirada la imagen de Kimil, y persigue a Kimil en el fondo de las aguas azules y tranquilas. Mas, el árbol que tenía una flor, ha de tener otra, y el hombre que tenía una sonrisa feliz, ha de sonreír nuevamente. ¡Todo se ha renovado y todo

se renovará! ¡En el fondo de la tristeza está el comienzo de la alegría y de la nueva esperanza!”

El cenote sagrado: ¡Ah!, ¡cuando el hombre pensativo escuchó esto, pareció vivir de nuevo, resplandeció de fe y regresó corriendo ágilmente hacia la ciudad gloriosa, con la alegría palpitando en su corazón!

Poema de Hunab-Kú

“¡Hunab-Kú!, el hombre exclamaba cuando el dardo del infortunio se hundía en su corazón; y de sus labios brotaba el mismo grito en los combates desastrosos y en todas las tristezas de su espíritu.

Mas, el hombre tuvo una meditación, y de ella surgió un pensamiento, un pensamiento audaz que decía: —¡Hunab-Kú no existe! ¡Hunab-Kú no existe!

Y el hombre levantó este grito por todas partes y negó a su Creador en el aire que da vida, en el agua que renueva, en el maíz y en la flor.

Mas vino un tiempo doloroso cuando todo fue sufrimiento, cuando el hombre se mordía los labios de dolor, y cuando sentía que su corazón rodaba a través de una noche espantosa y sin límites. Entonces tuvo miedo, tuvo miedo terrible, y se sintió muy pequeño. Levantó su voz en medio de las tinieblas y nadie le respondió, llamó a los hombres en su ayuda, y los hombres nunca llegaron. Entonces se revolvió dolorosamente, y sus labios volvieron a exclamar: ¡Hunab-Kú!... Pero, calló, calló inundado de espanto al recordar que ni su Dios le quedaba, que ya había negado a su Dios.



Poema de "U". La Señora de las Noches

U: ¡Oh, mi belleza! Mi belleza flota en el espacio como una cabellera que se arrastrara suavemente sobre los océanos infinitos.

K'In: Sin embargo, puedo decirte que tu belleza no supera a la mía.

U: Soy la compañera infatigable de los amantes: yo ilumino con suavidad el corazón de las noches; hago noches indecibles para el amor, y sobre ellas extendiendo el encantado bálsamo del ensueño.

K'In: Yo resplandezco en los escudos de los guerreros cuando éstos van por los caminos luminosos del Mayab, hago hervir su sangre guerrera, y lleno de luz la tierra que pisan.

U: En las noches, junto al misterioso murmullo de las aguas, yo acompaño al hombre que canta con la palabra, y que escribe cosas inmortales: al hijo del dios Pizlimtec; soy su hermana en espíritu y lo acompaño por entre las sombras de los árboles que han visto pasar muchos katunes.

K'In: Bien dices, pero, recuerda que tu belleza, tu pálida belleza, es sólo un reflejo de mi esplendor fúlgido. Yo soy la Verdad.

U: Los hombres pensativos contemplan mi cuerpo desnudo, y al contemplarlo abisman sus espíritus en el éxtasis. Y también aman las sombras apacibles que proyecto bajo las cosas; las aman porque son suaves y dulces, como si el alma de alguna virgen se hubiera dormido en ellas. Por eso me aman los hombres, porque mi belleza es apacible y dulce.

K'in: En cambio, yo resplandezco maravillosamente, y nada iguala mi fulgor, porque soy la Verdad, la Verdad que no puede negarse y que deslumbra!

U: ¡Ah, bien has dicho! ¡Eres la Verdad que deslumbra! Para mirarte, es necesario sufrir con los ojos y con todo el cuerpo; es necesario que los ojos sufran! ¡No así mi belleza pálida, no como tu resplandor que hierde! Mi pálida belleza es mucho más dulce, es completamente dulce; porque la Verdad, la Verdad que no puede negarse y que deslumbra, es terrible para ser mirada.



Poema de Hadzachac

Hadzachac: —Me traes, mensajero, las mismas palabras de siempre, las que rebosan ternura, las que rebosan amor. Lo que dijiste ayer, lo dirás mañana y siempre lo repetirás.

—Pero, vamos; ven conmigo al rincón más apacible del bosque, lejos del tumulto guerrero; para que me digas esas palabras que me son enviadas. Las escucharé con el corazón, con el corazón todo en una ofrenda.

—Que yo esquive la lanza enemiga, que no hiera sin necesidad, que trate de conservarme puro en mi espíritu. Ya sé, mensajero: me dirás estas palabras que han sido las mismas en todos los mensajes de mi madre. Sé que no has de decirme otra cosa. Pero, ven, vamos al rincón más apacible, lejos del estruendo guerrero, y permite que nuevamente lleguen a mi pecho esas frases de amor. ¡No hay mensajero, palabras más hermosas!

Poema de H-Iktán

La Voz del Ikimpubuy. —Dijo así a la Vida, dijo así con su voz clara el hombre H-Iktán, aquél del pensamiento profundo como las aguas que huyen debajo de la tierra: —Yo quiero algo que no existe.

La Voz del Viento: —Sí, así dijo el hombre H-Iktán; yo lo oí, recogí sus palabras y las conduje velozmente por todos los rumbos de la inmensidad; pero en ninguna parte fueron escuchadas.

La Voz del Ikimpubuy: —Yo quiero, para cantarle eternas palabras a la sombra de los katunes, para jurarle amor junto al temblor de las hojas caídas, algo que no existe. Así dijo el hombre H-Iktán, el de cuerpo no muy grande, el que canta siempre.

La Voz del Viento: —Algo que sea intangible, que no tenga forma, que vibre como yo, dijo él.

La Voz del Ikimpubuy: —Él siempre busca imposibles en el fondo de las noches. Hasta en el fondo del amor busca imposibles, porque, también ama imposibles; ama a veces lo que no se debe amar.

La Voz del Viento: —Sin embargo, no deja de cantar; canta siempre lo mismo: —Yo busco algo que no existe.

La Voz del Ikimpubuy: —Así he oído al hombre H-Iktán cuando canta los imposibles deseos de su corazón.

La Vos del Viento: —Su voz, su canto, se prende de mis alas y en ellas recorre el espacio interminable, pero al fin cae interminablemente, sin que nadie pueda evitarlo. Se pierde su voz porque lo que se pide a la Vida que no sea de la vida misma, es imposible.

La Voz del Ikimpubuy: —Sí, en vano canta el hombre H-Iktán: —Yo busco algo que no existe.

Poema del hombre pequeño

El Hombre Pequeño: Yo sé, guerrero, que tú tienes una lanza invencible; sé que tienes una rodela que ningún dardo podrá traspasar, una rodela pesada como dos hombres; sé que en los combates nadie te aventaja en herir, y que hasta los más renombrados por su bravura, los de fama clarísima, huyen de tu presencia.

Yo sé, guerrero, todas estas cosas; pero sé también que nunca has podido enfrentarte al Supremo Dolor. Y yo, en cambio, yo, que no soy capaz de rendir a ningún guerrero, yo, que en los combates caería antes que nadie; yo, quizá el más insignificante de los hombres, sí he podido enfrentarme al Supremo Dolor; imuchas veces me he enfrentado a él y otras muchas lo he vencido!

Porque tú tienes el gesto temible de las pasiones violentas y tu rostro poblado de cicatrices sólo recuerda las cosas trágicas; y porque yo tengo en los labios la sonrisa semejante a la miel; la sonrisa que hace favorable todo y que todo lo vence.



Poema de H-Ilabén

¡Kiuiic! ¡Kiuiic! ¡Ciudad maravillosa que conservas embalsamado el espíritu de las antiguas cabañas, de las primeras cabañas, las que sintieron y oyeron palpar en su centro el corazón de los antiguos, de los primitivos hombres! ¡Kiuiic! (Ciudad de las techumbres que consagran el recuerdo de las primeras moradas que el hombre levantó en medio del desastre! Techumbres que conservan el recuerdo de las primeras madres dulces como la miel; de las primeras hermanas solícitas, las que labraban los agudos pedernales que habían de clavarse en el pecho de los venados, y de los primeros padres, austeros y osados, que tomaron su grandeza de las montañas! ¡Ciudad que guardas en tus muros de piedra los recuerdos más dulces para el hombre! ¡Kiuiic!

Y no en vano los artífices inmortalizaron su arte en tus recintos; no en vano grabaron para siempre la serena bondad de las primitivas moradas en la grandeza de los palacios. Porque tus hombres, santa Kiuiic, eran buenos, y en sus pechos aun no se había anidado la serpiente que envenena el alma.

¿Quién no recuerda a H-Ilabén, el admirado por todos? ¿Quién no recuerda su ágil cuerpo que semejava un tronco macizo y su cabellera espesa que era comparable con un tupido follaje? Con sus dedos de bronce disparaba las flechas más rápidas y entre sus manos expiraban los tigres y las serpientes de siete cabezas. ¿Quién no recuerda a H-Ilabén, el admirado por todos?

¡H-Ilabén, tuviste una novia indeciblemente bella! ¡Tuviste una novia más adorable que todas las primaveras juntas, y por ella hubieras muerto cien veces!

Un luminoso día sonaron los tambores de concha de tortuga y piel de venado; sonaron los tunkules y sonaron los caracoles; H-Ilabén resplandecía de júbilo, su novia incomparable bailaba con sus pies ágiles y palmoteaba con sus manos deliciosas. Entonces él le dijo: Pasados ocho días, nuestras nupcias se habrán consumado! Después que todos hayan bailado y bebido hasta la saciedad, iremos no muy lejos de aquí, iremos a la feliz morada donde nos esperan mis padres, mis padres: amorosos, y también las aves que cantan siempre. Pero, ella le contestó: Llévame, H-Ilabén, si quieres, a la más humilde morada, pero donde nuestro amor pueda residir a solas entre tú y yo.

Entonces el corazón de H-Ilabén se inundó de tristeza y la sonrisa de sus labios huyó. El envidiado por todos empuñó su lanza, embrazó su rodela y se alejó silencioso, dejándolo todo atrás.

Y cuando estuvo en mitad del camino, sus ojos alcanzaron a ver a sus amorosos y ancianos padres que lo aguardaban llenos de esperanzas, como hacía tantos años acostumbraban hacerlo. El corazón entristecido de H-Ilabén llenóse nuevamente de alegría; el buen hijo apresuró vivamente sus pies, y cuando hubo abrazado a sus ancianos padres, lloró de feliz y contento.

Entonces H-Ilabén se quedó para siempre en la morada paterna, en la humilde morada paterna, donde residía, su más grande amor.

Poema de Ah-Miatz

El Tiempo: —Estás escribiendo, Ah-Miatz. Escribes en el analté las profundas palabras de tu corazón, las palabras que irán hacia los hombres del mañana. Estás escribiendo, Ah-Miatz.

—Tu grandioso sueño lírico, precipitándose, forma la figura inimaginable de un desconocido Nacom; le da resplandecientes rodelas de conchas de carey, hachas de pedernal filante, nerviosos lambrequines y sitiales inundados de gloria. Haces vibrar a este incomparable Nacom a través de todas las ciudades, grabas la grandeza de su espíritu y haces inmortal en su historia el alma de los guerreros.

—Después, revives los terribles alaridos de Aacán, el que siempre se lamenta; lo exhibes cubierto de dolor, sangrantes sus plantas y siempre huyendo precipitado por los caminos, por los caminos todos de la Creación; inútilmente huyendo del gran dolor humano.

—Y así, viertes en la Eternidad la imagen insuperable de Itzamná, quien de sí mismo decía: “Itzen caan, itzen muyal”; y también perpetúas la imagen de Ikcab, que es alma de la Tierra.

—Por cada ensueño tuyo, siempre has podido hallar una palabra fulgente, pero tu vida está sin ensueños, porque para ti nunca has buscado ninguno. Tú llegarás al final de tu camino con el ave del deseo nunca satisfecha en tu corazón, con tu corazón anhelante.

—¡Ah-Miatz! ¡Ah-Miatz! ¡Estás inmortalizando en el analté cien vidas llenas de esplendor, mientras la tuya, harapososa, está clamando por un poco de vida!

Poema de Ik-Zazil

Ik-Zazil: Piedra del Sacbé, piedra del Mayab. Yo buscaré en ti. En ti buscaré con las manos, y más con los ojos, y aun más con el espíritu.

Piedra que estás en los palacios, en las moradas humildes y en los lugares desconocidos. Incansablemente yo buscaré en ti.

Y cuando un día halle lo que busco, levantaré mis brazos al cielo, exclamando: ¡Caxanbil! ¡Caxanbil!

Piedra del Mayab: todas las cosas tienen un corazón.



Poema del retorno

¡Madre Ix-Nacabil! ¡Madre Ix-Nacabil! ¡Soy aquél tu hijo tan amado por ti! ¡Soy aquél tu hijo para quien juntaste lo más hermoso de tus entrañas, aquél a quien diste el pensamiento que eleva, que sabe penetrar la belleza de la Creación y que le es posible internarse en el alma de las noches! ¡Soy el Hombre!

¡Mírame, Ix-Nacabil! ¡Mira qué deforme, qué terriblemente deforme se ha tornado mi cuerpo, mi cuerpo, que como el tuyo, era grande y fuerte; grande y fuerte como las seibas y resistente como las lanzas del invencible Nacom!

Porque abandoné el perfume de todas tus selvas y tus montañas; porque abandoné las alas de vida que prodiga el aire; la tierra suave de los caminos y los grandes peñascos que tienen muchos colores. Porque te abandoné y te dejé inconsolable, yéndome a la ciudad.

Pero hoy, de pronto, como una cosa que ha muerto y que se levanta, me he levantado de la ciudad; y mis ojos se han abierto terriblemente, y he temblado todo yo, y me he horrorizado de mí mismo! Me vi tan deforme que quise estrangularme igual que las serpientes cuando, desesperadas, se estrangulan alrededor de un tronco.

Después, con éste mi cuerpo, ¡oh, Madre Ix-Nacabil, lastimosamente me arrastro hacia ti yo, que corría más ágil que el venado y que competía en fuerza con los animales más feroces! Me arrastro hacia ti, y mi voz te llega como un grito: ¡como un lamento que ha viajado a través de mil edades: como un lamento que muere!

¡Madre Ix-Nacabil, recíbeme! ¡Aliéntame de nuevo, Madre Ix-Nacabil! ¡Para que pueda correr nuevamente sobre la tierra suave del camino, entre los peñascos de muchos colores y bajo los ramajes que cantan cuando Ik los estremece! Para que pueda otra vez estrangular balames entre mis brazos y para que deje de ser el hombre terriblemente deforme, que como una cosa muerta que se levanta, se ha levantado de la ciudad!



Poema del cantar sencillo

Hombre de Akambatam, la ciudad olvidada; hombre que eres el hijo del dios Pizlimtec y que te ha sido dado el privilegio de cantar. Tú has escrito, hombre de Akambatam, un canto bello, un canto grandioso, pero que nadie pudo entender; porque para hacer saltar a la luz tu pensamiento, hubiste de valerte de palabras difíciles y de visiones impenetrables. Tú escribiste un canto grandioso, pero que nadie pudo entender.

Hombre de Akambatam: cuando sientas ágiles tus plantas y ágil tu espíritu, ve a los caminos, a las montañas y también a las playas de arena blanca. Afina tu oído para percibir las vibraciones de la Madre Ix-Nacabil, y pon alertas tus ojos para ver todas las grandes cosas de la tierra.

Oirás el canto de los pájaros que vuelan y de las aguas que azotan las arenas blancas; oirás el canto de Ik entre los ramajes y podrás ver la línea audaz que forman las alas de las aves cuando éstas vuelan; te sorprenderá el intenso azul del cielo y el ritmo grandioso de las montañas, los árboles incomparables y las grandes piedras coloreadas por el Sol; te inclinarás para respirar el perfume de las flores, y has de advertir hasta el olor de las más humildes yerbecillas.

Entonces, al retornar a la ciudad, tal vez hayas comprendido ya la belleza de todo lo que es sencillo. Comprenderás cómo no necesitan de nada artificioso, ni los pájaros para cantar, ni las flores para perfumar.

Poema del mal amor

(En una plaza de la antigua y resplandeciente Uxmal, ante un palacio de cerámica, una mujer de belleza incomparable yace en tierra, bañada en sangre. Dos hombres cambian palabras, cerca de ella: el hombre que comprende poco y el hombre que comprende mucho).

El Hombre que comprende mucho: ¿Quién le dio muerte a esta mujer que era extraña por su belleza?

El Hombre que comprende poco: Su esposo. La sorprendió con otro hombre, en brazos de otro hombre; con uno que no tuvo valor para defenderla; y le arrancó la vida.

El Hombre que comprende mucho: ¿Por eso le arrancó la vida? No comprendo.

El Hombre que comprende poco: Sí, la sorprendió en brazos de su amante; entonces la arrastró por su palacio de cerámica y aquí en la plaza le dio muerte; le arrancó la vida porque otros labios que no eran los suyos la habían besado, porque otros brazos la retuvieron.

El Hombre que comprende mucho: No comprendo.

El Hombre que comprende poco: ¡Cómo! ¿No es suficiente sorprender la traición de una mujer para arrancarle la vida? Bien hizo él dándole muerte. ¿Acaso las esposas infieles no mueren apedreadas por la multitud? ¿Hasta fue clemencia que el esposo no la entregara para lapidar!

El Hombre que comprende mucho: ¡No comprendo!

Poema de la recompensa

El Artista: Xocbitún te permitirá cantar si tú permites que entre a tu corazón el soplo que hace olvidar las cosas de la tierra; te permitirá cantar Xocbitún si esto logras, y también ha de consentir que hagas música encantada en los caracoles relucientes.

Pizlimtec, el que pone alas al pensamiento, el que lo eleva muy por encima de todos los tiempos y lo arroja gloriosamente al perpetuarlo en el analté, te permitirá reunir palabras que sean semejantes a flores insospechadas si tan sólo pones los ojos de tu espíritu en todo lo que los ojos del cuerpo ven; si abandonas tus riquezas y abandonas a tus mujeres por adelantarte en el palacio del espíritu. Si te atreves a olvidarlo todo, Pizlimtec, el dios alado, te dará pensamientos resplandecientes que sean semejantes a flores insospechadas.

Y también Ixchebeliax, que pone colores palpitantes en las figuras trazadas y les da el ritmo de la vida, ha de concederte trazar figuras que cautiven la grandeza de la Creación; ha de concederte que sorprendas todos los grandes momentos y los cautivos en la expresión de mil formas gloriosas. Esto te concederá Ixchebeliax si tan sólo permites que se adentre en tu corazón el soplo que nos hace dignos de vivir la vida.

Y Ahtubtún te dará el aliento que enardece a las multitudes y que conduce a los hombres al combate; él te hará decir palabras que arrebatte Ik, para conducir las por todos los rincones de la tierra. Ah-Tubtún te infundirá su espíritu si lo recuerdas tan sólo a él.

Xocbitún te permitirá que cantes como los pájaros y que hagas música en los caracoles sonoros; Pizlimtec, el que pone alas al pensamiento, te permitirá reunir palabras semejantes a flores insospechadas; Ixchebeliax te concederá que inmortalices todos los grandes momentos de la Creación, y Ahtubtún te hará decir palabras que arrebate violentamente Ik. Los dioses que viven por el soplo de Yum-Idzat han de darte todos sus dones si te haces digno de vivir la vida, porque el arte es como un espíritu que vuela, un espíritu alado que necesita estar libre de toda cosa para remontarse a las regiones del Hunanhil.



Poema de H-Pacat-Chen

H-Pacat-Chen: —¡Pájaro que llegas y que cantas con los amaneceres! Tu garganta, más armoniosa que la de Ik, debe de anunciar cosas inmortales! ¡Pájaro admirable! Al oírte, toda mi pequeñez se precipita en mi corazón, y me estremezco ante mi insignificancia.

—Así, cuántas veces me ha dejado inmóvil una contemplación; por las cosas que son y cuyo secreto no alcanzo a descubrir. ¡Por eso, al oírte, al verte llegar con los amaneceres llenos de luz, cuántas veces me he alejado con la tristeza de mi pequeñez, con el dolor de mi insignificancia, pero sin negar lo que no puedo comprender!

—¡Pájaro armonioso! Tú, como muchas otras cosas, me embriagas con la evidencia de un divino misterio impenetrable.

Poema del buen artista

Un Itzalano: ¿Qué quieres para tu cuerpo?

El Buen Artista: Quiero la transparencia de las aguas claras y la pureza de los cielos azules.

El Itzalano: ¿Qué haces con tu cuerpo?

El Buen Artista: Con mi cuerpo me interno en el corazón de la montaña, estudio las vibraciones de la Madre Ix-Nacabil y recojo las emociones del espíritu para darles forma.

El Itzalano: Entonces, ¿tu cuerpo es una herramienta divina?

El Buen Artista: Cuando se sucedan otras edades y la raza esplendorosa del Itzá deje de poblar la tierra con sus afanes infinitos; cuando el Mayab resplandeciente sea como una gran cosa muerta, ¿quién dirá a los hombres del futuro el poema de las grandes cosas vividas? Mas, el alma incomparable de los itzalanos, de los sabios de Palenke y de los renombrados artífices de Uxmal, hablará por medio de las inmortales huellas dejadas en la piedra. Así, ¿has de dudar que el cuerpo sea un instrumento divino, dado a nosotros para eternizar los supremos momentos del espíritu?

Poema del Sacbé

¡Grande es el Sacbé, y maravilloso! ¡Son muchos sus rumbos y muchos los pies ágiles que lo recorren! ¡Grande es el Sacbé!

En su cuerpo, largo como la serpiente blanca de los cielos, se pueden ver los rostros de los dioses, grabados eternamente en la piedra, y se pueden contemplar las seibas robustas, que dan sombra hospitalaria. Y a veces uno camina a lo largo de este Sacbé maravilloso, y a veces los ojos de uno se encuentran con otros ojos; la vida se aviva como una llama, y entonces el pájaro de la mirada bate sus alas y éstas azotan el corazón.

Pero, los labios que se hubieran dicho muchas cosas y que tal vez hubiesen palpitado los unos contra los otros, nada se dicen; nada se dicen los labios, y nuestros cuerpos se apartan más y más, y nos perdemos cada cual por su rumbo sin la esperanza de volvernos a ver; nos alejamos para siempre, y la llama de la vida vuelve a ser débil, y el pájaro de la mirada pliega sus alas y se esconde bajo la tristeza de su nostalgia.

Poema de Ah-Xaché

El Placer: Ah-Xaché tenía una flor, tenía una flor entre sus dos manos y con sus ojos la contemplaba. Y también la acercaba a sus labios y se deleitaba con su perfume.

El Dolor: Pero la flor no duró.

El Placer: Ah-Xaché quiso ver de qué estaba hecha la flor: le arrancó el primer pétalo, el segundo pétalo, el tercero, y todos le arrancó. Entonces ya no hubo flor, ni tampoco perfume; el perfume se escapó como un soplo, las brisas ya no tuvieron su dulzura, ni Ah-Xaché pudo sentirlo ya más, sino que se inclinó sobre los pétalos arrancados y tristemente murmuró:

¡Halilí! ¡Halilí...!

El Dolor: Cuando los hombres tienen un bien, siempre lo deshojan y tratan después inútilmente de reparar el daño que a sí mismos se causaron; en vano tratan de reparar lo que poco antes destruyeron.

El Placer: Las flores perfumadas y los dulces instantes, es mejor mirarlos y gozarlos sin pretender descubrir de qué están hechos.



Poema de todas las cosas

El Hombre de mirar alado: ¡De los caminos interminables vengo embrujado! ¡Me embrujaron todas las cosas en los caminos interminables! La piedra que yace inmóvil, el polvo suave de las veredas, el agua que se esconde en los cenotes, el Sol resplandeciente y los hombres insignificantes, me hablaron; ¡me hablaron con la lengua de su espíritu y con la revelación de sus palabras!

¡Al hablarme, me embrujaron todas las cosas que vi!

La piedra que yace inmóvil me habló de los katunes; de los katunes felices y de los katunes dolorosos, del tiempo de la inmortal grandeza y del tiempo del trabajoso principio, de los guerreros veloces como el rayo y del adivino Bobat; me habló la piedra inmóvil de toda su inmortal sabiduría, y yo la envidié.

El polvo de las veredas, el que cubre igual que un manto suave el Mayab, el que ha vibrado bajo todas las pasiones del hombre, me hizo saber lo que en los mosaicos nunca se ha escrito; me hizo saber del hombre que huye por los caminos con la tragedia de su corazón herido, de los ejércitos palpitan-tes que avanzan para llevar el mal inesperado, y de los amantes que escapan a través de las noches...; el polvo suave de las veredas, el que es igual que un manto, me habló de todas las plantas, de los pies que tiemblan, de los pies que huyen, de los que padecen y de los que gozan...; el polvo suave me dijo toda su sabiduría, y yo le envidié.

El agua que se esconde en los cenotes, la que parece encantada, me habló de su ternura; me dijo del caminante de labios trémulos que baja a los cenotes a renovar su vida; me dijo

del momento cuando hinche las raíces, cuando sazona los frutos y cuando hace despuntar las flores; me dijo de los cuerpos desnudos que lava y deja limpios como copos de algodón; el agua que se esconde en los cenotes, la que parece encantada, me dijo de su ternura, de su ternura que es igual para la serpiente como para el pájaro; todo esto me dijo, y yo la envidié por buena.

Los pájaros que abren sus alas y alargan el cuello, dejaron sentir lo que en su corazón sienten, cantaron con gargantas sonoras el canto de todo lo libre, y salvaron más espacio aún que las flechas más renombradas, y tan llenos estaban de felicidad que me llenaron de asombro; esto me dejaron sentir los pájaros, y yo los envidié por libres.

El Sol que resplandece en los lugares olvidados, puso un rayo de su vida en la inmensidad de la muerte, y pude pensar en los hombres que fueron, en las cabañas derruidas y en los palacios olvidados que inútilmente aguardarán a sus dueños; en las madres que amaron a otros hijos y en las mujeres que amaron a otros hombres; y entonces yo sentí envidia del Sol que resplandece en los lugares olvidados y en vano quise fundirme con su luz para acariciar tantos recuerdos.

Y los hombres insignificantes, los que no tienen palacios ni riqueza ninguna, los que se duermen cuando nace la noche y despiertan antes del día, los que mejor entienden al pájaro que al sabio, los que son más puros en el seno de la madre Ix-Nacabil, me miraron con su mirada transparente como el agua, con sus ojos tan puros como una gota de agua y con su corazón tan dulce como una flor; y entonces sentí deseos de arrojar muy lejos de mí la carga aborrecible de las ciudades, de volverme hacia la vida sencilla y perderme a través de ella igual que los hombres insignificantes!

Poema de la revelación

Ab-Miatz: Puse mi oído sobre el corazón de las noches, y escuché lo que las noches decían.

Puse la mirada sobre los jeroglíficos antiguos, y descubrí los secretos de los antiguos hombres.

Penetré con el pensamiento las efigies de los dioses, y me fue revelado el misterio de la Creación.

Afiné mis sentidos para percibir el pulso de la Madre Ix-Nacabil, y me fue revelado el misterio de la Vida.

Entonces, todo mi ser palpitó como los ramajes cuando son sacudidos por Ik; clavé la mirada en el infinito y ascendí al país del dios.

Poema del tiempo de cosechar

Akabtún: —Imponderable Nen-Há, entra, abandona tu cansancio allí en el umbral y siéntate a descansar aquí junto a mi corazón, junto a mi corazón atormentado por una infinita sed.

Nen-bá: —Voy por el camino.

Akabtún: —Tú eres el espejo de las aguas, Nen-Há; en ti se han mirado muchos rostros y muchas almas: las almas llenas de Bien y las almas llenas de Mal. Pero, acércate, permíteme mirarme en ti; verás que me miro sin temor alguno, verás que mi corazón está limpio; más limpio que el de los otros hombres.

—Hace infinitas lunas que recorro las ciudades, penetrando siempre el misterio de las almas; de amor en amor: de alegría en alegría, de tristeza en tristeza. ¡Ah!, y como una flecha que violara con su silbido el aire apacible de los campos, así mi inquietud quisiera violar el secreto de todas las cosas. ¡Recorrerlo todo!

—Voy por el Sacbé.

Akabtún: —Escucha, imponderable Nen-Há: hay un tiempo para que las manos, laboriosas, derramen en los surcos los dorados granos del maíz; y otro tiempo hay para que los ojos se recreen con el prodigio de la milpa florecida, ante el esplendoroso aknal logrado: tiempos de sembrar y tiempos de cosechar.

—Abandona, caminante, tu cansancio, allí en el umbral; ven y siéntate a descansar aquí junto a mi corazón. Los granos que derramaste con abundancia en los surcos, han florecido: la milpa tuya ha florecido aquí en mi corazón.

Poema de la dulce palabra

H-Iktán: Bella mujer, para hablar de ti, sólo usaré las palabras más armoniosas; y mis frases serán como un manantial apacible o como un canto glorioso; mis frases irán hacia ti desprovistas hasta del menor roce, y revestidas siempre de una sublime alabanza.

Y sólo así honraré a Hunab-Kú, a Hunab-Kú, que ha puesto en ti todo el arte de la Creación.

Poema del amor que llega

La Mujer: ¡He llegado! Estoy ante la puerta de tu aposento como la flor ante la sorpresa del amanecer. Si abres, entraré, y he de darte todo mi esplendor y tú me darás toda tu luz.

El Hombre: Cuando te acercabas, oí a las hojas trémulas palpitar bajo tus plantas, las oí conmovirse y adiviné su inmenso goce; y también oí al viento de la mañana, el que es fresco como un botón impregnado de rocío, cantar vibrante en los caracoles del Sacbé, al sentirte; y una bandada de pájaros indecibles, de pájaros con plumas de muchos colores, se adelantaba a ti, y otra te seguía, y todos cantaban armoniosamente, y batían sus alas bajo el cielo azul. ¡Has llegado! ¡La alcoba de cerámica que por mucho tiempo permaneció inhollada, hollada será por la frescura de tus plantas, y el tálamo suave recibirá tu cuerpo inmaculado, te sentirá vibrar de amor, y se estremecerá bajo el ensueño más feliz! ¡Serás mía! ¡Fundiremos nuestros alientos y tú, me darás todo tu esplendor y yo te daré toda mi luz!

La Mujer: Pero, ¿y si mañana llega el olvido?

El Hombre: ¡Amada, el amor no es una pregunta!



Poema del amor que muere

La Flor: Ya se alejaron.

El Tiempo: Mas, cada cual se fue por su rumbo.

La Flor: Y se fueron tristes.

El Tiempo: Con la tristeza de las cosas muertas.

La Flor: Pero, vinieron alegres.

El Tiempo: Toda alegría muere.

La Flor: ¿Y la alegría del amor?

El Tiempo: Ésa también muere.

La Flor: No; no creo que la alegría del amor también muera.

El Tiempo: Sin embargo, es verdad.

La Flor: Yo creo que la alegría del amor nunca muere.

El Tiempo: En lo que tarda en ocultarse una sola vez la Luna, el amor puede nacer, vivir y morir. ¡En lo que tarda en ocultarse una sola vez la Luna! Por eso se han ido con la tristeza de las cosas muertas. Porque, una vez deshecha la ilusión, el amor es una cosa sin vida, y su presencia mata.

La Flor: ¡Ay!

Poema del presente de amor

Ik-Halal: Sin que me la pidan tus labios que cuando hablan tiemblan, con mis dos manos unidas en forma de concha, yo te obsequiaré una flor, una flor roja, roja como los corazones que han amado mucho; una flor que se anime todas las mañanas para hablarte de mi amor.

Y pasada la primavera de hojas que recuerdan el jade, y pasados los días grises cuando se desprenden de los árboles las hojas amarillentas, a medida que yo te quiera más y más, aun te obsequiaré, con mis dos manos unidas en forma de concha, otras cosas. Te obsequiaré, virgen aún, sin que jamás ojos mortales se hayan posado en ella, una piedra, una piedra transparente como el agua que corre por los campos, y que tenga siete colores, para que cuando mires uno por uno todos ellos, vibres de siete maneras insospechadas; y he de obsequiarte también un pensamiento, tan libre de toda cosa, que será más puro y más bello que un rayo de luz.

Para que tu corazón pueda comprender claramente, como lo hace con sus ojos adivinos la eterna Ix-Miatzil, he de obsequiarte lo más bello que palpita todo a lo largo y por todos los rumbos del Sacbé.

El dios que nunca muere, el dios principal, el de todos los tiempos, nos acaricia y nos manifiesta su amor insuperable a través de sus presentes: la montaña por donde corren los venados, el agua que vibra y que huye, las flores azules y misteriosas, la música del viento, las gargantas sonoras de los pájaros, y todo, desde el soplo que nos alienta hasta la vida en el palacio del Tiempo.

Por eso, sin que me lo pidan tus labios, y porque mi amor tiene alas que tienden a lo infinito, he de obsequiarte algún día, en un estuche de oro, los ideales de Dios.

Poema del amor desconocido

No pondré mi oído sobre las aguas del cenote para que ellas me hablen de tu pasado, ni me internaré en el corazón de las estrellas para inquirirles de tu futuro; no. Yo te buscaré a TI en el centro de tu vida, indiferente para el ayer, e indiferente para el mañana; ni preguntaré del pasado ni me inquietará el futuro; tan sólo he de perseguir la grandeza del presente: que seas toda amor, toda verdad, toda luz, sin que tus labios me digan cómo llegaste a serlo.

Entonces se enlazarán las raíces de nuestros cuerpos como se enlazan en la tierra las raíces de los árboles; fundiremos nuestras dos vidas en una sola, igual que dos sombras se funden en una; tú te darás toda a mí, y yo me daré todo a ti, sin preguntarnos quiénes somos, ni dónde vinimos, ni por qué nos amamos.

Y llegará el día cuando tú tengas que continuar por tu rumbo y yo por el mío; ha de llegar el día cuando nos sea preciso continuar la marcha interrumpida. Permaneceremos muchas horas el uno ante el otro, amándonos inmensamente; y después nos alejaremos llevando grabada nuestra dicha en el fondo de un recuerdo imborrable. Y, una vez lejos el uno del otro, una vez separados para siempre, tú, quizás con la nostalgia de las cosas perdidas, te acordarás de MÍ, de aquél cuyo nombre nunca aprendiste; y yo, pensativo, me acordaré de TI, de la mujer que me dio las dulces horas de un amor desconocido.

Poema del amante sincero

El Amante Sincero: Al hablarte, no te digo lo que mi corazón no siente, ni alabo tu belleza con el solo fin de rendirte. Te hago saber tan sólo lo que en verdad hay escondido en mi corazón, y te acarician únicamente las palabras que surgen de mi sinceridad.

En el amor, no quiero lo que no sea del amor mismo.

Así, cuando te pida la ofrenda de tu cuerpo, te pediré también que te entregues, no como la flor de quince primaveras, sino como la mujer que ha pisado ya los umbrales de la sabiduría; te haré ver la dulzura de esta ofrenda, y también he de hacerte ver el riesgo de ella. En tus dos manos pesarás mis dos razones y elegirás la que elija tu serenidad.

Y así, si me niegas tu cuerpo, yo me apartaré contento; iré jubiloso por los caminos, pensando en el daño que pude evitarte; y, si haces lo contrario, si te me ofrendas toda tú, entonces gozaremos en la plenitud de un amor transparente, supremo, sin tener después nada de qué arrepentirnos.



Poema del pájaro encarcelado

El Pájaro Libre: —Abre tus alas, Amor, ábrelas como un inmenso abanico, y vámonos juntos a recorrer las distancias de azul del infinito; en éste, nos aguarda un infinito goce.

El Amor Encarcelado: —No puedo; estoy prisionero en mi jaula de oro, y el valor aún no acude a mis fuerzas para liberarme.

El Pájaro Libre: —Hemos de recorrer las distancias del azul del infinito, y después nos posaremos en los palacios deslumbrantes, penetraremos a las alcobas y quizá hasta nos podamos albergar en el palacio de los dioses.

Amor, abre tus alas como dos abanicos, y vamos.

El Amor Encarcelado: —¡Pájaro libre, dichoso tú que puedes volar, que no tienes el espíritu en una cárcel! Porque yo siento que como el hombre encarcelado no puede renovar su vida por medio de las nuevas cosas contempladas, de los paisajes y los horizontes que hacen florecer la vida, así, mi espíritu, que está prisionero en su jaula dorada, ha de caer algún día herido por el dardo de la muerte.

El Pájaro Libre: —¡Amor, abre tus alas, y vamos!

Poema de las manos

El Amado: Amada, ¿existe a lo largo del Sacbé cosa alguna que pueda vanagloriarse de poseer una dicha semejante a la de mis manos? Amada, tu belleza es inmortal; por eso, tú, que has ido muchas veces por el camino blanco, tú, que haces palpitar de amor a todos los pájaros y a todas las flores, debes de saber si hay alguna cosa cuya dicha sea semejante a la dicha de mis manos.

Mi mirada, a veces, parece que tiene alas, alas enormes y ágiles; y parece que estas alas se ponen a volar, ansiosamente, y que te siguen, que te envuelven, pero sin tocarte jamás; porque las alas de la mirada no tienen cuerpo, y en vano se desesperan por posarse en ti.

Mi pensamiento, a veces, se deleita apaciblemente en ti; mi pensamiento te sueña y te sigue por donde vas, y, a veces, hasta podría decirse que te aprisiona en la ilusión de una imagen deseada; de una imagen deseada desde hace mucho tiempo, pero intangible; mi pensamiento te ha aprisionado muchas veces, pero en la forma inmaterial de una ilusión, de una ilusión que no es posible tocar! Ha sido como una llama encendida y constante, pero que no puede llegar hasta ti.

Y mi corazón, amada, cuando te siente venir parece que palpita como una ucum temblorosa y jadeante; parece querer saltar de la prisión de mi pecho y llegar hasta ti. ¡Ay, cómo sufre mi corazón! ¡Sufre terriblemente, porque sabe amar más que ninguna otra cosa, y, sin embargo, no le es dado romper su triste prisión!

¡Ah, pero mis manos no! Mis manos son libres como son felices; ellas te desean y te buscan, y al fin te retienen en una increíble caricia de amor. Ellas se posan suavemente sobre tu cabellera, y despacio, muy despacio, descienden a la dulzura de tu cuello, a la armonía encendida de tu talle, hasta llegar a la frescura de tus plantas! Ellas no son como dos alas enormes y ágiles que te envuelven sin poderte tocar; no son como la llama del pensamiento, que no puede llegar hasta ti; ni son tampoco como el corazón que ama como ninguna otra cosa, pero que en vano se desespera.

¡Oh, amada! ¿Existe a lo largo del Saché dicha que sea comparable con la dicha de mis manos?

Los nueve poemas de Ik-Halal

Ik-Halal: Amada, si me prometes abrir tu corazón para que mis palabras puedan refugiarse en lo infinito de tu ser, yo he de prometerte que mis labios, mis labios heridos por la sed de amar, violarán su secreto íntimo para decirte quién eres...

I

Eres la flor que sacia: la que embalsama el campo de la vida con el poema de su perfección infinita y con la incomparable nota de su perfume íntimo... En tu cuerpo, imponderablemente inmortal, vibran todos los tesoros que la madre Ix-Nacabil ha sabido juntar, todas las dulzuras apasionadas y todas las promesas inagotables; pero también guardas, en el fondo de tu ser, la prodigiosa riqueza del espíritu, la gran riqueza que triunfará sobre la primavera de la vida.

Cuando tu juventud se deshoje, huyendo para no volver, tú te mostrarás desnuda ante la Verdad, en la postrera forma de tu grandeza de espíritu. Aventajarás a las flores en el milagro de sobrevivir al instante único de belleza, y tu perfume, más duradero, colmará de bondades infinitas el invierno de nuestras almas.

Por eso, he podido llamarte “la flor que sacia”.

II

Mientras te poseo a ti, a ti, que eres la más sublime ofrenda al amor, los antes indisolubles lazos y las grandes cosas que llenaron mi existencia anterior, se disuelven a mis pies como las frágiles figurillas de arena que los niños fabrican en las playas de Tulum.

Se disuelven inevitablemente como figurillas de arena que el tiempo fabricó, las murallas de mi vida que pude levantar con la constancia de las horas largas; y todo lo voy perdiendo, y por el camino me voy quedando solo, solo...

Quedaré en la vieja llanura de mi existencia rodeado tan sólo de los escombros de mi esfuerzo de ayer, como queda el árbol milenario después de la tormenta; mas, no me importará haber perdido todo, ni las pequeñas ni las grandes cosas que poblaron mi pasado; nada me importará y todo estará recompensado si tan sólo te tengo a ti.

III

Amada, los hombres que moran en Mayapán, y también los que habitan T-Hó, embalsaman el fresco aire de las estancias haciendo arder en los labrados pebeteros la dulce resina del nabá.

Pero, yo no. El que de visita llega, nunca sorprende en mis estancias el aroma de ningún sahumerio, ni las huellas de ninguna fragancia empomada. Porque yo poseo tu perfume, que es superior a todos los sahumerios y a todas las fragancias capaces de ser retenidas en un pomo; porque yo tengo el perfume de tu cuerpo y de tu espíritu, que nutre de blancos ensueños la casa toda; tu glorioso perfume, que es el perfume para los perfumes.

IV

Me he dejado arrastrar de tu amor con la suavidad de una sombra, de una sombra que avanzase apaciblemente, sobre los jardines encantados, sin rozar ningún pétalo, sin mover ninguna hoja caída, en las dulces noches del Mayab.

Para tu amor, no he tenido siquiera una débil protesta, ninguna anticipada meditación: lo he aceptado sin preguntarme por qué, con los ojos gozosamente cerrados y con el corazón inmensamente abierto...

Me he dejado arrastrar de tu amor con la suavidad de una sombra, de una sombra que avanzase envuelta de paz, hacia una gloria infinita, en las frescas noches del Mayab.

V

Quise compararte, por tu conjunto triunfal, con una flor, con la flor más bella que pudiese palpitar a través de todos los caminos.

Pero, me puse un instante a meditar, y de súbito me dije: no, no puedo compararla con ninguna flor; porque más que la flor misma son la forma, el color y el perfume; ella tiene la imponderable fragancia de su cuerpo que es superior a todas las fragancias; ella tiene el más insospechable de los matices, y tiene, además, la gracia divina que envidiarían los tallos más esbeltos. Pero, sobre todo, tiene lo que ninguna flor posee: la gran Verdad interior.

Entonces, inútilmente me quedé pensando con qué podía compararte.

VI

Hay un momento propicio para que los capullos se rompan, para que surja la feliz Primavera con la sonrisa de sus colores múltiples y para que los nidos se vean poblados por diminutas aves recién nacidas; hay un momento propicio para decir las palabras tristes o las palabras alegres, para que los labios rían o

lloren y para acometer lo que nunca antes se había acometido. Para todas estas cosas hay un momento propicio.

Sólo tú eres una constante y eterna vibración; sólo tú has logrado cambiar enteramente el sentido de mi vida, haciendo, no que seas propicia para el momento, sino que todos mis momentos sean propicios para ti.

Tú, amada, estás en los momentos todos de mi existencia.

VII

He caído en tu vida como una gota de agua en las vastas lagunas de Cobá; y me he perdido en tu alma como la espuma se pierde en la ola, o el grano de arena en las inmensidades del mar.

Para sentirme, sería necesario que llegase Hunab-Kú y me dijese dónde estoy; porque me siento en toda tú, y al mismo tiempo soy tan insignificante, que no sé si estoy en ti.

Sería necesario que me dijiesen si estoy en tus miradas, en tus recuerdos o en tu voz; sería indispensable que me dijiesen en qué punto de tu vida me encuentro, pues en ti me he perdido por completo a mí, como una gota de agua en las vastas lagunas de Cobá.

VIII

Estoy pendiente de tu corazón como el brillo de una estrella está pendiente de la estrella misma.

Si te apartas, caeré en la negra gota de la noche, igual que un lucero errante en la amargura del mar.

Está mi voluntad en ti como el resplandor del brazalete está en el oro del brazalete mismo, o el color de la flor en el pétalo de la flor, o el vuelo en el ala de la paloma.

Búscame, y resplandeceré en lo alto de mi alborozo como un plumaje encendido por el sol; evítame, y me extinguiré en el centro de tu ausencia, igual que el triunfo de la victoria en el silencio del zacatán.

Porque me he dormido en mí para despertarme en ti, y estoy pendiente de tus labios como el cantar está pendiente de la voz, o la esperanza de la vida de la esperanza del corazón.

IX

Te dije que sólo una vez nos encontramos en el camino del infinito.

La luna del mes florido se encontrará muchas veces con el sol declinante, pero tú y yo no nos encontraremos más.

Quizá nuestros pasos, ya dispersos, vuelvan a tropezarse en la flor de xtabentún, o en el plumaje del faisán; pero nuestras manos no volverán a repetirse, ni se enredarán nuestras palabras en el lenguaje de las caricias, ni nos uniremos con este mismo corazón: porque la vida es única.

Te dije que sólo una vez nos encontramos en el camino del infinito.

Tú, pensativa, comprendiste la tremenda verdad, y evitaste la cobardía.

Y hoy tengo en mi pecho la sensación de tus fragancias y de tu espíritu, como la mazorca tiene la sensación del surco y de la lluvia.

Y estoy ebrio del gozo de eternidad en el pasajero instante de los encuentros, y me siento recompensado del todo, pues ya poseo, más que un príncipe dichoso en la fugacidad de la vida, el insospechable sentido de tu alma y de tu cuerpo, que es el sentido del infinito.

Época segunda

Poema del mendigo

(escena ante el palacio del rey, en Uxmal)

El Mendigo: ¡Siempre he sido pobre! He sido un deseo eternamente implorante y nunca satisfecho. Por la ciudad, ante los aposentos de los príncipes, en medio de un ofensivo esplendor, he pasado con mi pobreza desamparada y cruel; y los palacios de piedra y los templos con sus oros y sus jades, sólo han sido un agravio para mi dolor.

El Rey: (Desde su palacio). Pide y recibirás.

El Mendigo: Quiero tantos jades como deseos llegue a tener. Porque el jade es la riqueza, y la riqueza es la felicidad, ¡la única felicidad que no usa máscara!

El Rey: (Al guardador de tesoros). Que así sea.

(La misma escena, muchos soles más tarde).

El Mendigo: La riqueza es fácil de alcanzar, pero la felicidad, difícil. De todo lo que la abundancia puede dar, estoy harto, como un monte después de una lluvia sin reposo. Y aquí estoy implorante de nuevo, aquí estoy con mi ansiedad aún más terrible: porque lo que antes pedía era fácil de alcanzar, pero lo que hoy pido, es difícil.

El Rey: (Desde su palacio). Pide y recibirás.

El Mendigo: Pido aquello sin lo cual toda riqueza está muerta: espíritu.

El Rey: ¡Eso no puedes alcanzarlo sino sólo tú, tú mismo!

Poema de las dos sombras

Primera Sombra: ¿No te sientes enloquecer de gozo?

Segunda Sombra: No.

Primera Sombra: ¿Nunca te has sentido enloquecer de gozo?

Segunda sombra: Nunca.

Primera Sombra: ¿Y alguna vez te has sentido enfermar de ese misterio que llaman amor?

Segunda Sombra: No.

Primera Sombra: ¿Y nunca te has embriagado?

Segunda Sombra: Nunca.

Primera Sombra: ¿Y no has cometido jamás una locura?

Segunda Sombra: Jamás.

Primera Sombra: (Aparte). ¡Increíble parece! (En voz alta). Entonces, ¿quién eres?

Segunda Sombra: Yo soy la Negación, la muerte.

Poema de la felicidad

La Voz del Amado: ¡Amada! ¡Mira! ¡Mira quién viene!

La Voz de la Amada: ¡Es la felicidad!

La Voz del Amado: Sus cabellos son como rayos de luna y su traje es el traje de la primavera. A su paso, el bosque se estremece y los capullos se abren en flor.

La Voz de la Amada: ¡Qué suave, qué infinitamente suave es su presencia! Su presencia es como un perfume en los ámbitos, como aroma de pétalos disperso. ¡Dile, dile que se quede!

La Voz del Amado: ¡Oh amada! ¡Mira! ¡Mira quién viene!

La Voz de la Amada: ¡Es el Dolor!

La Voz del Amado: Sus cabellos son lúgubres como noches de llanto y su cuerpo es como ramaje sin hojas. A su paso, los venados huyen, y en el camino se marchita la flor.

La Voz de la Amada: ¡Qué cruel, qué terriblemente cruel es su presencia! Su presencia es como lágrima derramada, semejante a congoja difundida. ¡Oh, dile, dile que se vaya!

La Voz del Amado: ¡Oh amada! ¡Mira! ¡Mira quién viene!

La Voz de la Amada: ¡Es la felicidad!

La Voz del Amado: ¡Es la Felicidad que llega y que se va, pero vuelve! En el círculo de las horas, perseguida siempre por el Dolor, regresa, aunque sea un instante, pero no deja de volver.

Poema del buscador de ilusiones

(En el templo de la Vida y de la Muerte, el buscador pasa ante los adoratorios de los dioses, preguntando por su ilusión).

El Buscador (Ante el joven Dios del Maíz): ¿No has visto pasar a mi ilusión?

El joven y bello Dios del Maíz (Asomando entre las mazorcas): No la vi.

El Buscador (Ante el Dios de la Lluvia): ¿No has visto pasar a mi ilusión?

El Dios de la Lluvia (Mirando hacia los cuatro rumbos de los Bacabes): No la vi.

El Buscador (Avanzando hasta el Dios del Viento): ¿No has visto pasar a mi ilusión?

El Dios del Viento, disperso como un girasol en el camino de la lluvia, escucha sin responder.

El Buscador (Deteniéndose ante el Dios de la Muerte): ¿No has visto pasar a mi ilusión? Mi ilusión es como el perfume de la flor de miel. Es como un perfume en la brisa. Es así como una música imposible de retener. Mi ilusión es mi amor.

El Dios de la Muerte: Entra y la encontrarás.

Poema de las cosas perfectas

La Mujer: Quédate a mi lado y serás perfecto en la vida misma.

El Hombre: La flecha es perfecta en la herida, y la pezuña del venado es perfecta en la carrera.

La Mujer: Quédate a mi lado y serás perfecto en el sentido de la vida.

El Hombre: La flor es perfecta en su perfume y el color es perfecto en el color.

La Mujer: Quédate a mi lado y abandona, olvida tu canción.

El Hombre: Perfecta es la existencia del cantor en la canción misma, y perfecto es el sabio cuando sabe.

La Mujer: ¿A dónde vas?

El Hombre: La simiente va hacia el surco y el botón hacia la flor.

Poema de Ah-Zat-Cáan

Ah-Zat-Cáan habló a su alma y le dijo: Voy a llevarte a inquirir el aliento de la sombra, voy a llevarte a deshojar la flor de luz.

Y su alma le respondió: ¡Oh, no!

Otro día, Ah-Zat-Cáan habló de nuevo a su alma, y le dijo: Voy a llevarte a derramar el perfume de los cielos, voy a llevarte a degollar los pájaros de Hunab-Kú.

Y su alma le respondió: ¡No, no!

Y aun otro día volvió a decirle: Voy a llevarte a romper el cántaro de la alegría, voy a llevarte a secar el agua del corazón.

Y aun le volvió a responder su alma: ¡Oh, no! ¡No, no!

Y un cuarto día, Ah-Zat-Cáan volvió a hablarle a su alma, pero su alma no le respondió. Y entonces Ah-Zat-Cáan la buscó por toda su casa, inútilmente; la buscó en los templos, en los caminos y hasta en las grutas de la tierra. Y no la halló. Sino que se sentó a un lado de su vida misma, diciendo: —Algún día volverá. Pero su alma nunca volvió.



Poema de Uinic-Tun

Trece años hacía que había llegado Uinic-Tun.

Y desde entonces, las gentes le vieron de rodillas en el Sacbé, con los ojos abiertos al sol.

Sus uñas habían crecido y en la propia carne de sus manos habíanse clavado; y sus cabellos tocaban el suelo y servían de nido a los escorpiones.

Su rostro se había convertido en piedra, y sus párpados eran de pedernal; semejante a barro cocido era su boca, y sus ojos, a negro carbón.

Y los gavilanes que persiguen a los pájaros iban a posarse en su frente, y las lagartijas del monte se asomaban entre sus dedos, y los caminantes aligeraban el paso cuando pasaban cerca de él: porque con el propio horror de la muerte parecía hecho.

Y un día, Uinic-Tun se incorporó súbitamente y de pronto apareció en la ciudad. Fue entonces cuando los búhos lanzaron su graznido y los perros aullaron; cuando el niño tembló y los habitantes cerraron las puertas de sus casas.

Semejante a la propia muerte, Uinic-Tun se paseó por la ciudad. Las calles estaban desiertas y sólo el fuego de los pebetos, en los kúes, tenía vida.

Entonces, descendió del templo mayor, Ik-Cab-Caanil, el sacerdote. Descendió con su peto a grandes cuadros amarillos y su tocado de plumas con una máscara del sol. Y atravesándose en el camino de Uinic-Tun, le preguntó: ¿Qué quieres?

Y Uinic-Tun habló pesadamente, para responder: Decir que busqué tanto la Verdad, que al fin me volví de piedra.

Y atravesado en el camino de Uinic-Tun, aun le volvió a preguntar Ik-Cab-Caamil: ¿Qué tienes?

—Tengo, dijo, que he matado a Dios.



Poema del hombre y la serpiente

En Yokdzonot camino de Yaxuná se encontraron un hombre y una serpiente, y para matar a la serpiente el hombre tomó una piedra.

Y entonces se oyó una voz que hacía pregunta, diciendo: ¿Por qué quieres quitarme la vida?

Y el hombre dijo la respuesta de sus labios: Porque de maldad estás hecha.

Y respondió entonces la voz: Inofensiva soy cuando no se me ofende.

Pero el hombre afirmó su palabra: De maldad estás hecha. Maldad es tu veneno y maldad el silencio con que se aproxima; maldad tus nudos que asfixian y maldad tu mirada, que es poderosa; tanto, que toda tú no sirves sino para el mal.

Y de nuevo la voz sonó en palabra, diciendo: Fui hecha de la más triste desvalidez; hecha fui sin pies que corran y sin alas que vuelen y sin manos que sujeten, si no que condenada a arrastrarme para siempre fui; a arrastrarme bajo la planta del hombre, bajo la garra del tigre y la pezuña del venado. De tal modo que para existir, mi desvalidez hubo de crear la más terrible defensa, hube de crear mi veneno, que como las flechas, mata. Pero inofensiva soy cuando no se me ofende.

Mas, el hombre hizo aún más firmeza de su palabra, respondiendo: —Como quiera, peligro y muerte es tu veneno, maldad es, y por él perecerás.

Y con sus monos levantó en alto la piedra para hacerla caer sobre la serpiente.

Y entonces la serpiente silbó de un modo terrible y como flecha se lanzó contra el hombre y le mordió en la carne. Y el hombre lanzó un grito y sobre la tierra se desplomó.



Poema de la fe que muere. . .

El Niño: Madre, oigo el ruido de flores que se deshojan, oigo un estremecerse de pájaros. ¿Qué haces, madre?

La Madre: Es la brisa en los árboles del monte, es el caer de las hojas, es el jadear del viento. Pero duerme, duerme.

El Niño: Madre, es como si el viento estuviese con su cuerpo en tu alcoba. Lo oigo tan cerca.

La Madre: Duerme, duerme.

El Niño: Es como si de golpe envejeciera el tiempo de las hojas verdes, como si mis pájaros pintados se quebrasen. ¡Madre! ¡Madre! ¿Qué hace el viento en tu alcoba?

La Madre: Duérmete. Duérmete o te golpearé con bejucos acabados de cortar.

El Niño (Llorando): Hay cosas más terribles que golpearle a uno con bejucos. Yo siento que algo ha muerto para siempre en mí, y si me duermo, madre, tal vez no despierte más.

Poema del hacedor de estatuas

El hacedor de estatuas tomó una piedra enorme y le dio la forma de un corazón; la forma de un gran corazón le dio y sobre ella esculpió la imagen de un gran amor.

Pero no estuvo conforme, sino que dijo: Crearé la imagen de un amor más perfecto.

Y del rostro de la piedra borró la imagen del primer amor y sobre ella esculpió el segundo.

Pero tampoco estuvo conforme, sino que nuevamente borró. Volvió a borrar y volvió a esculpir, llevado siempre de la inconformidad.

Innumerables veces trató de dar forma a la inminente visión que llevaba en sueños, e innumerables destruyó su obra; hasta que la piedra fue volviéndose delgada, delgada.

Y aun quiso el hacedor de estatuas grabar en ella la imagen de un último y perfecto amor; y reunió para ello, en un esfuerzo angustioso, todo su espíritu y todo su arte; reunió sus viejos recuerdos y sus incumplidas esperanzas, su dolor y su alegría. Reunió su existencia toda.

Pero al primer golpe, la piedra se partió en dos, semejante a barro gastado que no resiste ya.

Y entonces, el hacedor de estatuas dejó caer sus brazos y lloró amargamente.

Y los que pasaron de mañana lo encontraron muerto junto a una piedra que tenía la forma de un corazón delgado y roto, pero que no tenía la imagen de ningún amor.

Poema del ciego

El Ciego: ¡Qué música tan honda! ¡Qué diluvio de armonía!
Dime. ¿quién es el que toca?

El Guía del Ciego: Por aquí no hay tañedores de flauta, no hay hacedores de música.

El Ciego: ¡Qué florecer de aromas! ¡Qué ejército de flores!
Oh, dime: ¿en qué jardín estamos?

El Guía del Ciego: Debes de estar mordido de fiebre, porque en este lugar no hay flores.

El Ciego: Y dime, dime: ¿qué cosa misteriosa, qué prodigio intocable es este que nos rodea y que pone en mis carnes un divino temblor? Porque yo siento una proximidad de armonías, una sucesión de astros, una presencia de infinito que envuelve todo mi ser.

El Guía del Ciego: ¡No, no! ¡Yo no veo nada! ¡Vamos, vamos a casa, porque mordido de fiebre estás!

El Ciego: ¡Oh, ciego de espíritu! ¡Hay cosas que sólo los ojos del alma pueden ver!

Poema de la tierra seca

La Multitud: ¡Morimos de sed!

El Sacerdote: ¡Hunab-Ku, mándanos a la lluvia! ¡Déjala caer de tu aliento, a la lluvia, que es nuestra madre!

La Multitud: ¡Morimos de sed y esa nube casi toca la tierra! Por el agua que puede caer en la palma de la mano, lo sacrificaríamos todo! Pero, ¿qué tienen los encantadores que no pueden contra la tierra seca?

Los Encantadores: Hemos sacrificado, hemos danzado, hemos hecho ofrendas y agotado nuestro saber.

H-Ik-Mukil: ¡Yo escalaré ese peñasco y rasgaré la nube, para que la lluvia baje! (Corriendo hacia el peñasco y comenzando a escalarlo). ¡Yo les salvaré!

La Multitud: ¡A la cumbre de ese peñasco no es posible llegar, nadie ha podido llegar!

H-Ik-Mukil: ¡Llegaré o he de morir intentándolo!

La Multitud: Que tú mueras no nos importa. Lo que decimos es que a la cumbre de ese peñasco nadie puede llegar. (H-Ik-Mukil continúa ascendiendo).

La Multitud: ¡Loco! ¡Loco! Si cayeses, ¡cómo nos regocijaríamos! (H-Ik-Mukil continúa ascendiendo). ¡Ya no falta mucho para que caiga! Nosotros hemos dicho que esa cumbre es inalcanzable, y no debe alcanzarla... Pero, ¡la sed pone a la muerte en el cuerpo!

Haciendo un esfuerzo terrible, H-Ik-Mukil está casi por llegar a la cumbre.

La Multitud: ¡Ja-ja-já! ¿No lo decíamos? ¡No puede llegar! ¡No llegará! ¡Está haciendo un esfuerzo tan terrible como inútil! ¡Ja-ja-já! ¡Ahora sí se matará! (En silencio, pensando) Y antes que haga lo que nosotros decimos que es imposible hacer, mejor es que se mate.

Un Niño: ¡Padre! ¡Padre! ¡Yo sé que llegarás!

Las manos le sangran a H-Ik-Mukil, y el cuerpo, sudoroso, parece ya impotente y próximo a caer.

La Multitud: (Bailando levemente) ¡Ja-ja-já!

El Niño: ¡Padre! ¡Yo sé que llegarás!

H-Ik-Mukil toma de su espíritu un último esfuerzo y gana la cumbre, se pone de pie y rasga con su mano el vientre de la nube. Cae la lluvia y todos beben con desesperación.

H-Ik-Mukil (Triunfalmente): ¡Ahora, bajaré!

La Multitud: ¡No bajarás! ¡No permitiremos que bajes!

H-Ik-Mukil: ¿Por qué no he de bajar?

La Multitud: ¡Porque te odiamos!

H-Ik-Mukil: ¿Me odian? No comprendo.

La Multitud (Amenazándolo con los puños): ¡Nos demostraste nuestra pequeñez!

Poema del acusador

(Escena en la terraza de un palacio, en Zayí. El Hacedor de Justicia, sentado en su sitial, juzga los delitos de los malhechores).

El Hacedor de Justicia (A un joven criminal): Por haber dado muerte a la mujer que amabas, pagarás con tu propia vida.

El Joven Criminal: Bueno es librarse de un remordimiento, aunque sea a costa de la vida. (Sale).

El Hacedor de Justicia (Dirigiéndose a otro): Y tú. ¿a quién acusas?

El Acusador de sí Mismo: Acúsome a mí mismo.

El Hacedor de Justicia: De qué te acusas.

El Acusador de sí Mismo: De haber dado muerte a mis propias ilusiones.

El Hacedor de Justicia: ¿Y qué quieres?

El Acusador de sí Mismo: Que se me castigue, como se castiga a todos los que matan.

El Hacedor de Justicia: Para ti no hay castigo, porque la mayor condena la llevas en ti.



Poema de los pasos

El Alma: Soy un plumaje que anhela envolver todos los pasos de su cuerpo. Soy un plumaje que habla a sus pasos, diciéndoles: Síganme.

El Dolor: Sin embargo, yo te he visto, en los días amargos, perderlos de vista; te vi buscarlos desoladamente, y al encontrarlos, sentarse a un lado del camino, y llorar.

El Alma: Pero llegará el momento de las corolas abiertas, cuando las flores reciban a Hunab-Ku en su corazón. Entonces, mis pasos y yo nos encaminaremos jubilosamente a la casa de Él, y he de decirle: Al fin, he encaminado mis pasos hasta ti.

El Dolor: A través de los largos katunes, he oído la voz de las almas, llamando a sus pasos. Mas el amanecer cuando las flores se abran, cuando las corolas reciban a Hunab-Ku, aún no se anuncia.

El Alma: En el amanecer del sol verde, mis pasos, vueltos mansos venadillos, vendrán tras de mí. Entonces resplandeceré con el fuego de la flecha disparada por la mano de Hunab-Ku, y que al fin vuelve a Él.

Yo, el alma, canto en lo redondo de la luna llena:

“Que mis pasos, vueltos mansos venadillos, vengan tras de mí”.

Poema de H-Ubahil

Cuando el hombre canta, no lo interrumpas, porque en sus labios una flor florece.

No interrumpas a la mujer cuando ríe, porque su risa es una alborozada corola bajo el sol.

Y si miras un grupo de jóvenes que bailan, contémpalos y no los interrumpas, porque son una guirnalda impetuosa en los jardines de Dios.

Porque toda alegría que brota, toda alegría que se difunde, es una flor que florece. Y si la truncas, habrás tronchado una flor.



Poema del momento de la vida

La Flor: Estoy aguardando el momento de la vida.

El Atardecer: ¿El momento de la vida?

La Flor: Estoy aguardando el momento radiante de la vida. Cuando llegue, me difundiré con la más adorable de las fragancias, y he de ser inmortal por mi felicidad.

El Atardecer: ¿Qué hiciste en la mañana?

La Flor: Me la pasé mirando el baile de los ruiseñores.

El Atardecer: ¿Qué hiciste en el mediodía?

La Flor: Quise saber, quise bailar, quise amar. Pero el saber no entró a mi alcoba, la danza se me escapó de las manos, y el amor me dijo: “Aún no es tiempo. Aguarda”. Y aguardé.

El Atardecer: Pues he venido por ti.

La Flor: ¿Quién eres?

El Atardecer: Yo soy aquel que va tras de toda floración. Yo soy el atardecer. Vamos.

La Flor: ¡No, no, no!

Poema de H-Uayac-Pol

He aquí que H-Uayac-Pol había fabricado un sueño con la savia más fuerte de su espíritu, pero he aquí que un día abandonó Sayil y fue de ciudad en ciudad, en busca de sueños nuevos.

Y llegó a la ciudad donde el búho, en la blancura de la piedra, vuela con las alas extendidas.

Y llegó a la ciudad donde hay sacrificios de pájaros en los dinteles.

Y llegó también a la ciudad de la sierra donde hay tortugas que andan a través de las edades.

Mas, en ninguna parte pudo fabricar un sueño semejante al sueño que fabricó en Sayil con la savia más fuerte de su espíritu. Y entonces pensó en volver.

Y en esos días silbó por los aires una tempestad. Y arrancó los árboles del monte, derribó columnas en los templos, y penetrando a casa de H-Uayac-Pol y encontrando a su paso el sueño abandonado, lo rompió. Rompió el sueño, que era de madera, y estaba desamparado por el soñador.

Y cuando éste llegó y lo vio, sintió una amargura que era a la vez remordimiento, y maldijo de la inconstancia de su espíritu.

Y quiso hacer con su sueño de tal modo que lo dejase como antes estaba; componerlo quiso, olvidando que un sueño sólo puede ser nuevo una vez.

Y al forzar la madera entre sus manos, para que fuese lo que ya no podía ser, una astilla le hirió en las venas y le desangró.

Y muerto por su sueño roto, sobre la tierra quedó.

Poema de Polomtún

En la ciudad de las cinco lagunas sagradas vivía Polomtún.

Y cuando los peregrinos de los cuatro rumbos llegaban para las adoraciones del templo, se detenían frente a su palacio y exclamaban:

—¡Admirable cosa!

Y un día, frente al palacio de Polomtún pasó Nak-Caan, el artista. Pobre era, y en sus brazos no tenía brazaletes, ni anillos en los dedos, ni pectoral alguno sobre su pecho; sino que sus vestiduras eran semejantes a la de los que viven lejos de la ciudad. Sus carnes eran delgadas, y su rostro era a un tiempo alegre y triste.

Y Polomtún nada sabía del arte de los artistas, y comparaba a éstos con los locos que vagan por la ciudad. Y se burlaba de ellos.

Y al ver a Nak-Caan rió fuertemente, le señaló con el dedo y con las manos se sujetó el vientre, de tanto reír.

Y para que su desprecio fuese entendido mejor, tomó un pan y se lo arrojó al artista, como se da de comer a los perros.

Entonces, Nak-Caan se acercó a Polomtún y le miró en los ojos; le miró fijamente, y los ojos de Polomtún brillaron de pronto, semejantes a dos cosas que estaban muertas y que nacen a la vida.

Y vio Polomtún que las columnas de su palacio comenzaron a girar, y vio que estas columnas dejaban de ser de piedra, para volverse de música más diáfanas que el propio cristal de roca

eran las columnas convertidas en música, y a su sonido oyó que todos los instrumentos de la tierra se pusieron a vibrar.

Vio Polomtún que los cántaros de su palacio íbanse llenando, no de agua, sino de luz; y ésta corría por su palacio y salía y anegaba la ciudad; mas, no era como la luz del sol, ni como la luz de las estrellas, sino que estaba vibrante con una luz que era la luz del espíritu, y al derramarse, era cómo si inundase de eternidad aun las cosas más humildes.

Miró el arte de los templos, y le pareció que las escalinatas llegaban hasta el cielo; hasta el cielo le pareció que llegaban las serpientes emplumadas y comprendió que el arte es el lenguaje para hablarle a Hunab-Kú, Dios.

Entonces, el rostro de Polomtún se volvió alegre y a la vez triste. El mercader que habitaba su cuerpo le dejó, los anillos cayeron de sus dedos y los brazaletes se desprendieron de sus brazos. Triste y a la vez alegre se volvió Polomtún, y pasando el tiempo, sus vestiduras tornáronse pobres, aún más pobres que la de las gentes que viven lejos de la ciudad.

Y fue entonces su alma como la del pájaro que ha mirado el Hunanhil y ya no quiere mirar la tierra; fue su alma como la del artista que se ha abrazado del espíritu y nada le importa más.

Y los mercaderes de la plaza le compararon con los locos que vagan por la ciudad, y, burlándose de él, le arrojaron pan como se da de comer a los perros.

Pero él ya tenía dos estrellas, dos estrellas en los ojos.

Vocabulario

Aacán: gemido; aquél que se lamenta, aquél que gime.

Ab-Cunaán: el encantado.

Ab-Idzat: el que es humanamente sabio.

Ab-Miatz: el que es sabio por excelencia.

Ab-Tubtún: señor que lanza piedras preciosas por la boca; dios de la elocuencia.

Ab-Xaché: aquél que busca, aquél que inquiera.

Ab-Zat-Cáan: el que tiene perdido su cielo; el que ha dado muerte a sus ilusiones.

Akabtún: piedra de la noche; el que aparenta serlo.

Akambatam: antigua ciudad del Mayab.

Aknaal: la verde mazorca del maíz.

Analté: libro de piel de venado, donde se guardan las historias.

Bacab: cuatro Bacabes había que eran sostén de la Tierra en los cuatro puntos cardinales.

Balam: lo que se oculta en la espesura: tigre, el que a un tigre semejante es.

Bobat: el que es profeta.

Caxanbil: cosa que ha sido hallada.

Cobá: antigua ciudad.

Copan: antigua ciudad del Mayab.

Chacal-Ik: remolino; viento que gira.

Chacmultán: la ciudad de las colinas rojas.

Chichén-Itzá: a las márgenes del pozo de los Itzá; antiguo reino y ciudad de la stirpe itzalana.

Ek-Há: lucero que se espeja en el agua; la mujer igualmente bella.

Ek-Nicté: la estrella de las flores; la más bella de las mujeres.

Hadzachac: azote, rayo de las tormentas; el guerrero que es azote en las batallas.

Halili: ino más! ise acabó!

H-Ik-Mukil: el que tiene la fuerza del espíritu.

H-Ilabén: “cosa digna de verse el admirado por todos.

H-Pacat-Chén: el que tiene pura la mirada.

H-Uayac-Pol: el que tiene sueños en la mente.

Hunab-Kú: el inmaculado, puro y único dios.

Hunanbil: el paraíso de la Tierra.

Ik: el viento.

Ic-Cab-Caanil: el que tiene el espíritu de la tierra y del cielo.

Ikel-Cab: el que es espíritu de la Tierra; aquél que es sacerdote.

Ik-Halal: flecha del espíritu; el que va directamente al espíritu.

Ikim-Pubuy: ave que anuncia los sucesos próximos.

Ik-Than: el que habla con el espíritu, el que es poeta.

Ik-Zazil: espíritu con luz; el hombre iluminado.

Itzá: perteneciente a la estirpe suma, la de los adoradores del agua.

Itzalano: hombre de Chichén-Itzá.

Itzamná: civilizador del Mayab, venerado como dios, y que de sí mismo decía: “soy la sustancia del cielo, soy el rocío de las nubes”.

Itzen-caan, itzen muyal: “soy la sustancia del cielo, soy el rocío de las nubes”.

Ixchebeliax: la señora diosa de la pintura y del bordado.

Ix-Miatzil: señora que preside la Sabiduría.

Ix-Na-Cabil: la señora madre de la Tierra, la Naturaleza.

Ix-Zubuy-Kak: señora, diosa del fuego virgen.

Katún: periodo de siete mil doscientos soles.

Kimil: la Muerte.

Kin: el Sol.

Kiuic: la ciudad del mercado, la ciudad de la plaza.

Kukulcán: el Señor Serpiente Emplumada, sumo sacerdote de la sabiduría.

Labná: la ciudad de las casas muertas.

Mayab: “la tierra de los pocos, la tierra de los elegidos”.

Mayapán: lugar, bandera del Maya; antiguo reino.

Naba: sahumero de los Mayas.

Nacom: el que es jefe de ejércitos.

Nak-Cáan: el que está arrimado al cielo.

Nenil-Há: espejo de las aguas; la mujer que le es semejante.

Nob-Balam: el gran tigre.

Nob-Yumil-Cab: el principal, el primer dios de la Tierra.

Okomol: cosa triste; el hombre siempre triste.

Palenke: nombre actual de la antigua Na-Caan-Chán, “la casa de la serpiente celeste”; antiguo reino.

Pizlimtec: Dios de la poesía y de la música.

Polomtún: el mercader de piedra; es decir, aquel que está lejos del espíritu.

Sacbé: el blanco camino de piedra que unía las ciudades del Mayab.

Sací: la ciudad blanca y dulce.

Sayil: antigua ciudad.

Sibó (Lo mismo que Ich-Caan-Sihó): “la ciudad de los que nacieron en el cielo”.

T-Hó: antigua ciudad.

Tulum: ciudad fortaleza en la costa del Caribe.

Tunkul: sonido divino: el címbalo que se oye a muchas leguas.

U: la Luna.

Ucum: paloma torcaz.

Uinic-Tun: el hombre de piedra, o que le es semejante.

Uitzes: los uitzes, los hombres de la sierra.

Uxmal: “la ciudad donde eternamente se cosecha”.

Yaxuna: antigua ciudad.

Xocbitún: el del sonido melodioso: dios del canto.

Yokodzonot: un lugar del Mayab.

Yum-Idzat: el señor que preside el arte.

Yum-Ilbil: señor que debe ser visto; el que es señor por excelencia.

Zacatán: tamboril hecho de madera y piel de venado.

Sórticos

Nota liminar

Al soneto clásico difundido por Petrarca y que constaba de catorce líneas, agregaron algunos poetas el estrambote, que era así como una puerta de salida a las dificultades que esta forma de versificar exige.

Entre aquellos que lo emplearon con mayor fortuna, está Cervantes, en sus conocidos versos “Al túmulo elevado en las honras fúnebres de Felipe II” y que terminan así:

Y luego incontinenti Caló el chapeo, requirió la espada,
Miró al soslayo, fuese... y no hubo nada.

En Inglaterra, Shakespeare cultivó el soneto, sólo que dividiendo sus catorce líneas originales en tres cuartetas y un dístico final.

La palabra Soneto viene del italiano “Sonetto”, es decir, sonido diminuto. Proceso de destilación, de refinamiento literario, en el cual se reduce la dimensión espacial, para atender a la esencia.

Los Sónicos que integran este libro son, a su vez, un derivado de dicha modalidad del verso, por la forma y por el nombre, aunque no haya fidelidad etimológica. En ellos se han conservado las dos cuartetas consagradas, y al eliminar los tercetos, se ha adoptado la forma arcaica del estrambote. Sólo que en este caso, estrambote o dístico final quieren decir concisión y solución del tema.

Acerca de la rima, nada hay que anotar, pues se verá que es caprichosa en extremo. Lo cual no significa que siempre haya de ser así.

I

Sentir es existir. Los insensibles
que sin risas ni lágrimas transcurren
por el bazar fulgente de la vida,
como diamantes muertos, son inútiles.

Por eso, he despertado mis sentidos
al toque de mil dianas y cien fúnebres
canciones; he gemido en mis pesares,
he exaltado de júbilos mi numen,

y de tanto sentir, isoy como antorcha
que a sí misma se quema y se consume!

II

Cuando veo una lírica montaña
o cuando miro cielo, tierra y mar,
yo quisiera también tener la extraña
facultad de esplender y de otorgar.

Y si advierto las rosas y los lirios
y la piadosa alquimia del panal,
me sumerjo en mis trémulos martirios
y atestiguo lo enorme de mi mal,

pues que siendo un afán ardiente y fijo,
sólo tengo mi anhelo que ofrendar.



III

El íntimo alborozo del recuerdo
viste su traje de candor de lirios
cuando en la tarde azul voy hacia el templo,
el paso grave y en la mano un cirio.

Y evoco tu piedad. Y siento cómo
se pone el corazón ingenuo y límpido,
como en el tiempo aquel en que a tu amparo
ensayaba mis cánticos primicios.

¡Y me pongo a llorar, oh madre mía,
“porque pensando en ti me siento niño!”

IV

Si tu anhelo es más puro que un diamante
y buscas la verdad y la virtud;
si das tu corazón a manos plenas
y al humano dolor abrazas tú;

si adviertes un prodigio en cada cosa
y presentes a Dios en el azul;

si de tanto fervor sufres y lloras
y es tremenda y divina tu inquietud,

ite harán beber un día la cicuta
o han de clavarte, al fin, en una cruz!



V

Hablé de amor con impolutas voces
como quien disecciona una fragancia,
y puse al corazón—misterio eterno—,
en el marco fugaz de la palabra.

Y luego amor sufrí. Y yo, yo mismo,
no supe hallar razón para mis ansias;
y temblé como un niño, y una noche
dejé mis ciencias y acudí a mi alma;

y entonces mi alma se sonrió y me dijo:
—Cuando habla el corazón, los sabios callan.

VI

Oro que nos trae el río,
río que se lleva el oro,
me traes lo que no ansío
y te llevas lo que lloro.

Por escapar de tu intento
y por hallar mi tesoro,
yo navegaré en el viento
de mi dolor en azoro

buscando lo que no quiero,
para alcanzar lo que adoro.



VII

Sor Juana Inés de la Cruz.

Con amar a quien me ama
y olvidar a quien me olvida,
en paz, ventura y razones
ganaría.

Mas, tengo en la mente sueños
y en el soñar tengo espinas,
y así voy, el rumbo inútil,
ciego el corazón sin bridas,

olvidando a quien me quiere
y queriendo a quien me olvida.

VIII

To dream: ensoñar.

Tengo cinco sentidos que no bastan
a penetrar la bóveda del cielo;
y así la Idea, sin querer, se arrastra,
y en la sombra va huérfano el anhelo.

Para hallar el secreto que hace falta
quiero erigir mi vida en el ensueño,
romper las ligaduras que nos atan
y hacer de lo ideal único empeño.

que si el sueño es tan sólo una palabra,
lo demás ni siquiera llega a sueño.



IX

Vano todo el saber. Vana la ciencia
y su hermana inconclusa: la razón;
vano el número exacto y vano el mérito
de auscultar una cuarta dimensión.

Vano todo el saber. Y así la gloria
de la toga escolar y el galardón;
vana la vanidad que hay en un nombre,
y también vanos fama, aplauso, honor,

si tú tienes la ciencia de los siglos
y a tu alma le falta una canción.

X

Todos llevan un canto en el sendero,
todos tienen un ritmo en la eclosión:
cantan los menos por las cosas límpidas,
y los más vierten un ambiguo son.

Y así, en el labio musical del cosmos,
entre materia, espíritu y razón,
hay infinitos, múltiples cantares:
la canción del guerrero es el horror,

el canto de las madres son los niños
y el cantar de Jesús es el Amor.



XI

El día en que escuchéis tremer un ritmo
y se os quede intangida la emoción;
el día en que advirtáis una congoja
y no os toque siquiera la aflicción;

el día en que ya nada os estremezca
y paséis sordamente ante el dolor,
iechad ceniza sobre vuestras frentes!
icaed de hinojos e implorad perdón!

que ese día estaréis peor que muertos
y habréis necesidad de compasión.

XII

El que no supo del dolor primicio
tuvo un día cansancio de su cielo
y decidió partir. Partió buscando
nuevas fragancias en espacios nuevos.

Y una noche más tarde, mudo y pálido,
—desgarrada la carne y el ensueño—,
le vieron retornar. Y preguntándole:
—¿Qué viste, qué encontraste en el sendero?,

dolida y brevemente respondió:
—¡A la vuelta del cielo hallé el infierno!



XIII

Llegué a la casa del saber un día,
y escuchando un murmullo indefinible,
entré al salón de confundidas voces
donde toda inquietud se pesa y mide.

Y en pesarosos coros divagando
y entre un mar de sistemas inservibles,
estaban los filósofos del tiempo,
musitando el dolor del imposible;

y uno reía porque todo es vano,
y otro lloraba porque todo es triste.

XIV

Carnéades.

Filósofos de Jonia y de la Grecia,
pastores de imposibles luminarias,
a vosotros y a toda vuestra estirpe
os digo la aflicción de mi palabra:

Después de recorrer la astronomía
de ese cielo irreal de vuestras páginas,
más vano soy que antes, y más triste:
pues al quedar con mi esperanza exhausta

he perdido lo poco que creía
y ni siquiera sé que no sé nada.



XV

Si concibes el mérito de un nombre
y tu alma es adversa a la traición,
no digas que eres hombre hasta que pueda
probar el vendaval tu corazón.

Primero sufre, sangra, ama y confía,
sé más fuerte que el mal y que el dolor;
y has de llamarte hombre, hermano mío,
la noche de abandono y de pavor

cuando vuelvas piedad tu desamparo
y tu angustia conviertas en canción.

XVI

He sangrado mucho. He tenido heridas
como las que tuvo en la cruz el Pastor:
hondas, desgarradas y trágicamente
trémulas de dolor.

Mas, para nombrarte, yo no tengo, oh, vida,
acaso ni quejas, y menos rencor;
y más bien te busco, y más bien te sigo
con un claro amor:

ipues que si me diste cien crucifixiones,
nunca me negaste una resurrección!



XVII

Hay un fuerte golpear inexorable
que dilata su empeño por los siglos:
es el canto monótono, monótono,
de los férreos martillos.

De los férreos martillos que incansables
atruenan día y noche los oídos,
y golpean, golpean y golpean,
y torturan espíritu y sentidos

cayendo siempre iguales, siempre iguales
sobre los clavos de la cruz de Cristo.

XVIII

Solo en la inmensidad del infinito
como afán que suspira y se desangra
(y a pesar de que azul visten los cielos
y a pesar de que el orbe está de gala),

Y aunque a veces en lauros y en fortuna
el río de la vida se desata,
yo ato mi congoja con mi afán:
que en medio de una múltiple abundancia

todo lo tengo y aun me falta todo
si a mi lado tener no puedo un alma.



XIX

¡Oh no la gris felicidad que cruza
con paso igual y con el alma sorda!
La gris felicidad planchada y nítida,
impecable en el ritmo y en la forma.

A mí el azul —y la mujer— y el cántico;
una dosis de sal fulgente y loca
y el alma abierta al devenir del cosmos
en el flujo y reflujo de las horas.

¡Así la azul inmensidad que abrazo
con todas sus sonrisas y congojas!

XX

Acechaba la Muerte, y cuando ella
danzó desnuda y esplendió divina,
la muerte la tomó de la cintura
y giró con la rauda bailarina.

Y le besó los senos y los labios
con su invisible boca estremecida;
y la danza fue única y extraña,
y sombra con la carne confundida,

por el vasto salón de ardientes notas
la Muerte fue bailando con la vida.



XXI

Cesó el amor en mí. Péndulo inmóvil,
erré el segundo y se escapó la hora,
y me quedé sin voz ante el arcano
de un cielo azul y una mujer unciosa.

De un cósmico fluir, radiante y fértil,
no supe recoger la intensa nota;
y advertí que la música del mundo
me envolvía, en vano, con sus ondas.

Y tuve la impresión de que yo era
una guitarra con las cuerdas rotas.

XXII

Ser esto nada más: un hombre: un ser
que plañe ante el silencio de la Esfinge;
presidiario en el tiempo y en la tierra
y con un carcelero: el Imposible.

—¡No, no!, grita mi alma. Y en la angustia
de su desvalidez, implora y gime.

Y quiere, para hallar sentido al cosmos,
encontrar en la ruta ineludible,

un amor aún más grande que la muerte
y un ensueño que rompa todo límite.



XXIII

“Todo lo que he sufrido me ha enseñado
a querer con ternura lo que es bello”,
Fue Casanova de la Flor, Noé,
quien así dijo, en frase que es proverbio.

Y le sobró razón. Porque si el alma,
presa de lo banal y lo grotesco
en vano busca redención, a veces
se aminora el pesar del universo
con el claro perfume de unas rosas
y la voz augural que hay en un verso.

XIV

Para valerte en viaje por la vida,
hazte, oh mi alma, esposa de la luz.
Sólo en las ondas del radiante fluido
está tu plenitud.

Sin su divino ser, nada se explica:
ni la tierra, ni el mar, ¡y menos tú!
Sin ella es el dolor, el llanto, el grito,
la noche sin cerebro ni virtud.

¡Ella es la sangre del misterio todo!
Dios se inaugura con la voz: “Fiat Lux”.



XXV

Un amor aún más grande que la muerte
fluye en mi ser con incendiales ondas;
es deleitoso, humano, astral, y enciende
una misión de lampos en la sombra.

Amor en que anochece la amargura
y abre sus ojos mi esperada aurora;
amor de tanto amor amor llamado
y que es para mi fe, como corona.

Tan grande y verdadero amor de amores
que en él se explica la existencia toda.

XXVI

Yo he clavado mis angustias
con siete clavos de acero,
dolorosamente fijos
en mi cuerpo.

Y he sido también la mano
que se roba mis ensueños
y el soplo invernal que apaga
las lámparas de mi cielo.

¡Y todo yo soy un grito
contra el mal que yo me he hecho!



XXVII

¡Oh, táñeme, Señor! Para que crujan
con tu acento mis carnes azoradas,
para que un soplo de fervor me inunde
y se rasguen mis carnes, como llamas!

¡Oh, táñeme, Señor! Y con tal fuerza
que truene un huracán en mis entrañas
y restallen mis venas, y me sienta
todo pleno de Ti, y a un tiempo, inada!

A ver si de este modo se mantiene
en vigilante expectación, el alma.

XXVIII

Me obsesiona la química admirable
del sublime Alquimista celestial,
que de la tierra muda, ciega, informe,
hace brotar la orquídea y el rosal.

¡Qué pavora de ciencia! ¡Qué nociones
de su viril y eterna habilidad!

...De un polen extraer toda una selva;
...obtener, de la incógnita, el metal,

y de un cuerpo de inútil trashumancia
la cola emperatriz del pavo real.



XXIX

Saber es padecer. Y sobre todo
saberse tan pequeño: corcho, nuez
que flota a la deriva, con la incógnita
de si en realidad “es”.

Y luego, esta prisión. Y esta esperanza
de infinitud, rota por burla cruel;
y esta pena tenaz, tenaz, tenaz,
porque en vano, fracaso del querer.

trato de acomodar al infinito
en la celda angustiosa de mi ser.

XXX

Estoy a tu presencia asonantado
como un verso de música imperfecta:
a pesar de mí mismo. Y sin embargo,
te quiero con unción, y no por fuerza.

Dulzura en madurez. Áurea delicia.
Tú eres para mí, fragancia intensa.
Pero también dolor de duda fija,
por humana, por frágil y por bella.

Y así, yo te comparo, amiga mía,
a una edición de lujo de mi pena.



XXXI

Hermano Job: el alba está serena
y leal, como una moneda antigua.
Ni lágrimas, ni penas. Fuerte y pura
la esperanza a sí misma se atestigua.

Huyó el cuervo dolor con el horror.
Ya ves, para el que tiene el alma límpida
y saber padecer sin maldecir,
novia formal, retorna la alegría;

novia puntual del alma que prefiere
un goce eterno, a la ilusión de un día.

XXXII

Y sin embargo, Job, el grito vuelve,
oculto en la sordina de una lágrima;
silbo de atrocidad hiende tus carnes,
y tu aurora, burlesca, se retracta.

Abandonado de tu azul Amigo,
te tortura Luzbel. La muerte arrasa
ensueños y rebaños; y una a una
retornan enigmáticas tus plagas

para posarse incompasivamente
sobre el rosal estoico de tus llagas.



XXXIII

Te calumniaron las pirámides
con eludirte, flor magnánima,
y aun hoy, los sollozantes ojos,
no sabiéndote ver, te infaman.

Sofismas de pavor te erigen,
ia ti, misericordia santa!
Y en vez de buscarte, te huyen,
novia de caricias balsámicas.

Y te nombran la Acerba, ioh dulce!
y te visten de negro, ioh blanca!

XXXIV

Llegó el profeta de ojos claros
como una estrella luminar de Oriente;
habla de Dios, de arte y de justicia,
y en su actitud, la eternidad esplende.

Y sembrará su grano en sol de América,
propicio el sembrador y la simiente.
Peleará con la noche. Su relámpago
caerá cual cintarazo en el Poniente.

Y nuevo Quetzalcóatl, un día
se alejará en su balsa de serpientes.



XXXV

El horror va por las plazas,
va con los brazos en alto,
ametrallada la carne,
rosas de angustia las manos.

Salió el Horror de la entraña
del hombre, vive en sus ánimos.
Y el hombre lo mima y guarda
para a veces enviarlo

—aullante, trémulo y rojo—
de visita a sus hermanos.

XXXVI

El Diablo se hizo santo, y el recuerdo
de todas sus diabluras le persigue:
asesinó a la fe, mató al ensueño
y la tierra cubrió de cicatrices.

Con traje de primavera comunión
su roja santidad al templo asiste.
Mas, en la hora del doliente cáliz
un eco de blasfemia se percibe,

y el Diablo tiembla, bajo el suelo huye
y con lengua de fuego se maldice.



XXXVII

Moría por su amor, como la tierra
se muere por la lluvia de verano.
Y una noche, la Parca inmarcesible
los separó como a raíz y árbol.

Ella sintió en su azul el cataclismo
de un universo en trágico colapso,
y aunque gimió en dos noches talo un siglo,
hacia el alba tercera de su llanto

en brazos de otro amor bailó vehemente
sobre la tumba aún fresca de su amado.

XXXVIII

Robot humano en la ciudad de lámina
grotescamente sobre asfalto va;
marca un baile de tuercas y tornillos
y es el antípoda de Cristo y Bach.

Reza al talón de oro. Si va a misa,
se santigua con signos de metal.
Le gustan las estrellas, porque sueña
que son los dólares del —más allá—.

Y si alguien clama ante el azul: *Tò be!*,
Robot ulula con pavor: *Tò have!*



XXXIX

¡Qué ciego soy, Dios mío! Tanto, tanto,
que ni siquiera sé quién soy yo mismo,
y vaga mi razón, hambrienta y sola,
implorando un mendrugo a tu Infinito!

Así fue mi clamor. Y eterna y grávida
una voz en la noche oí que dijo:
—Asciende a las colinas de tu alma
y mira, mira bien hacia los siglos,
y verás que a lo largo de los tiempos
conmigo vas, porque yo voy contigo!



La chicuela enamorada

Por Blanche Lamontagne

Versión de José Díaz-Bolio

Desde que Antonio Dámaso me habló
todo el reposo mío se perdió.

Pero, la dicha en mí bate sus alas,
imariposas rosadas!

Fue una tarde de abril en la ribera
donde sueña la rosa bajo el sol;
era mi cielo y el destino era
labrando el oro del más grande amor,
imariposas rosadas!

Desde que Antonio Dámaso me habló,
imariposas rosadas!

La verde hierba, el pájaro que canta,
un perfume sutil y embriagador
y su mirada sin igual que imanta
mi ardiente y traspasado corazón.
imariposas rosadas!

Desde que Antonio Dámaso me habló,
imariposas rosadas!



Vendimia

Cada vez que yo paso por el florido huerto
me inclino hacia las rosas y en sus copas abrego,
cojo la más hermosa, la más roja de todas
y conmigo la llevo.

Dios imprimió en las rosas sus huellas musicales
y bautizó sus pétalos con esencias triunfales
y puso en sus contornos mágicos tonos afines
para que en los jardines
fuesen como breviarios de cosas celestiales.

¿Quién no ha sentido nunca la gloriosa fragancia
de una rosa adorable que nos enciende el alma?
¿Quién no gustó del oro
de su eterno tesoro
que entre besos y risas la desventura escancia?

¡Amemos en el alba las fuentes de la vida!
La vida es una selva de pasiones floridas,
un cantar incesante
de espíritu y de carne
donde el dolor más hondo junto a la dicha anida.

Cada vez que yo vuelvo de la amante vendimia
retorno con quién sabe qué pena peregrina
y en mis manos ansiosas
que cogieron las rosas
hallo las rosas muertas y clavada una espina.



El mar

Lavandería de sueños
lava recuerdos el mar,
a veces es una pena
y otras veces un cantar,
cosas que lava y que lava
y que invitan a soñar,
suspiros en leves giros
de las olas al pasar,
pedazos de sueños rotos
imposibles de juntar,
ilusiones, esperanzas,
naufragios del corazón,
barcos con las velas rotas,
férreas anclas de dolor
lava que lava en la arena,
lava recuerdos el mar,
a veces es una pena
y otras veces un cantar.

Ruba'iyat

DE OMAR KHAYYAM

*Khayyam, Omar, *Ruba'iyat* (Nueva versión en español, basada en la inglesa de Edward Fitzgerald), José Díaz-Bolio "Itzamalil" (trad.), Morelos, México, Anajté, 1950.

Dintel

Después de todo lo que se ha escrito referente a Omar Khayyam, consideramos que sería una simple repetición el extendernos acerca de su vida y su obra. Para enterarse de éstas, hay inclusive un estudio biográfico publicado en lengua española recientemente. Por otra parte, en las notas que hemos hecho para esta edición, el carácter de las cuartetas está expuesto con alguna amplitud.

Ahora bien, para quienes resulte nuevo el célebre poeta persa, diremos que nació en el siglo XII de nuestra era, que fue considerado el hombre más sabio de su época y fue un notable astrónomo que corrigió el calendario de su país.

Como poeta, figura entre los primeros de todos los tiempos: por la belleza de sus imágenes, por su fuerza de pensamiento, por la multiplicidad de su numen y por su concisión.

Se le ha llamado el cantor del vino, y como entre nosotros, las gentes de las Américas, vino y licor suelen tener un mismo sentido, no faltan quienes dediquen al poeta una sonrisa incomprensiva. Nosotros pensamos que si Omar fue un amante del vino, éste simbolizaba, para él, una fuerza dionisiaca capaz de transportarnos a regiones elevadas. Esta creencia acerca del poder mágico del vino se encuentra en muchas religiones. Lo que importa es no confundir a Omar con un dipsómano.

Khayyam es un poeta de la angustia, un escéptico, y siendo muy humano, es contradictorio. Pero, no es un ateo. Hay algunas cuartetas suyas que demuestran gran profundidad de pensamiento religioso. Fue, eso sí, un franco-tirador que disparaba con mucha puntería contra los convencionalismos de la secta Sufi del rito musulmán.

Quien penetra en la belleza de su selva poemática, corre el riesgo de no olvidarla nunca. Y corre el riesgo, también, de contraer el mal del escepticismo. Por esta razón insistimos en que Omar no fue un ateo. Él creía en un Ser “cuya escondida presencia fluye como líquido azogue por las venas de la Creación, eludiendo tus dolores y los míos y tomando todas las formas, desde el pez hasta la luna, las cuales cambian y perecen todas, en tanto perdura Él”.

Es necesario advertir al lector acerca de que nuestra versión —hecha por amor a la belleza de las cuartetas y no con fines prácticos—, está basada en la inglesa de Edward Fitzgerald, ya que desconocemos la lengua del poeta. Como es sabido, Fitzgerald fue no sólo un traductor, sino un nuevo creador o recreador de los Ruba’iyat. Hemos comparado algunas de sus cuartetas con versiones literales del Persa, y no cabe duda de que el espíritu de la obra está fielmente reproducido y de que, en muchas instancias, la calidad poética resulta superada. Con todo, no vamos a eximir a Fitzgerald de aquel proverbio que califica agriamente a cualquier traductor. Sólo insistimos en que la versión suya nos da un poema en verdad hermoso.

Al traducirlo, quisimos traicionarlo lo menos posible y para ello procuramos emplear sus palabras casi literalmente. Pero, al traducir del verso, padecemos el afán de dar una estructura musical a nuestra prosa, ya que prosa y verso tienen distinta

musicalidad. Con todo, nuestro empeño se realizó a medias. Añadimos que en nuestra versión hemos respetado cuidadosamente la belleza de las imágenes y hemos procurado impartir a la prosa una fluidez mayor que la del verso de Fitzgerald, ya que no estuvimos sometidos a la mecánica del metro y de la rima.

Acerca de las notas que acompañan estos Ruba'iyat —notas que no son sino simples apuntes— hacemos ver que no representan nuestro punto de vista u opinión personal. Son ampliificaciones del texto o bien datos aclaratorios o citas comparativas. Corresponden al pensamiento de Omar Khayyam.

I

¡Despierta! Porque el sol, que delante de sí puso en fuga a las estrellas del campo de la noche, del cielo expulsa a la noche también, y hiere la torrecilla del sultán con su dardo de luz.



La lucha entre la luz y las tinieblas encuentra una exposición dualista en la religión de Zoroastro. Aquí, el sol representaría la idea de Bien, y la noche, expulsada de los cielos, la de Mal.

Por otra parte, el sol es fuente de vida y alegría; la noche, representación de muerte y de dolor. Así, el poeta lanza el imperativo de su verbo, anunciando que la sombra ha sido derrotada por la luz y la hora de despertar al goce de la vida es llegada.

II

Antes de que el espectro de la falsa alborada se desvaneciese, una voz parecióme que gritaba en la taberna: —Cuando el templo del placer está dispuesto, ¿por qué cabecea afuera el soñoliento adorador?



Existe en el Oriente el fenómeno astronómico llamado “Falso Amanecer”, En efecto, una hora antes del Subhi Sádik, esto es, el verdadero amanecer, el horizonte se ilumina con una luz fugaz, llamada Subhi Kázab; es decir, falso amanecer.

III

Y en tanto cantaba el gallo, aquellos que ante la taberna permanecían, gritaban: —¡Abrid entonces la

puerta! ¡Sabéis cuán poco tenemos para estar! Y, en partiendo, ¡quizá no volvamos más!

~

Urgencia de vivir. El término de nuestra visita en el mundo es breve, y quizá no volvamos más. “Quizá”, porque el autor quiere dejar abierta una puerta a la esperanza. De la muerte de la esperanza no se retorna jamás.

IV

Pero, he aquí que el Año Nuevo remoja ilusiones ya marchitas y el alma se recoge en la soledad; allí donde La Blanca Mano de Moisés en el ramaje florece, y, desde la tierra, suspira Jesús.

~

El Año Nuevo a que se refiere comienza con el equinoccio primaveral (21 de marzo). En Persia, la primavera surge con rapidez notable, tanto, que los árboles empiezan a florecer antes de que la nieve se haya desvanecido del todo. Respecto de “La Blanca Mano de Moisés”, léese en el Éxodo, cap. IV, vers. 6: “El Señor le dijo todavía (a Moisés): Mete la mano en tu seno: Y habiéndola metido en su seno, he aquí, sacóla llena de una lepra *blanca* como la nieve”. En la edición Barse & Hopkins hállase lo siguiente: “donde Moisés retira su mano, no leprosa como la nieve” de acuerdo con los persas, sino blanca quizá como nuestra flor de mayo... “De acuerdo con ellos (los persas), el poder curativo de Jesús residía en su aliento”. Así, “La Blanca Mano de Moisés” debe de ser la alusión metafórica de alguna flor, en tanto que, tratándose del Año Nuevo, el aliento de Jesús, es decir, su doctrina redentora, se hace presente en ese día y parece brotar del propio suelo.



V

He aquí que el Irán ya se ha ido con sus rosas; y también fuese, a donde nadie sabe, la copa de Jamshyd, ceñida por siete anillos. Pero, aún queda un rubí que se inflama en la viña y, junto al agua, más de un jardín florece.



El Irán, fundado por el rey Shaddád y hoy día perdido en algún sitio de los desiertos de Arabia. —La copa de los siete anillos, de Jamshyd, era, según parece, representativa de los siete cielos, de los siete planetas y de los siete mares, y contenía, además, el elíxir de la vida. —Jamshyd, “el rey ‘esplendoroso’, soberano persa de una dinastía mítica, llamado así por su riqueza y poderío. Según el Sha-Nameh (*Libro de los Reyes*), de Fidausi, Jamshyd hizo construir Persépolis, cuyas ruinas conservan hoy día el nombre de Trono de Jamshyd”. Nota de Carlos M. Sáenz Peña.

VI

Y sellados están los labios de David; pero, en divino y agudo caramilleo péhleví, con —¡Vino! ¡Vino! ¡Vino rojo!—, el ruiseñor implora a la rosa marchita que enciende ese su pálido semblante.



David, rey de Israel, notable guerrero y hombre piadoso, fue también un inspirado artista que cantaba sus versos acompañándose de su cítara. En el segundo libro de Samuel, Cap. XXII, tenemos uno de los más bellos ejemplos de su elocuencia.

Contra la muerte —dolor de negación— un ave sonora invítanos al triunfo dionisiaco de la vida. Esto nos recuerda los versos del gran

poeta colombiano, Porfirio Barba-Jacob, quien así cantó en su “Balada de la Loca Alegría”:

“Alzad el canto,
reíd, danzad en báquica alegría,
y haced brotar la sangre que embriaga el corazón.
La Muerte viene, todo será polvo:
polvo en la urna, y rota ya la urna,
polvo en la ceguedad del aquilón!

VII

¡Ven, llena la copa! Y tira en el fuego de la primavera tu traje invernal de arrepentimiento: breve es el vuelo para el pájaro de las horas, ... ¡y el pájaro está en el ala!

~

Son muchos los poetas que han expresado la idea de Tiempo asociándola a la acción de volar. Otros han dicho de él que es un río eterno, y la humanidad, simples hojas que arrastra. Si Omar Khayyam no dijo nada nuevo, al menos sí lo dijo en forma original y bella: “el pájaro está en el ala”.

Reza un proverbio chino: “Goza de tus días. El fin está más cerca de lo que te imaginas”. Y reza otro, latino: “Vive tu propia vida, porque morirás tu propia muerte”.

VIII

Ya se desborde amarga o dulcemente la copa, ya fluya en Babilonia o Naishapur, el vino de la vida sigue escurriendo gota por gota, una a una siguen cayendo las hojas de la vida.

~



El Tiempo es dador estricto y no distingue entre felices o desdichados. Segundo a segundo se cumple el término para el infeliz, cuyas horas son eternas, como para el afortunado, cuyos días parecen en exceso breves. —Homero, en la Rapsodia VI de la *Ilíada*, se refiere a la fugacidad de la existencia en una alegoría que concuerda con el final de esta cuarteta: “Los hombres somos cual hojas. El viento las esparce por la tierra y la floresta hace germinar otras, y las primaveras se suceden. Así nace y se extingue toda generación de hombres”. (Versión Leconté de Lisle-Gómez de la Mata.)

IX

Que cada amanecer trae mil rosas, dices. Sí, pero, ¿dónde deja la rosa de ayer? Y este mes primogénito de estío que nos trae miríadas de flores, también ha de llevarse a Jamshyd y a Kaikobad.

~

A la alegría de la vida nueva, el poeta contrapone la amargura de la vida que anochese. ¿Qué más da que florezcan los jardines, si hoy mismo se marchitan el amigo y el amor? —Kaikobad, legendario rey persa, era celebrado por sus hazañas guerreras.

X

Pues bien: ideja que se los lleve! ¿Qué gloria son para ti Kaikobad el Grande, o Kaikoshrú? Deja que los poderosos deslumbren a los débiles o que inviten a su mesa los espléndidos, y tú, solázate en el florido jardín.

~

Por esplendorosa que sea la vida de los grandes, ¿que puede añadir a tu felicidad si en nada participas de ella? Lo tuyo, por humilde que

sea, es tuyo, y cultivándolo alcanzarás la alegría que te será negada si te dedicas a simple espectador. Y ten en cuenta que la lozana sencillez de un jardín supera, a veces, la vida más ostentosa.

Kaikoshnú: rey persa legendario.

XI

¡Vente conmigo! Ven a lo largo de la florida faja de hierba que divide apenas el desierto y lo sembrado; allí donde los nombres del esclavo y del sultán se olvidan y ¡paz a Mahmud en su trono de oro!

~

“...que divide apenas lo desierto y lo sembrado”. Con esta expresión, Omar da a entender que el goce se encuentra a pequeñísima distancia de la pena. En su filosofía sensualista, “lo desierto” ¿es la razón? Y “lo sembrado”, ¿el placer? —Máhmud: “Sultán de Ghazin (¿971-1029?), conquistador mahometano. Su antiguo reino corresponde hoy día al Afganistán”. Ed. Pocket Books. Este Mahmud el Gaznévida saqueó y quemó los templos de la India e hizo asesinar a sus habitantes.

XII

Un libro de versos bajo la rama, un cántaro de vino, un trozo de pan y tú junto a mí cantando en el desierto—, ¡oh el desierto sería un paraíso así!

~

Completa el sentido del canto X. En verdad, no se requiere mucho para ser felices: un libro de versos, un cántaro de vino, un trozo de pan y ... tiempo para degustar estas cosas. El paraíso está en la sencillez y en el desinterés que permite trocar el concepto utilitario de “el tiempo es oro” por el de “el tiempo es vida”.



XIII

Suspiran algunos por las glorias de este mundo, y otros, porque llegue el paraíso del Profeta. ¡Ah!, pero tú, toma el efectivo y deja el crédito ir, y no atiendas al murmullo de un lejano tambor.



Tenemos tan pocas pruebas del “más allá”, que resulta como un murmullo vago del cual no es posible depender. Por lo tanto, hay que tomar el efectivo —es decir, el presente— y dejar el crédito —o futuro problemático— ir. Así se expresa Horacio en su Oda III. Y Nietzsche, por boca de Zarathustra, habla diciendo: “¡Yo os conjuro, hermanos míos, permaneced fieles a la tierra y no creáis a los que os hablan de esperanzas supraterrrestres!” En cambio, dice el Corán: “Aquel que hubiera evitado el fuego y hubiera entrado en el Paraíso, gozará de la eterna felicidad. *La vida humana no es más que un regocijo falaz*”. (Cap. III, vers. 182.)

XIV

Toma enseñanza de la adorable rosa junto a nosotros: —He aquí que riendo, dice, en la tierra florezco, rasgo al instante la borla de mi capullo y en el jardín difundo su tesoro.



Para tomar gozo de la existencia, nunca es demasiado pronto. Además, la vida nos da según nosotros le demos a ella. Por lo que debemos prodigar la belleza que cada cual lleva en su ser, igual que las rosas difunden su tesoro en el jardín.



XV

Los que ahorraron el grano de oro y aquellos que como lluvia al viento lo lanzaron, ¿acaso convirtiéronse en alguna tierra dorada y en la cual, una vez sepultados, de nuevo quisieron los hombres cavar?

~

Poco valemos, y después de muertos, nada. Derrochador o avaro, rico o pobre, el hombre se reintegrará al polvo. Así, ¿por qué no gozar esta dádiva de la existencia? ¿Por qué ahorrarla mezquinamente?

XVI

La mundanal esperanza en que los hombres empeñan su corazón, en cenizas se convierte o se logra; y luego, como nieve sobre la arenosa faz del desierto, relumbrando una breve hora o dos, se va.

~

Desesperanza de lo no logrado, y para lo que se logra, desesperanza también. He aquí la angustia del corazón. Como cantó Shakespeare:

Ruin hath taught me thus to ruminare
that Time will come and take my love away.
This thought is as a death, which cannot choose
but weep to have that which it fears to lose.

(Soneto LXIV.)

Lo que, traducido, quiere decir:

Así, lo marcesible enseñóme a meditar en que el Tiempo ha de llegar y llevarse a mi amor.

Este pensamiento es como una muerte, que no puede elegir sino llorar por tener aquello que teme perder.



XVII

Piensa cómo en este abatido mesón cuyos portales alternados son las noches y los días, sultán tras sultán residió fastuosamente en la hora de su destino, para luego su marcha proseguir.

~

El “abatido mesón” es el mundo, y, a la manera de los largos portales de Oriente, los días y las noches se dan en un claroscuro de arcos de luz y de sombras de muro. En este mesón no hay posible ensueño de eternidad. Cuando mucho, se puede residir esplendorosamente *en la hora del destino*, pero nada más.

XVIII

Dicen que el lagarto y el león habitan los patios donde Jamshyd se llenó de gloria y abundantemente libó; y dicen; también, que el asno salvaje piafa burlescamente sobre la cabeza del Gran Cazador, sin que pueda su sueño interrumpir.

~

Los patios de Jamshyd, o sea, los de su trono, correspondían al palacio principal de Persépolis. —El Gran Cazador (Bahram) fue un rey persa de la dinastía Sassánica, el cual encontró la muerte en un pantano, mientras perseguía su caza favorita, el asno salvaje (Pocket Books).

Abúl Ala Al-Muarri, poeta árabe de los siglos v o vi de nuestra era, escribió en su poema intitulado “Todo es de Dios”: “Aunque estés sobre la cumbre más alta de una fortaleza inexpugnable, llegarás a tu fin”.

Y, en la “Historia de Dulce Amiga”, de “Las Mil Noches y Una Noche”, está escrito lo que sigue: “¡Podrá olvidarte hoy la muerte, pero

no te olvidará mañana! ... Para los ojos del muy Altísimo no hay llanos ni cumbres: itodas las alturas están niveladas: no hay hombre pequeño ni hombre gigante!”

XIX

Pienso, a veces, que nunca florece tan roja la rosa como en el sitio donde algún César ha tiempo sepultado sangró; y pienso que cada purpúreo jacinto que el vergel pregona, de alguna sien en un tiempo adorable a su regazo cayó.

~

En la Naturaleza, Omar Khayyam ve al trasluz; reminiscencias humanas. Una flor, un árbol, una yerbecilla —todo le habla de otros seres que fueron y que han dejado, para siempre, de ser. Especie de transmigración que el poeta sugiere y que nos haría pensar en un culto a la naturaleza.

XX

Y esta vivificante hierba cuyo tierno esmeralda pone flecos a la margen del río sobre la cual nos reclinamos, ¡ah, reclínate suavemente en ella!, pues quién sabe de qué labio en un tiempo adorable — secretamente brota.

~

Gran imaginativo, el autor quizá se entretendría figurándose ver, en los bosques, bosques de almas transmigradas; es decir, convertidas en hierba, árboles, flores. En Khayyam, la naturaleza se humaniza, desde el más alto punto de vista ruskineano, que es el de ser sensible. Nada más cercano a la bestia, sugiere el filósofo inglés, que un hombre insensible; y nada más distante de ella que el individuo de



refinada sensibilidad. Así, Omar nos aconseja, con sensitiva piedad, reclinarnos suavemente sobre la hierba.

XXI

¡Oh amada! Llena la copa que despeja de arrepentimientos pasados y de temores futuros ESTE DÍA: ¡*Mañana!*
¡Pero si mañana quizá yo esté con los siete mil años de ayer!

~

Algunos exégetas calculan en siete mil años, más o menos, la edad del mundo, según el Génesis. Pero lo más probable es que Ornar se refiriera a los mil años asignados a cada planeta.

Edmond Spenser, uno de los mejores poetas de la época elizabethana, es decir, contemporáneo de Shakespeare, escribe:

*Gather therefore the rose, whilst yet is prime,
For soon comes age that will her pride deflower:
Gather the rose of love, whilst yet is time,
Whilst loving thou mayest loved be with equal crime.*

XXII

Porque algunos a quienes amábamos, los más adorables, los mejores que el rodante Tiempo de su vendimia extrajo, ya apuraron su copa uno o dos turnos antes, y uno a uno han pasado en silencio y para siempre a descansar.

~

Si hasta los mejor dotados han pasado “en silencio”, es decir, en el fracaso que para las glorias mundanales significa la muerte, ¿qué podemos esperar nosotros, simples criaturas insignificantes? —Esta

sensación de nuestra trashumancia se nos vuelve más punzante aún cuando visitamos las ruinas de nuestra tierra, Yucatán, y consideramos cómo, de tantos sabios y artistas que levantaron aquellas grandezas, difícilmente podría identificarse hoy día siquiera un nombre.

Ibn Abizamanin, otro poeta árabe del siglo X, dice en su poema llamado “La Muerte”: “...¿Dónde están todos aquellos que nos ofrecieron tranquilidad? Dióles a beber el Tiempo un vaso con aguas inmundas y han venido a ser rehenes de la tierra húmeda”.

XXIII

Y nosotros, que en medio del recién ataviado estío nos regocijamos en la estancia que dejaron ellos, nosotros mismos habremos de descender bajo el lecho de la tierra, también nosotros a formar un lecho—, ¿para quién?

~

La idea de la muerte va como una tortura desde el principio hasta el final de estos poemas. Omar sufre la desesperanza del filósofo que en resumidas cuentas nada ha alcanzado, y lo que es peor: sabe que nada alcanzará. Y esta desesperanza, que a veces se convierte casi en grito, proviene de la negación, del fracaso espiritual que cree ver en la muerte del hombre. La vida es todo, y fuera de ella, de nada es posible depender. En el fondo de todo escepticismo hay un grito de angustia.

XXIV

Antes de que también al polvo descendamos, ¡haced lo más con lo que aún hemos de gastar! Polvo en el polvo y bajo polvo a yacer, ... ¡sin cántico, sin vino y — sin final!



Hay que sacar largas de cortas, como hace una buen ama de llaves cuando el tesoro adelgaza. Porque el hombre, a quien le fue dado algo así como un parpadeo de existencia, debe obtener todo el usufructo posible, y a tiempo. Por otra parte, ¿quién no se ha sobrecogido alguna vez con ese inconcebible “sin final”, que contrasta con lo efímero de nuestro ser? Poco en la vida y para siempre en la nada.

Calderón dice, en “El Gran Teatro del Mundo”, hablándole al Creador:

Alma, sentido, potencia,
vida, ni razón tenemos;
todos informes nos vernos;
polvo somos de tus pies.
Sopla aqúeste polvo, pues,
para que representemos”.

XXV

Tanto a los que para ESTE DÍA se aprestan como a los que se esperan en algún mañana, desde la torre de la oscuridad un pregonero les grita: —¡Necios! ¡Vuestra recompensa no está ni aquí, ni allá!

“...desde la torre de la oscuridad”, es decir, desde el fracaso del saber humano. Entre todos los Ruba'iyat, he aquí quizás el más escéptico. Estamos destinados a una dolorosa y fatal negación. Para Omar, Dios es todo y el hombre, sombra ilusoria. —Hemos cambiado la palabra “Muezzín” o almuédano —que figura en la traducción de Fitzgerald— por la de pregonero. El “muezzín” era —o es— “un mahometano que anuncia, desde lo alto de una torre, la hora de la oración”.

XXVI

Pero si hasta los sabios y los santos que tan cuerdamente discutieron de los Dos Mundos han sido empujados adelante como necios profetas: sus palabras han sido aventadas al escarnio y sus bocas tapadas con polvo.

~

“...los dos mundos”; es decir, la tierra y el más allá. Acerca de los profetas, ¿puede haber escarnio mayor que taparles la boca con polvo, tal como si sus voces no fuesen sino impertinencias? Pero, dice el Corán (Cap. VI, vers. 34): “Los profetas que te han procedido fueron acusados de impostura y sufrieron pacientemente la injusticia de los hombres...”

XXVII

Yo mismo, cuando joven, ansiosamente frecuentaba al santo y al doctor, y gran argumento oía acerca de esto y de aquello; mas, eternamente salí por la misma puerta que me vio entrar.

~

Ni el trato familiar con los santos y los sabios dieron paz a la sed de Umar-i-Khayyam, pues como no encontrase quien pudiera explicarle el secreto de la Altura, volvióse como llegó. Y claro que con tristeza, porque quien no ha tenido trato con la sabiduría y la santidad, les guarda fe y deposita en ellas su esperanza; en tanto que habiéndolas recorrido sin encontrar en ellas la luz anhelada, quédase el buscador de la Verdad con un fruto “más amargo aún”.

Nietzsche ha escrito: “Yo he salido de casa de los sabios dando un portazo”.



XXVIII

La simiente de la sabiduría sembré con ellos y con mano propia cuidé en hacerla crecer; y la cosecha toda que recogí fue ésta: “Como agua vine y como viento voy”.

~

Como, queda anotado en otra página de este libro, Khayyam fue, en Persia, uno de los hombres más sabios de su época. Y su confesión es a la manera socrática, sólo que vestida con el manto de la poesía. El fundador de la dialéctica afirmaba: “Sólo sé que no sé nada”. Éste canta: “La cosecha toda que recogí fue ésta: Como agua vine y como viento voy”; lo cual quiere decir más o menos lo mismo.

XXIX

Dentro de este universo voy sin saber por qué ni de dónde, como agua que fluye quiera o no; y fuera de él y sin saber a dónde, quiera o no quiera, como viento que sopla por el yermo, voy.

~

El hombre, pues, resulta un cabal ejemplo del devenir: algo que se transforma continuamente, que pasa de una forma a otra, sin dejar de alterarse nunca. Algo que va en las móviles corrientes de la eternidad, sin llegar a ser nada definitivo y encerrado en los desfiladeros del fatalismo, “quiera o no”. ¡Cómo palpita, en esta cuarteta, un grito de pavor humano! Nos recuerda la expresión de Montaigne: “El hombre es un tema maravillosamente vano, vario y ondulante”.

XXX

¡Cómo! ¡Sin quererlo me apresuré hacia aquí? Y, ¡a dónde, sin quererlo, me doy prisa desde aquí? ¡Oh, en



más de una copa de este prohibido jugo de las consolaciones, el recuerdo de tal insolencia he de ahogar!

~

Pocas ofensas para el libre albedrío como esto de ser lanzados de aquí para allá, sin consulta de nuestro parecer. El poeta y sabio, abarcando en toda su fatalidad este pensamiento, exclama, entre indignado y sorprendido: “¡Cómo!” Y luego, no pudiendo soportar semejante afrenta, se promete buscar olvido en el jugo de la uva.

De modo semejante, Anacreonte en su Oda XLI: “Por él (el vino) se adormece el dolor y se mitiga la tristeza. No bien niños hermosos me traen una copa llena, disípanse mis sinsabores. ¿A qué viene quejarse y gemir? ¿Quién conoce el porvenir? ¿Qué se sabe de la vida?”

XXXI

Del centro de la tierra y por la Séptima Reja surgí; en el trono de Saturno me senté y he desatado más de un nudo en el camino; pero el nudo maestro del destino humano, ése no.

~

El Séptimo Cielo, en la doctrina mahometana, es el más alto y el que da albergue a los bienaventurados y a Dios. — “Saturno, dios de la tierra, pasaba por ser el fundador de la civilización y del orden social” (L. Ursúa). El poeta se refiere, al decir que se sentó en el trono de Saturno, a que penetró los misterios del saber. — En la Ed. Pocket Books, leemos: “Saturno: Señor del Séptimo Cielo. En la sabiduría medieval, los siete cielos representaban las siete artes liberales”. Por lo tanto, Omar ha empleado todas las artes en su esfuerzo de resolver el enigma del universo.



XXXII

Allá estaba la puerta para la cual no encontré ninguna llave; allí el velo a través del cual no podía mirar: y he aquí que de TI y de MÍ por un momento se habló; y luego no hubo más de MÍ ni de TI.

~

Limitación de la inteligencia humana y brevedad de nuestra vida, que no nos da tiempo para penetrar el misterio.

XXXIII

Ni la tierra, ni los mares que plañen en líquida púrpura, ni el rodante cielo, con sus señales reveladoras ocultas en la oriental amplia manga de las noches y los días, decir pudieron de su olvidado Señor.

~

Sólo un poeta astrónomo pudo escribir lo anterior, tan lleno de un misticismo en apariencia tranquilo, pero ciertamente desesperado. Porque se comprende que él había penetrado en el cómputo y misterio de los astros, buscando a su Señor; y al fin se vuelve decepcionado, afirmando que cielo, tierra y mar saben tanto como nosotros: nada. Tristeza del sabio que regresa de su sabiduría tan vacío de manos como cuando partió.

XXXIV

Entonces, buscando alguna luz en las tinieblas, YO alcé mis brazos hacia el TÚ, que oculto en mí labora; y he aquí que una voz respondió como a distancia: —¡Pobre ciego! ¡Si yo voy dentro de ti!

~

Tú y yo: expresión dualista. El alma y el cuerpo. Según Khayyam, inutilidad del alma en la prisión del cuerpo. ¿Cómo vienes a pedirme luz si estoy presa en tu sombra?

XXXV

Y más tarde, para aprender el secreto de mi existencia, sobre el labio de una pobre vasija de barro me incliné, y labio a labio murmurar le oí: —¡Mientras vivas, bebe! Pues una vez muerto, ya nunca volverás.

~

Igual que la hierba, la arcilla es cosa que en un tiempo tuvo cuerpo humano. Ella, inmóvil ya, sabe que no ha de disfrutar más el gozo de la vida, y por lo tanto aconseja intensidad en lo breve de la existencia.

XXXVI

Pienso que la vasija, que con fugitivo aliento respondió, fue alguna vez un ser que vivió y bebió; y, ¡ah!, el inerte labio besé: ¡cuántos besos podría recibir — y dar!

~

Al fin, siquiera la vasija contestó, y aunque la respuesta no fue muy alentadora, dio al menos un consejo digno de tomarse en cuenta: ¡Bebe! Y el bardo la besa en agradecimiento.

XXXVII

Porque recuerdo haberme detenido en la senda para contemplar al modelador de cántaros modelando el húmedo barro; y con su extinta lengua al barro murmurar le oí: —¡Con cuidado, hermano!, ¡con cuidado, te lo ruego!

~



Somos simple arcilla, y para demostrarlo, aquí está el barro pidiendo clemencia al modelador, como el hombre la pide a Dios. En cada partícula de aquél hay una fibra sensible, y al tomarlo entre los dedos, no hay que apretar demasiado...

XXXVIII

¿Ino ha rodado con las generaciones del Hombre la historia de un tal puñado de tierra en molde humano vertida por el Hacedor?

~

Parece que el poeta quiere decir: “No creáis que exagero en cuanto a que estamos hechos de triste barro, pues apóyome en lo que dice la Biblia”.

XXXIX

No, ninguna gota que de nuestras copas arrojamos al suelo para que la tierra libe, habrá que furtivamente no descienda a mitigar el fuego de angustia en algún ojo allá escondido, muy abajo y mucho tiempo ha.

~

“La costumbre de arrojar al suelo un poco de vino antes de beber, aún continúa en Persia”. (Barse & Hopkins). Esta costumbre ha sido interpretada de diversos modos, pero pensamos que se trata de una acción de gracias a la tierra. “Para que ella libe”, es decir, para que se solace antes que nosotros. Refinamiento, cortesía. Hay que dar el primer lugar a quien nos da todo. También se ha querido ver en esta costumbre un deseo, expresado simbólicamente, de fertilizar la tierra, pues, no sea que quitándole de continuo sin darle, fuese a quedar yerma. Además, para el autor de esta cuarteta, los seres muertos vi-

ven también, simbólicamente. Por esto nos dice que toda gota que arrojamos al suelo para que la tierra beba, calmará la angustia de algún ojo; pues él, potente imaginativo, presiente la insospechable cantidad de seres que han habitado el mundo y piensa que en todas partes los hay —“muy abajo y mucho tiempo ha”.

XL

Semejante al tulipán que mira hacia lo alto en espera de su temprano sorbo de vendimia celestial, aguardas devotamente tú, hasta que el cielo, como se vuelca una copa vacía, te vuelque a ti sobre la tierra.

~

Dos modos hay de interpretar esta cuarteta: la única dicha posible la alcanzarás mientras vives, pues una vez muerto serás como una copa vacía; o bien: aguardas inútilmente, pues al fin serás volcado sin recibir ninguna recompensa.

XLI

Perplejo ya no más con lo humano o lo divino, abandona a los vientos el enigma del mañana, y deja, entre los bucles de la escanciadora juncal, tus dedos correr.

~

El esfuerzo del pensar filosófico es como navaja cortando en nuestra carne (Amado Nervo pedía a Dios que lo librase “del dolor de pensar”). Por eso, y al modo hedonista, aquí se nos aconseja rehuir lo doloroso e ir en busca de lo deleitable. Además, hay el escepticismo de que nada se alcanzará. El Evangelio (San Lucas, XII, 25) dice: “¿Quién de vosotros, por más que discurra, puede añadir un codo a su estatura?”.



XLII

Y si el vino que apuras y el labio que besas acaban en el mismo Principio y Fin —en el gran seno universal—, entonces, ¿por qué te inquietas? ¡Oh iluso: mañana, cual hoy, no serás menos de lo que fuiste ayer!

~

Como se ve, la muerte no es nada grave. ¿Cómo asustarse por continuar siendo, o en todo caso, por volver a ser lo que fuimos a través de los tiempos? He aquí una delicada ironía, un consuelo desconsolador.

XLIII

Compréndelo así, para que no te estremezcas cuando el ángel del más Oscuro Licor al fin te encuentre en las márgenes del Río, y ofreciendo de su copa, a tu alma invite a libar.

~

“En las religiones mahometana y judía, se cree que Azrael, ángel de la muerte, vigila a los moribundos a fin de separar las almas v los cuerpos”. A. Ursúa.

XLIV

Mas, si el alma puede sacudirse el polvo de la tierra y viajar libre en los ámbitos del cielo, ¿no sería vergonzoso que prefiriese residir en este mútilo armazón de barro?

~

De un terco escepticismo pasa de súbito a un concepto metafísico superior a la existencia terrenal. Esto suaviza su afirmación de que no

hay recompensa “ni aquí, ni allá”. Aunque, no es impresumible que esto no sea sino un modo de jugar con la esperanza. — En “Las Mil Noches y Una Noche” (Historia de Dulce-Amiga) leemos: “Liberta tu alma, desátala de la tiranía de las cadenas y vuela en seguida”.

XLV

No es sino una tienda donde el sultán destinado al reino de la muerte descansa tan sólo un día; el sultán se incorpora y he aquí que el oscuro Ferrash hiere y la prepara para otro huésped.

~

“Ferrash: criado que levanta y dispone las tiendas todas las noches para el viajero y que en la mañana las desarma y las dobla”. (L. Hearn) Es decir, la hiere, la tumba, en sentido metafórico. Simbólicamente, el “oscuro Ferrash” es el destino.

XLVI

Y no temas que cerrando tu cuenta y la mía, deje la existencia de hacer tal cual hoy; pues de tal cántaro el eterno Prestidigitador ha desbordado millones de burbujas como nosotros y aun las desbordará.

~

La existencia es un recipiente y en él, Dios, el eterno Mágico o escanciador, vierte la vida. Nosotros no somos sino “cándidas burbujas” que resplandecen un instante, y vosotros no debéis quejaros, porque el destino de todos ha sido, es y será igual.

Abul Ala Al-Muarri, citado en el decimoctavo de estos Ruba'iyat, dice: “¡Cuan admirable y justa es la muerte! Ha sido unánime para con todas las criaturas...”



XLVIII

Una breve parada, un momentáneo gustar el Ser — de la Fuente en mitad del yermo, y ¡he aquí!: la espectral caravana he llegado a la Nada de donde partió! ¡Daos prisa!

•

La “Fuente en mitad del yermo” es como un oasis en medio del desierto, aunque también sugiere la idea de Dios. Un oasis de ventura o de proyección divina, del cual participamos un breve instante, para volver al desierto de los siglos. Urge, pues, vivir a prisa.

Separado por la distancia más que por el tiempo, un poeta mexicano anterior al Descubrimiento de América, lamentaba en idioma náhuatl lo fútil de la existencia, diciendo:

Lloro y me aflijo, cuando recuerdo
que dejaremos las bellas flores, los bellos cantos:
¡Gocemos, cantemos! Todos nos vamos
y nos perdemos...

...

Un breve instante aquí al lado de los demás:
no volverán a existir, no he de gozar de ellos,
no he de verlos más!

(A. M. Garibay, “Poesía Indígena de la Altiplanicie”,
México, 1940.)

Igualmente se filosofa en otro poema: “¿Acaso para siempre en la tierra? ¿Acaso para siempre en la tierra? ¡Sólo un momento aquí! Hasta las piedras preciosas se resquebrajan, hasta el oro se destroza, hasta las piedras preciosas se desgarran. ¿Acaso para siempre en la tierra? ¡Sólo un instante aquí!” (Id.)

Y Calderón de la Barca, dentro del pensamiento escolástico, hace decir al *Cuerpo* en “El Pleito Matrimonial”:

Sin oír, hablar ni ver,
en noche continua estoy;
¿si nada antes de ser soy,
qué seré después de ser?
Mas no lo quiero saber,
confusa Naturaleza,
ni ser quiero, que es tristeza,
a mi ser anticipada,
ver que acabe siendo nada
ser que siendo nada empieza.

Shakespeare, en “La Tempestad”, escribe: “Estamos hechos de la misma substancia que los sueños; y nuestra pequeña vida con un sueño se completa”.

XLIX

Si en busca del secreto quieres dilapidar esa lentejuela de la existencia, ¡pronto, amigo! Quizá un cabello separa lo falso de lo verdadero, y la vida, decidme, ¿de qué dependerá?

~

Después de todo, la solución del misterio puede estar a la vuelta de nuestra casa; y ya que la existencia es una simple lentejuela fúlgida, pero transitoria, al fin y al cabo no perderás mucho con dilapidarla. Sin embargo, el propio autor se contradice en la cuarteta XLI.

L

Sí, quizá un cabello separa lo falso de lo verdadero; y si hallarlo pudieras, un leve indicio bastaría para



guiarte hacia la casa del Tesoro, y acaso hacia el Maestro también;

~

Semejante al que vaga por la oscuridad de una gruta y de pronto, guiado por un débil rayo de luz encuentra el camino al sol, así tú podrías llegar a Dios, ... siempre que hallar pudieras tal rayo de luz.

LI

hacia el Maestro, cuya escondida presencia fluye como líquido azogue por las venas de la Creación, eludiendo tus dolores y los míos y tomando todas las formas, desde el pez hasta la luna; las cuales cambian y perecen todas, en tanto perdura él.

~

Difícilmente encontraremos una síntesis más poética y perfecta del pensamiento religioso oriental. El Maestro es el aliento universal de rapidez inconcebible que está en todas las cosas y no es ninguna de ellas. Es, en el sentido esotérico, y empleando el pensamiento teosófico expuesto por Schuré, “el fuego viril que atraviesa todo, el espíritu que se mueve por sí mismo, el indivisible y el gran No-Manifestado, donde los mundos efímeros manifiestan el pensamiento creador; el Único, el Eterno, el Inmutable, oculto bajo las cosas múltiples que pasan y cambian”.

Privilegio del arte, éste de la concreción, de expresar, en cuatro líneas, lo que los sabios no logran precisar a veces en muchas páginas. Sentido de la intuición bergsoneana, que hace del arte un “estado de gracia”. Brevedad y hallazgo que el poeta mexicano Jaime Torres Bodet sintetiza en este brevísimo poema:

Dame, Señor, la fuerza de un pétalo de rosa
capaz de sostener el perfume de un bosque.

LII

Percibir un solo instante—, y luego, ¡atrás!, clavados entre los pliegos del incomprensible drama que, para ocioso pasatiempo de la Eternidad, Él mismo urde, impone y mira.



Desvalidos personajes en los manuscritos de un drama, sólo percibimos el instante fugaz de nuestra representación. Después, allá quedamos en algún doblez (“saturado de obscuridad”) de tales manuscritos. Es decir, que lo breve de nuestra vida no nos permite alcanzar ni siquiera una noción del instante que vivimos. Carecemos de realidad, y, si se nos anima y mueve, es tan sólo en ocioso pasatiempo.

Refiriéndose a esta inutilidad de la existencia, Shakespeare —príncipe universal de la poesía— pone en labios de Macbeth (Acto V, esc. 5ª.) lo que sigue: “La vida no es sino una sombra que camina, un mal actor que ambula tartamudeando su parte sobre el escenario y que luego no es escuchado más: es una patraña llena de ruido y furia, contada por un idiota y significando nada”.

LIII

Pero, si hoy que tú eres tú vanamente clavas los ojos en el misterio de la Tierra y en la infranqueable puerta de los cielos, ¿cómo lo harás mañana cuando tú dejes de ser tú?



Según esta cuarteta, nuestra única validez está en la materia: el cerebro y el intelecto; los ojos para mirar; los sentidos, en fin. La vida es una oportunidad de la materia organizada para asomarse al misterio, a la belleza, a la Creación. Y si organizados así no podemos penetrar la Verdad, ¿cómo lo haremos mañana, cuando entremos en disociación?



LIV

No malgastes la riqueza de tus horas, ni en inútil búsqueda te afanes y discutas por esto o por aquello, pues más te valiera regocijarte con la jugosa uva, que al fin entristecerte con tal vez un más amargo —o ningún fruto.

~

Reacción contra el sentido de la cuarteta XLIX. Pensándolo bien, más vale no dilapidar, en cosas tan infructuosas como la filosofía, esa lentejuela de la existencia; pues en final de cuentas, aquella sólo ha de traerte desilusión y amargura.

IV

Vosotros sabéis, oh amigos míos, con qué rumboso espectáculo celebré en mi casa unas segundas nupcias; cómo divorcié de mi tálamo a la vieja, estéril razón, y a la hija de la viña por esposa tomé.

~

Es, en Khayyam, la lucha de dos valores que aparentemente se repudian, pero que viven atados y no pueden separarse uno de otro: el arte y la ciencia. Las dos forman parte entrañable de su ser, y a veces no sabe a cuál escuchar. De allí este río perpetuo de contradicciones en que el poeta salta sobre el científico o el científico anonada al poeta. Sin embargo, parece amar más el arte —expresado aquí con la euforia del vino— y nos lo demuestra con una especie de infantil alegría, semejante al niño que cree haber escapado de la institutriz, cuando esto es sólo una ilusión.

LVI

Pues aunque con regla y plomada y de abajo para arriba lógicamente definí lo que es y lo que no es, de todo lo que a un sabio debiera importarle ahondar, yo nunca fui profundo en nada, sino en... vino.

~

Esto es francamente delicioso, si se toma en cuenta que quien lo dijo fue todo un sabio: “yo nunca fui profundo en nada, sino en... vino”. Claro modo de arrojar a un lado, por vana, la toga del saber, entrando al coro dionisiaco de la danzante alegría.

LVII

¡Ah!, pero, ¿dice la gente que mis cálculos celestiales redujeron el año a mejor cuenta? ¡No! Fue sólo dar tumbos entre el calendario por nacer mañana y muerto ayer.

~

Khayyam hace burla de sus conocimientos y de su propio triunfo, sabedor de que toda conquista humana es un accidente en la fatalidad inevitable. El universo no es lo que ha sido ni continuará siendo lo que es. Por lo tanto, ¿de qué ufanarse? Su proeza de reformar el calendario representa sólo un “tumbo” “entre el calendario por nacer mañana y muerto ayer”.

Aquí, como en algunas otras cuartetas, nos hemos permitido añadir el color de algún adjetivo; y si hemos antepuesto la palabra “celestiales” al sustantivo “cálculos”, ello se debe a razones de musicalidad en la prosa, y teniendo presente que el sentido debe tomarse tal como si el calificativo estuviera después del sustantivo.



LVIII

Y hace poco, a través de la oscuridad y por la abierta puerta de la taberna, llegó resplandeciente una forma de ángel que portaba en el hombro una vasija; y de ella el ángel me invitó a probar y resultó... ¡El vino!

~

He aquí algo que adquiere la importancia de una Anunciación casi. He aquí el vino, médico de los tristes, “prodigioso alquimista”, “señor henchido de Alá”, rubí desleído, encarnado color en las mejillas de la amada, triunfo dionisiaco, panacea universal, todo, maravillosa y eufóricamente todo.

LIX

El vino, que con lógica absoluta refutar puede a las Setenta y Dos sapientísimas Sectas; el prodigioso alquimista que de un golpe transmuta en oro el promizo metal de la vida.

•

El aserto de que el vino puede refutar a las Setenta y Dos Sectas de sabios tiene un alcance que rebasa el simple juego literario, pues el jugo de la viña representa el misticismo dionisiaco, la exaltación de la vida en contraste con la árida especulación. Por otra parte, el deseo de convertir en oro los metales inferiores, fue uno de los móviles que impulsaron el desarrollo de la alquimia. Y aquí vemos al vino, triunfador, logrando este anhelo. —Respecto de las Setenta y Dos Sectas, se creía, en tiempos del autor, que el mundo estaba dividido en tantas religiones. —Respecto de la virtud de sabiduría que se atribuye al vino, en los “Himnos Mágicos del Sama-Veda” leemos este canto al Soma, vino o licor sagrado de la India y de Persia: “... Soma,

eres una divinidad muy heroica; nuestros sacerdotes se han sentado para realizar tu adoración. Los hombres te desean en todas partes, a ti, que todo lo sabes...” (Edic. Bausa, Barcelona.)

LX

El poderoso Mahmud, señor henchido de Alá, que con el remolino de su espada en fuga pone a las hordas de tribulaciones y desdichas que infestan el alma.

~

Posiblemente se refiere al primer sultán Mahmud (Aboul-Cacim-Yemin-ed-Daulah), quien gobernó el Turquestán, fue célebre por sus conquistas guerreras y murió en 1030. De cualquier modo, trátase de éste o de otro, lo cierto es que la figura del vino encarnado, henchido de Dios y poniendo en fuga con su espada en remolino a las hordas de desdichas, es de una concepción semejante a la del arcángel Miguel venciendo al demonio, sólo que más pintoresca. En la edición Pocket Books se lee: “Mahmud: Alusión a la conquista que este sultán hizo de la India y de sus habitantes de piel morena”. El símil, por lo tanto, resulta perfecto, ya que a las penas se les califica de negras.

LXI

Pero, si este jugo es de la vendimia de Dios, ¿quién renegará del rizado tubérculo, como si fuese una trampa? Si bendición, debemos gozarlo, ¿no? Y si maldición, ... pues, entonces, ¿quién lo puso allí?

~

Al decir que “este jugo es de la vendimia de Dios”, nos da a entender, conforme a la mitología, su origen divino y simbólico. No olvidemos que el primer milagro de Jesús fue convertir el agua en vino, lo cual tiene un significado más profundo de lo que a simple vista parece.

A Omar se le quedó en el tintero esta cuarteta que ponemos aquí, remediándole:

Cuentan del agua que es un don divino,
dicen del vino que es un desatino;
mas, yo pregunto: ¿he de tomarla agua
si hasta Jesús la convirtió en... vino?

LXII

Llevado por la esperanza de un más divino néctar, o atemorizado por un Juicio Final, ¿he de abjurar el bálsamo de la vida, para llenar la copa... cuando me deshaga en polvo?

¿Tomar gozo de la existencia cuando ya no sea posible? ¿Cuándo háyame deshecho en polvo? La ironía de esta cuarteta va dirigida contra el espíritu del Corán (Cap. VII, vers., 49): “Hicieron un juego de la religión y se dejaron seducir por los encantos de la vida mundana, por eso hoy les olvidamos. Se olvidaron del día del juicio final e hicieron burla de nuestros oráculos”.

En nuestro tiempo, los ataques contra los sistemas religiosos parecen cosa natural. Empero, no era así en el mundo musulmán en el cual vivió nuestro poeta. Para apreciar los peligros que implicaba el ser librepensador, astrónomo o filósofo, citemos a Makkarin, a través de Renán, en su estudio sobre Averroes: “Si alguien llegaba a tener la desgracia de que se dijera de, él: Ese da lecciones de filosofía o es astrónomo, la gente de pueblo le aplicaba inmediatamente el nombre de *zendik* —impío, perverso— y esta calificación le quedaba toda la vida. Y entonces corría el riesgo de ser apedreado en las calles o quemada su casa antes de que el Sultán llegara a tener conocimiento de ello. Hasta podía ocurrir que este mismo, con el objeto de atraerse la simpatía del pueblo, ordenara que el

pobre hombre fuese muerto o publicara un edicto ordenando que fuesen quemados todos sus libros filosóficos”.

LXIII

¡Oh esperanzas de un paraíso y temores de un infierno!
Sólo una cosa es cierta: *esta* vida vuela. Una cosa es
cierta y el resto mentira es: cuando una sola vez ha
florecido, se marchita para siempre la flor.

~

Ante la amarga verdad de que una sola vez florece la flor y luego se marchita para siempre, ¿qué importan las ideas de infierno y de paraíso? Nuestra única salvación está aquí.

Cerca de mil quinientos años antes, Eurípides ponía en labios de Hécula (*Las Troyanas*) esta afirmación: “No es lo mismo, oh hija, vivir que morir; la muerte es la nada, y a la vida queda la esperanza”. Pero, también hizo decir a uno de sus personajes: “No consideréis feliz a ningún hombre, sin hasta cuando muera”.

En cantar nahuatleco, el mismo poeta pre-colombino que hemos citado en la cuarteta LXV, daba su tristeza así: “En yerba de primavera venimos a convertirnos: llegan a reverdecen, llegan a abrir sus corolas nuestros corazones, es una flor nuestro cuerpo: da algunas flores y se seca”.

LXIV

Extraño, ¿no es así? Que de las miríadas que antes de nosotros cruzaron como luciérnagas la puerta de la Oscuridad, ni uno, ni siquiera uno vuelve para hablar-nos del Camino, el cual, para conocer, también habremos de andar.

~



El autor de estos poemas pregunta maliciosamente cómo es posible que habiendo cruzado tantos la puerta de la Oscuridad, ni siquiera uno vuelve para hablarnos del Camino. Y, esta pregunta lleva implícita la sospecha de que el *más allá* no sea sino una grande ilusión.

La angustia del hombre es igual en todos los tiempos y en todas las latitudes. Por ello, Anacreonte y Omar Khayyam se tocan de la mano cuando aquél exclama (Oda LVII): “Por eso gimo a menudo, pues temo al Tártaro y el abismo de Edes es horrible. ¡Tremendo es el descenso allá, y habiendo descendido, no vuelve ninguno!”.

También Shakespeare, en *Hamlet*, se expresa en forma similar: ... “La muerte, ese país no descubierta aún, de cuyos límites ningún viajero vuelve”.

LXV

¡Revelaciones de místicos y revelaciones de sabios!
¡Fábulas de esfumados profetas! Fábulas que al despertar de su sueño a sus amigos narraron, para luego a su sueño retornar!

~

Aquí se completa el sentido de la estrofa anterior. Si nadie ha vuelto para hablarnos del “camino”, ¿en qué se basan los profetas y los místicos, para hablar de él? Cuentos, fábulas, y nada más. Por eso, en otro lugar dice, refiriéndose a los profetas y los sabios, que “sus palabras han sido aventadas al escarnio y sus bocas tapadas con polvo”.

Acerca de los incrédulos, Mahoma advierte que “El Corán sólo es para ellos una fábula de la antigüedad” (Cap. LXVIII, vers. 15.)

LXVI

He aquí que envié a mi alma: envíela a través de lo invisible a descifrar una letra siquiera del Más Allá; y al

punto mi alma retornó y me dijo: —Yo misma el cielo
y el infierno soy.

~

Para Omar Khayyam, cielo significa placer. ¿No es el propio “Jardín de las Delicias”, el paraíso mahometano, un sitio de eterna delectación, entre adorables hurís y vino rojo?

LXVII

Lanzados en la obscuridad de la que ha tan poco nosotros también surgimos y en la que en breve hemos de expirar, cielo no es sino la visión de un deseo cumplido, e infierno, la sombra de un alma que se abrasa es.

~

Los deseos no cumplidos son la vida frustrada: el niño que desea un juguete y no puede tenerlo; el padre que anhela un techo para sus hijos y no puede adquirirlo; el artista que sueña con realizar su obra y no tiene medios ni tiempo que se lo permitan; el amor no logrado, la meta no alcanzada, he aquí el infierno terrenal. Ahora bien, para el catolicismo, cielo es el lugar donde las almas encuentran la recompensa a sus buenas acciones sobre la tierra, y la gloria o el castigo se destinan a quienes han sabido sacrificarse —que es la más alta forma de la moral—, o a quienes han delinquido material o espiritualmente.

LXVIII

No somos sino una movible fila de mágicas formas de sombras, que en ronda con la solar lucerna que en la medianoche sostiene el Maestro de la función, vienen y van;

~



“...en ronda con la solar lucerna”. Comparación que se refiere a unas lanternas de llamados efectos mágicos, las cuales, mediante un mecanismo ingenioso, proyectaban sombras en movimiento. El calor de una llama central hacía girar cierto cilindro en el cual estaban caladas las figuras.

Esplende, en este símil, el genio del gran poeta persa.

Con sencillez reúne, en la imagen de un objeto familiar, dos cosas lejanas entre sí, pero que sin embargo se tocan: lo humano y lo divino, Dios y el hombre. Tal alcance imaginativo nos demuestra que, casi paradójicamente, hay tanta similitud entre la linterna y Dios (semejanza motriz) como entre el hombre y la linterna (similitud de efecto); figura que es como los puntos de partida de un ángulo agudo, cuyas dos líneas son el hombre y Dios. En una misma imagen, es decir, por virtud de un solo objeto, nosotros, vanas sombras; Dios, verdad eterna. Para que se comprenda hasta qué punto es exacta esta alegoría, citemos las palabras de Ed. Schuré en las cuales describe, al modo esotérico, a nuestro Creador: “...es parecido a un fuego invisible colocado en el centro del universo, cuya llama ágil circula en todos los mundos y mueve la circunferencia”.

LXIX

tan sólo desvalidas piezas del ajedrez que El juega en el tablero de las noches y los días: mueve aquí y mueve allá, da jaque, mata, y una a una guarda en el armario las piezas del ajedrez.

~

Según el fatalismo de esta cuarteta, no hay esperanza para el hombre. Y, como se afirma en la siguiente, sólo hay Uno que lo causa y lo sabe todo, siendo nosotros simples piezas desvalidas, irrespon-

sables, de un juego. Sin embargo, la alegoría no puede ser más sugestiva.

Un filósofo griego, Heráclito de Efeso (*Los Presocráticos*, México, 1944), había escrito ya, en anticipada coincidencia con Khayyam, esta analogía: “El tiempo, niño es que juega con chinitas sobre ese reino del niño que es el tablero”.

LXX

La incómoda pelota nada sabe, sino que como pega el jugador corre de aquí para allá; y Aquél que te lanzó en el campo, ¡Él lo sabe todo! ¡Él lo sabe! ¡Él lo sabe!

~

Hay algo de trágicamente cómico en esto de ser lanzados de aquí para allá sin tomar en cuenta nuestro parecer. ¡Desvalida pelota, cuyo destino es rebotar involuntariamente! Dolorosa realidad ante la cual vuélvese añicos la soberbia del hombre. —La pelota a que se refiere esta alegoría es la de polo, juego originado en el Oriente.

Dice el Corán (Cap. VI, vers. 59: “El tiene en sus manos las llaves del porvenir que él solo conoce. *El sabe* lo que está sobre la tierra y en el fondo de los mares”.

La idea de que el hombre nada sabe de sí mismo, también la expresa Calderón de la Barca en estos versos de “El Pintor de su Deshonra”:

Y esto está tan escondido
que investigarlo es en vano;
pues sin quien a mí sin mí
me hizo, no me informa aquí
a mí de mí, será llano,
de ansias mis discursos llenos;



torne mi discurso atrás;
pues cuando sé de mí más
es cuando de mí sé menos.

LXXI

¡El incesante Dedo escribe! No: ni toda tu piedad ni todo el saber tuyo lo harán retroceder para que cancele una sola línea, ni todas tus lágrimas, juntas, lavarán siquiera una palabra de lo escrito por Él.

~

Podemos olvidar momentáneamente nuestras desdichas y nuestras faltas, pero librarnos por completo de ellas, no: porque forman parte de nuestra propia vida. Ni con todas nuestras lágrimas nos libraremos de un recuerdo vergonzante. ¡Borrar siquiera una palabra sería como volver a nacer! ¡Adúltero, traidor, asesino, o ladrón, cuántos nacerían a una nueva vida si tan sólo fuese posible lavar éste o aquél recuerdo!

LXXII

Y ese cazo invertido que nombramos cielo y debajo del cual arrastrándonos vivimos y morimos, no elevéis vuestras suplicantes manos hacia él, porque él se mueve tan impotentemente como vosotros y yo.

~

Esto, que parece una expresión atea, se limita a los cuerpos celestes. No olvidemos que Ornar era astrónomo.

Acerca de la comparación del cielo con un cazo invertido, anotemos que también los mayas hablaban de él como de *la jícara azul*.

LXXIII

Con el primer barro de la Tierra amasaron hasta el último hombre, y en él, hasta la última simiente de su postrer cosecha el hombre sembró; y la primer mañana de la Creación grabó lo que el último amanecer de la razón dirá.

~

De aquí se colige que todo esfuerzo de sabiduría es vano, como se enseña en el Eclesiastés. La sabiduría final será la misma del principio, o sea, la del hombre que fue amasado con el primer barro inmutable.

LXXIV

La locura de este día el ayer la preparó; el mañana ha de ser triunfo, silencio o desesperación. ¡Bebe!, porque no sabes de dónde viniste ni por qué. ¡Bebe!, porque no sabes a dónde ni por qué te vas.

~

Decepción de la filosofía, que no puede explicar la causa de nuestra venida al mundo y la finalidad del ser. El “de dónde viniste” y “por qué”, y el “a dónde” y “por qué te vas”, constituyen, medularmente, el objeto del filosofar. Esto nos hace recordar a Descartes, quien afirmó que ningún sistema filosófico llena su objeto si no explica a Dios y al alma.

LXXV

En el principio, cuando colgaron de los flamígeros hombros del Pegazo de los Cielos las Pléyades y Júpiter, en mi predestinado plan de alma y de polvo.

~



Es decir, que desde el comienzo de los siglos, antes de que el hombre fuese creado, la materia con la cual lo formarían —el barro— ya era cautiva de la vid. Y ésta ha de darle la inspiración suficiente para resolver el enigma que en vano tratan de descifrar los místicos y los sabios. Importa saber que las Pléyades y Júpiter rigieron el nacimiento de Omar.

LXXVI

la vid, piadosa, había herido una fibra ya: y aunque el der-
viche y el santurrón se mofen, el vino —siéndome fiel—
hará que de mi tosco metal yo fabrique la llave que abra la
Puerta ante la cual, inútilmente, se desgañitan ellos.

~

Entre los poderes mágicos que Ornar atribuye al vino, está, como hemos visto en otra parte, el de conducir a la suprema sabiduría. Y hay que tener lástima de los santurrones que piensan ganarse el cielo con su austeridad, pues en tanto claman inútilmente ante el eterno enigma, el vino, en un momento de inspiración, de euforia, dará la nave tanto tiempo Buscada. Aquí entendemos, aparte del sentido estricto de la euforia, la actitud de abierta, clara intuición frente a la vida. Ornar parece decirnos que no es encerrándonos en un templo como encontraremos a Dios, sino prodigándonos en la existencia.

LXXVII

Y esto sé: ya me aliente hacia el amor o en la ira me
consume, prefiero —oh, mi alma— un vislumbre de la
Única Luz Verdadera captado alegremente en la ta-
berna, y no perdido virtuosamente en el templo.

~

La santurronería es vana, estéril, en oposición a lo dionisiaco, que es el estado de alegre plenitud. “Virtuosamente perdido en el templo”, es decir, que la virtud a secas — sin florecimientos, “sin radiaciones íntimas, sin ímpetus ni vuelcos”, como dijo el gran lírico Porfirio Barba-Jacob, es una casa que no recibe la verdadera luz.

Para ver cómo el autor de estas Ruba’iyat va contra la corriente religiosa de su época, no hay sino comparar esta estrofa con lo que manda el Corán (Cap. II, vers. 216): “Si te interrogan sobre el vino y los juegos de azar, respóndeles que son criminales y más funestos que útiles”.

LXXVIII

¡Cómo! ¡De la insensible Nada crear un Algo consciente para que sufra la cárcel del placer vedado, so pena de sempiternos castigos si la rompe!

•

Rebeldía. Lo consciente debiera poder elegir con libertad, sin que se le reprima con amenazas. Lo consciente es la medida para la verdadera libertad.

LXXIX

¡Cómo! En oro puro cobrarle a su miserable criatura por el fugaz alivio que le prestó; demandarla por una deuda que jamás contrajo y de la cual no puede responder. ¡Triste comercio!

~

El “oro puro” a que se refiere es la exigencia de una vida ejemplar. Ahora bien, con la expresión de que es “una deuda de la cual no puede responder”, el autor casi niega el libre albedrío. El hombre, ¿no es

una desvalida pelota en las manos de Aquel que lo lanzó en el campo? Y como veráse en la estrofa LXXXVIII, ¿no somos a veces una mísera escudilla “que él mismo estropeó al hornear”? Por lo tanto, si se nos hizo incapacitados para la perfección, ¿cómo se nos exige “en oro puro” que siempre obremos bien? Por otra parte, ¿no es una tiranía esto de imponernos una deuda ni siquiera sospechada? Así, al medir la parte ventajosa que en este comercio lleva la Divinidad, el poeta lo califica de triste.

LXXX

¡Oh, Tú!, que con trampas y emboscadas sembraste el camino por donde habría yo cíc errar! ¡No echarás tus redadas con el Mal Predestinado, para luego mi caída al pecado atribuir!

~

¿Se imaginará un pasatiempo más pueril y cruel a la vez? Formar un ser consciente, darle todas las inquietudes humanas, encender en su mente las luces del espíritu, hacerle vislumbrar el Bien y que aspire a él, para luego ponerle trampas en el camino y solazarse con la tragedia de este pobre ser que cae y vuelve a caer.

Así pensaba Ornar, contrariando el pensamiento mahometano: “Dios es el autor del bien que le llegue. El mal viene de ti”. (*El Corán*, Cap. IV, vers. 81.)

LXXXI

¡Oh, Tú!, que del más despreciable barro modelaste al Hombre, y aun con el Paraíso ingeniate la Serpiente: por todo el pecado que ennegrece el rostro del Hombre, el perdón del Hombre da— ¡y toma!

~

Es decir, que además de habernos hecho del más triste barro, al darnos el Paraíso nos lo disteis —olí celestial ironía— junto con la serpiente. No fue tal paraíso, puesto que en él se encontraba la causa de nuestro mal.

Dice *El Corán* (Cap. III, vers. 101): “Un día, todas las caras de los hombres se volverán negras o resplandecientes. Aquellas cuyas caras sean cubiertas de sombra, serán los apóstatas”. ¡Cómo parece que Khayyam abrió el Corán y, espigando, eligió este versículo para rebatirlo! A nosotros nos place haber encontrado —revisando *El Corán* para hacer estas notas— las huellas lectivas, el paso del gran poeta por la biblia mahometana. La cita que constituye esta cuarteta es tan precisa que, no cabe duda, Ornar tenía en la mente este versículo de *El Corán*.

LXXXII

“Dios ha formado al hombre de un barro semejante al que os sirve para hacer las ollas”. (*El Corán*, Cap. LV, vers. 13).

Igual que al amparo del declinante Día y herido de hambre se deslizó hacia fuera Ramadán, en casa del Alfarero y rodeado por las múltiples formas de barró encontréme una vez más.

Como epígrafe a esta parte del *Kuza Náma*, es decir, el libro de las vasijas, nos hemos permitido poner una cita del Corán, en la cual parece haberse inspirado el poeta. No podemos ocultar que la paciencia nuestra al revisar palabra por palabra El Corán, buscando analogías o puntos de contacto entre él y las Ruba'iyat, nos ha permitido la satisfacción de poner, por primera vez en cualquier edición, la cita de tal versículo, justamente relacionado con el *Kuza Náma*.



Llevado por el hambre de saber, el poeta se encuentra en casa del alfarero, con la esperanza de sorprender la verdad en labios del “eterno barro”, del cual estamos hechos. — Ramadán: “El mes de Ramadán (que es un tiempo de ayuno en el cual el Corán ha descendido del Cielo,” (*El Corán*, Cap. II, vers. 181). “La comida y la bebida os son permitidas hasta el instante en que podáis distinguir, a la nascente luz del día, un hilo blanco de un hilo negro. Cumplid en seguida el ayuno hasta la noche”. (Id. Nota en la página 147, de la Ed. Garnier Hnos., París.) Gustavo Le Bon, en su obra “La Civilización de los Árabes”, asienta que “el ayuno del Ramadán” (instituido por Mahoma) impone una completa abstinencia de comida desde la aurora hasta el ocaso durante un mes”.

La constante ironía que Ornar vierte sobre las ideas religiosas del Islam, demuestra que no tomaba muy en serio la palabra de Mahoma. Seguramente, como hombre de ciencia que era, conocía la fuente cristiana de donde El Corán proviene y sabía que éste no es sino una imitación del Antiguo y del Nuevo Testamento, al mismo tiempo que un intento de negar éstos, es decir, su propia fuente.

LXXXIII

Formas de varios tamaños y clases, prominentes o humildísimas, alineadas a lo largo del suelo y junto a la pared; formas entre las cuales algunas eran locuaces vasijas, en tanto que otras escuchaban, pero sin hablar jamás.

~

El autor de las Ruba'iyat emplea felizmente la alegoría de las vasijas. ¿Qué hay más parecido al hombre que una vasija de barro? Hechos de una misma substancia y modelados por una misma mano —el hombre por la de Dios, la vasija por la del alfarero— salen sin embar-

go en diversidad de formas, tamaño y calidad. Y, claro está, como hay diferencias, asoman el escepticismo y la rebeldía, al mismo tiempo que el optimismo prospera por el lado de los elegidos.

LXXXIV

Una de ellas dijo así: —verdaderamente, no en vano de la informe tierra mi substancia fue tomada y en esta figura modelada, puesto que he de ser rota, pisoteada y confundida con la informe tierra otra vez.

~

¿Cómo ha de haber salvación para lo que está hecho de miserable tierra? Y además, el Hacedor, ¿es compasivo para con nosotros? Claro que no, parece opinar esta vasija, puesto que hemos de ser rotos, pisoteados y reintegrados a nuestro oscuro principio.

LXXXV

Y, una segunda Forma: —He aquí que un niño enfadado no rompería la escudilla en la cual jubilosamente bebe; y Aquel que con mano propia la vasija ha modelado, claro que no ha de romperla en ira posterior.

~

He aquí, sin embargo, la voz; de una vasija que no es tan pesimista. Si se nos hizo y servimos para algo, ¿por qué se nos ha de destruir? Al menos, este fin utilitario puede salvarnos.

Dice *El Corán* (Cap. III, vers. 103): “Dios no quiere, perder a sus criaturas”.



LXXXVI

Después de un momentáneo silencio, una vasija de más torpe compostura habló, diciendo: —Se burlan de mí por mi oblicua traza. ¡Qué! ¿Tembló acaso la mano del Modelador?

~

¿Qué culpa tengo de mi imperfección? En todo caso, entiéndanse con Aquél cuya mano no fue lo bastante hábil para modelarme. ¿Cómo, pues, practicar lo que está escrito en los Evangelios: “Sed perfectos como vuestro Padre que está en los cielos”?

LXXXVII

A lo que una del parlero grupo —me parece que una ollita Sufí—, derritiéndose de calor interrumpió, gritando: —Todo esto de Modelador y de modelo, yo os ruego me digáis, ¿quién es el modelo y quién el Modelador?

~

Sátira contra los sistemas religiosos y filosóficos que no logran ponerse de acuerdo. El “yo os ruego me digáis” equivale a preguntar socarronamente quién posee la Verdad.

Ollita Sufí: El Sufismo —rama del Islamismo— tiene como objeto librarle sus pasiones al hombre, acercándole a Dios. En esta cuarteta, la burla consiste en la confusión que muestra un sufí, no acertando a distinguir entre modelo y Modelador. Más adelante, ya veremos cómo se codeará con las demás vasijas, con la grata sorpresa del vino (doble burla).

LXXXVIII

Y dijo otra: —Pero si aun hay quienes cuentan de Uno que amenaza con arrojar al Infierno a las desafortunadas escudillas que él mismo estropeó al hornear. ¡Quíá! El es un buen hombre y todo saldrá bien.

~

El es demasiado consciente para echar sobre otros una culpa que es sólo suya. ¿Infierno? Claro que no. Porque tal cosa supondría un sentimiento no muy paternal que digamos. Hay que tener fe en la bondad divina.

LXXXIX

—Pues bien, murmuró otra, sea quien fuere el fabricante o el comprador, de tan abandonado mi barro se ha vuelto seco. Mas, llenadme con el viejo y familiar jugo, que poco a poco me pueda reponer!

~

En final de cuentas, si nuestra suerte no depende de nosotros, ¿qué se gana con averiguar quién es el fabricante y quién el comprador? Seamos un poco más cuerdos: atengámonos a nuestro deleite.

XC

Y pasada la Cuaresma, apuntó la creciente luna hacia lo que todas las vasijas buscaban, y una a una codeáronse, gritando: —¡Ahora, hermana! ¡Ya viene, Grujiéndole la espalda con las ánforas de vino, el viñatero!

~



Regocijo casi infantil. Después de una prolongada y forzosa penitencia, ¡qué maravilloso espectáculo el del viñatero con las ánforas de vino! Es como para conmover al más insensible.

La “creciente luna”, o sea, hacia fines del mes de Ramadán, el cual era de ayuno (ver nota de la cuarteta LXXXII).

Hemos traducido “crujiéndole la espalda”, por “the Porter’s shoulder-knot a-creaking”, ya que no hay en español ninguna palabra que traduzca fielmente la voz “shoulder-knot”, la cual se aplica a ciertas almohadillas empleadas para transportar cosas pesadas a cuestras.

XCI

¡Proveed mi existencia declinante con la abundosa uva! Y cuando la vida haya muerto en mi ser, mi cuerpo lavad, y amortajado tended-me en la viviente Hoja, a la vera de algún frecuentado jardín.

~

Se sabe que no en vano Ornar pidió tal sitio para su eterno reposo, pues que en efecto fue sepultado a la vera de un “florido jardín”.

La idea del jardín ocupa un sitio de preferencia en la religión de Mahoma. Representa la felicidad suma. El propio paraíso es “el jardín de las delicias” y un arroyo lo baña. Pero, no sólo en Persia, sino en todo el mundo, un jardín es símbolo de juego, paz, gustación del tiempo en el reposo, es decir, de alegría de vivir.

XCII

Porque así, hasta mis cenizas han de saltar en el aire para hablar de Su Divinidad, el Vino; y no habrá creyente alguno que convertido no sea cuando pase junto a mí.

~

He aquí una vocación que, no conforme con los límites de la vida, prométese actuar más allá de esta. Y, claro esta, contrariando al Corán, que dice: “Señor, haz que los infieles no nos seduzcan y perdónanos”. (Cap. LX, vers.).

“Liu Lang, el Omar chino, como le llamaba Heron Allen, nos habla de un compatriota suyo (siglo III de nuestra Era) que al morir dejó instrucciones para que se le enterrase en un campo de donde un alfarero sacaba la arcilla para modelar sus ánforas. De esa manera, cuando con el tiempo se transformara en tierra, aparecería otra vez entre los mortales, bajo la forma de una jarra de vino”. C. M. Sáen Peña.

XCIII

En verdad, los ídolos tan largamente por mí amados, a mi crédito han hecho gran daño en este mundo: han ahogado mi gloria en una copa sin profundidad y mi reputación han vendido por un cantar.

~

“La copa sin profundidad” en la cual ahogaron su gloria, ¿no alude a cierta incomprensión o criterio estrecho? Y la queja de que su reputación haya sido vendida por un cantar, ¿no se refiere a que la hayan mal juzgado por estos poemas escépticos, en los cuales dase un sitio más importante al placer que a la virtud?

XCIV

Claro, claro está que muchas veces juré arrepentimiento, ...mas, ¿estaba en mí cuando juré? Y luego, rosa en mano se ha anunciado la florida primavera, para llegar y mi gastada penitencia en mil pedazos romper.

~



¿Qué puede el arrepentimiento contra la alegría de vivir? ¿Qué puede este arrepentimiento decadente, contra el entusiasmo de la vida que florece?

Anacreonte cantaba: “La negra tierra bebe lluvia, y los árboles beben tierra, y Helios bebe mar, y Selene bebe de Helios. ¿Por qué, pues, me prohibís que beba, amigos míos?

Pero Calderón de la Barca escribe, no con la alegría dionisiaca de la llegada de la primavera, sino con las cenizas de un alma atormentada por la idea del pecado:

Si mis sentidos me llevan
tras sí, ¿que puedo yo hacer?
(El Pleito Matrimonial.)

XCV

Y por más que el vino ha jugado al infiel, robando mi toga de honor, me sorprenden los vendedores de vino, pues, ¿qué mejor pueden comprar que lo que salen a vender?

~

He aquí un caso de insospechable fidelidad. Tú, el vino, me llevas a cometer locuras, me privas de honores, y sin embargo, no te cambiaría por nada. Y quienes lo hacen, ¿no se acusan de necios, siendo como eres, el supremo bien?

Anacreonte decía: “En cuanto bebo vino bueno, siento que mi acto me reporta verdadera ganancia, la única que sacaré, puesto que todos hemos de morir” (XXXIX).



XCVI

¡Y sin embargo! ¡Que junto con la primavera haya de eclipsarse la rosa! ¡Que cerrarse deba el dulce y perfumado manuscrito de la juventud! Decidme: el ruiseñor que en el follaje cantaba, ¿de dónde y hacia dónde huyó? Pero, ¿quién lo sabe?

~

En el fracaso ulterior del saber, ignoramos de dónde venimos y hacia dónde vamos. Si tan sólo supiésemos esto, ya no sería tan lamentable el que deba cerrarse el perfumado libro de los años mozos.

Para convencernos aun más de cómo el pensamiento filosófico va engarzado en el lenguaje poético de Omar Khayyam, comparemos el sentido de esta cuarteta con lo que Ernst von Áster señala en su “Historia de la Filosofía” (Edic. Zig-Zag, pág. 11) como una de las formas de esta *ciencia* del conocimiento universal: “...comprendemos cómo la filosofía ... aparece”, entre otras formas, bajo la siguiente: “como investigación del —de dónde—, del fundamento, en el sentido de fundamente primitivo, del origen primero; y también como investigación del —a dónde—, del destino, de la finalidad y del término de todas las cosas”.

XCVII

¡Si tan sólo el desierto de la Fuente otorgase un atisbo de luz, hacia el cual el desfalleciente viajero pudiera elevarse, como la hollada hierba del campo se levanta bajo el sol!

~

La vida es un desierto, pero en él está la Fuente de todas las cosas, aunque no podamos distinguirla. Tal parece que ésta es la explicación de “el desierto de la Fuente”, figura aparentemente contradictoria.



XCVIII

¡Si tan sólo, y antes que sea demasiado tarde, un ángel tomar pudiese los aún desplegados anales del Destino, y hacer que el austero Cronista del todo anote o por completo omita!

~

“Que el austero Cronista del todo anote o por completo omita”. Es decir, que nos dé un lugar eterno en los anales del destino, o que no nos haga figurar en él absolutamente. Todo o nada.

Dice el Corán: “La tierra no encierra un grano que no esté inscrito en el libro de la evidencia” (Cap. VI, vers. 59).

XCIX

¡Oh, amor! ¡Si tan sólo echar mano pudiésemos a esta sórdida intriga de las cosas, cómo la romperíamos en añicos, para luego reconstruirla más de acuerdo con los anhelos del corazón!

~

Sujeto a la fatalidad de su vida y a las conveniencias de su civilización, cuántas veces ha sentido el Hombre en sus labios la imperiosa, necesidad de un grito cuya angustia se expresa en esta cuarteta. ¡Reconstruir las cosas “más de acuerdo con los anhelos del corazón”!

Nada más humano, y a la vez tan sin consuelo; porque se dice únicamente “si tan sólo pudiésemos”, dando a entender algo inalcanzable, insuperable. La expresión es remota y sin esperanzas y germina en ella una voz de protesta. En esta colección de poemas flota algo del fatalismo del dibujante mexicano Julio Rucias, quien dibujó a la Esperanza clavada sobre un ancla.

C

Y esa naciente luna que nos busca nuevamente, ¡cuántas veces en lo futuro florecerá y se marchitará! ¡Cuántas veces, asomada sobre la tapia, solicitándonos mirará a lo largo de este mismo jardín, ...y a uno inútilmente buscará!



Como autentico poeta, Omar Khayyam amó la luna, y le entristece pensar que ella, novia de los enamorados de la vida, estará presente en la cita a la cual faltaremos nosotros. Entonces, ¿a quién contemplará? Y a ella, ¿quién la contemplaría? A otro, como ayer a César y a nosotros hoy.

CI

Y cuando entre los amantes del vino dispersos como estrellas sobre el prado, llegues igual que la luna a transcurrir, oh Escanciadora, y en tu alborozada misión pises el sitio donde yo fui Uno, ...simbólicamente, vuelca una copa vacía allá!



Muerto ya, nada tan simbólico para representar a un gran amante del vino y de la vida, como una copa volcada. En verdad, resulta un monumento, y alegre, en vez de triste. Quede así para nosotros esta imagen simbólica del incomparable Omar Khayyam: una copa vacía, extraordinariamente labrada y volcada en la tierra como un tulipán.

TAMAN SHUD

Apéndice

De la versión de las Ruba'iyat por Justin Huntly McCarthy, hemos seleccionado y traducido unas doscientas, de las cuales presentamos algunas:

I. Ya que el destino del hombre es vivir de tristezas y exasperar a su alma en esta odiosa tierra, feliz aquel que váse raudamente del mundo, pero más feliz aún aquel que no viene nunca.

III. Vivir no puedo sin vino blanco; sin la copa de vino, levantar no puedo la carga de la vida; soy el esclavo de esa hora adorable cuando, no pudiendo más, el escanciador me invita a otra copa y me la tengo de beber.

XII. Todas las mañanas digo: "Esta será la noche de mi arrepentimiento: arrepentirme de las copas desbordantes y las ánforas. Empero, ya que la estación de las rosas ha llegado, líbrame del arrepentimiento en el tiempo de las rosas, oh, Señor del arrepentimiento!

XIV. Pasé por donde un alfarero amasaba barro y vi lo que él no veía: que era el polvo de mi padre el que yacía en la palma de su mano.

XVIII. Oh, Khayyam, ¿por qué tanto lamentarte de tu pecado? ¿Qué consuelo has de hallar en este atormentarte a ti mismo? Aquel que nunca ha pecado, no puede conocer la dulzura del perdón. La misericordia fue hecha en consideración al pecado; entonces, ¿por qué temes, oh, Khayyam?

XXI. Siéntate, oh mi adorable, encantadora bienamada; y así, aplacando las llamas de un mil deseos, no te levantes más. Vos

me prohibís que os contemple, pero lo mismo podríais ordenarme volcar la copa sin derramar su contenido.

XXII. Busca la compañía de los virtuosos y entendidos, y vuela a mil leguas de un hombre sin ingenio. Si un sabio te da ponzoña, no temas beber de ella; mas, si un necio te ofrece el antídoto, derrámalo al punto sobre la tierra.

XXXII. Ay, nunca bebemos con deleite una sola gota de agua límpida, sin que tengamos que apurar, a un tiempo, la copa de amargo vino que nos tiende la mano del pesar.

L. Vi sobre los muros de Thous un ave parada frente a la calavera de Kai Khosrou. Dijo el pájaro a la calavera: —“Válgame el cielo”, ¿qué ha sucedido con el aparatoso estrépito de vuestra gloria y con el clamor de vuestras trompetas?

LXVI. Has errado sobre la faz de la tierra, pero todo lo que has sabido es nada: todo lo que has visto y todo lo que has oído, es nada. Aunque viajases de un extremo al otro del mundo, todo eso sería nada; y aunque permanecieses en un rincón de tu casa, todo eso sería nada, nada.

LXXII. Aunque, ciertamente, nunca he perforado la perla de la obediencia que debemos a Vos; aunque nunca he barrido de mi corazón el polvo de vuestros pasos, no desespero por llegar al pie del trono de Vuestra clemencia, ya que jamás os importuné con mis rezos.

LXXXII. Si escuchas, he de darte buen consejo. No vistas el manto de la hipocresía por amor al Señor. La eternidad es de todos los tiempos y este mundo no es sino de un momento. Así, no trafiques ni por un momento con el imperio de la eternidad.

LXXXVI. Todo lo que es fue inscrito ha mucho sobre las tablas de la creación. El lápiz del cielo nada tiene que ver con el bien y el mal. Sobre el destino, Dios estampó su sello indispensable y todas nuestras rebeldías no son sino inútil desperar.

LXXXVII. Preferiría, con, Vos, derramar en la taberna todos los pensamientos de mi corazón, antes que ir, sin Vos, y elevar mis rezos al cielo. Esto, oh, Creador de todo lo presente y de todo lo por venir, es en verdad mi religión, ya me arrojéis al fuego o me hagáis feliz con la luz de Vuestro semblante.

Obra poética y antropológica

DE JOSÉ DÍAZ-BOLIO

- La visión pensativa. Versos*, [México, s.e], 1928.
- Los Itzacanes: una rapsodia del Mayab, [México, La Universal, 1932].
- El Mayab resplandeciente: poemas en prosa*, México, Nuestra raza, 1934.
- Palabras en primavera*, México, Botas, 1934.
- Poemas en Cristo*, [México, s.e], 1934.
- Sónticos*, México, Elizondo, 1939.
- El Mayab resplandeciente: poemas*, 2a. ed., México, J. Díaz B., 1940.
- Estudio antológico y tesis sobre el símbolo de la Serpiente Emplumada. Breve anticipo. Contribución a la séptima reunión del Congreso Mexicano de Historia*, Mérida, Yucatán, [s.e.], 1945.
- Oración rústica*, México, Zenzontle, [1945].
- Breviario de la angustia*, México, [s.e], 1946.
- El carruaje de la vida y otras poesías*, [México, s.e], 1947.
- Recreación de la Flor de Mayo*, [México, s.e], 1949.
- La serpiente emplumada, eje de culturas*, Mérida, México, Registro de Cultura Yucateca, 1955.
- La piedra solar-crotalense llamada Calendario azteca. Apéndice al libro La serpiente emplumada: eje de culturas*, Mérida, Registro de Cultura Yucateca, 1957.

- Origen del Nabui Olin*, Revista de la Universidad de Yucatán, núm. 1, t. 1, 1959.
- El sol caído*. Versos, [México, s.e], 1960.
- La serpiente emplumada, eje de culturas*, 3a. ed., Mérida, México, Registro de Cultura Yucateca, 1964.
- La geometría de los mayas y el mayarte crotálico. Apéndice al libro La serpiente emplumada, eje de culturas*. Yucatán, Novedades de Yucatán, 1967.
- El idioma de los códices, teoría de los cenotes*, Mérida, Área Maya-Mayan Area, 1967.
- Instructive Guide to Cuzamil (the Island of the Rising Sun) and Tulum (the City of the Setting Sun)*, Mérida, Área Maya- Mayan Area, 1969.
- Mayas antiguos y modernos: pruebas de identidad*, Mérida, Yucatán, Área Maya-Mayan Area, 1970.
- Guía instructiva a las ruinas de Chichen-Itzá: estudio*, Mérida, Yucatán, [s.e], 1972.
- La chaya: planta maravillosa, alimenticia y medicinal*, Mérida, Área Maya, 1974.
- Ruines de Chichen Itza: guide-precis contenant la theorie crotalique de la civilisation mayan*, Mérida, Área Maya, 1975.
- Ruines d'Uxmal, guide-precis contenant la theoire crotalique de la civilisation mayan*, [Mérida, s.e.], 1975.
- Mi descubrimiento del culto crotálico*, Mérida, Yucatán, Ediciones de la Universidad de Yucatán, 1977.
- The Rattlesnake School: for Geometry, Architecture, Chronology, Religion and Arts*, Yucatán, México, Área Maya, 1977.
- El alfabeto maya de Landa y los libros quemados en Maní*, Mérida, Yucatán, Área Maya, 1978.

- La Tumba del Rey de Nachan-Caan (Palenque)*, Mérida, Yucatán, Área Maya, 1978.
- Origen de la cronología Maya*, México, Revista de la Universidad de Yucatán, 1980.
- La serpiente de luz de Chicen Itzá*, [México, s.e], 1982.
- Teoría de lo bello*. Revista de la Universidad de Yucatán, núm. 6.
- La cultura más antigua del mundo: La maya*, México, Universidad de Yucatán, 1984.
- Origen maya del escudo de México*, Mérida, Yucatán, Área Maya, [1986].
- The geometry of the maya and their rattlesnake art*, México, Área Maya, 1987.
- Origen de las pirámides en Egipto y América*, México, [s.e., 1987].
- El Mayab resplandeciente: poemas*, 3a. ed., Yucatán, México, Maldonado, 1988.
- Why the Rattlesnake in Mayan Civilization*, Mérida, Yucatán, Área Maya-Mayan Area, 1988.
- El Sacbé: teoría acerca de los largos caminos blancos de los Mayas*. Mérida, Yucatán, Área Maya, 1989.
- Los frescos mayas de Mulchic, su descubrimiento y destrucción (La batalla de Mulchic)*, Yucatán, Área Maya, 1991.
- Origen del arte maya*, Mérida, Yucatán, Estado de Yucatán, 1991.
- Misterio y divinidad del número 7*, Mérida, Yucatán, Área Maya, 1992.
- The Mayan Natural Pattern of Culture Only one on Earth*, México, Área Maya, 1992.
- Huella humana*, México, [s.e], 1993.
- The Faith of the Mayans. La fe de los mayas*, México, Área Maya, 1995.



- Cartas de Cultura Maya dirigidas al Instituto Nacional de Antropología e Historia de México*, México, Área Maya, 1996.
- La serpiente emplumada, eje de culturas*, México, Área Maya, 1998.
- Yucatán en el perfil del tiempo*, Mérida, Yucatán, Universidad Autónoma de Yucatán, 1998.
- Oración rústica*, Yucatán, México, Compañía Editorial de la Península, 1999.
- Guía-estudio a las ruinas de Tulum, la ciudad del sol poniente*. México, [s.e.], 2004.
- Guía instructiva a las ruinas de Uxmal*, México, Área Maya, 2006.
- Origen del arte maya*, 3a. ed., Mérida, Yucatán, Área Maya, 2007.
- Origen de las pirámides en Egipto y América*, México, [s.e.], 2009.

Índice

<i>Texto introductorio</i>	5
<i>Boreal</i>	13
Los Monumentos	
(Primera poesía en que se canta a las ruinas mayas).....	17
El mendigo universal.....	19
El vagabundo.....	20
Desnudez.....	21
Al de la triste figura.....	23
La irredenta.....	24
Peldaños.....	25
Celos.....	26
Tú.....	27
Cantiga del arrabal.....	28
Rubor.....	29
Lo más grande.....	30
El hombre y su perro.....	31
El retorno de los héroes.....	32
Balada que dice: yo soy aquel Damián.....	34
Así te quiero.....	35
Crucifijo.....	36
De pasados tiempos.....	37

El color que más se mancha	38
La danza	39
Posdata	40
Belleza	42
El cisne	43
David Moreno	
(Cuando un guitarrista muere, mueren también los luceros)	44
Guitarra fina	45
Little boy	47
En un álbum	48
Canción antigua	49
El agua de la fuente	50
La puerta falsa	51
Cuando naciste tú	52
Tus ojos	54
Madrigal	56
La misa de amor	57
Los hombres de madera	59
El sermón de la montaña	65
El carruaje de la vida	68
Breve balada de Martín Estrella	70
La rosa	71
Romance del idioma español	
en su primer milenario	72
El loco	76
El espejo	77
Marina la marinera	78
Claveles rojos	79
Sencillez	81
Nochebuena	82



Olvido	83
La voz	84
La nueva raza	86
Musmé	89
Guitarra	90
El enterrador	92
El caminante	93
Cuatro mil años	94
El manantial	95
¡Siempre!	96
Zandunga	97
Una cristalina gota	98
Soneto heroico	99
Celos	100
Sonata	101
Fervor	103
Yo y mi sombra	104
Alba	105
Tú misma	106
Madre flor	107
Vasantasena	
(Tema hindú)	108
Ojos maternos	110
Señor Juez	112
Nostalgia	114
Luna	116
Dime	117
Balada de la tristeza	118

Los Itzaeanes

Una rapsodia del Mayab

El sueño de la ciudad.....	121
La antigua historia.....	127
La ciudad desierta.....	135

Poemas en Cristo

El vino del rabí.....	139
El sirio.....	142
Tuvo compasión.....	144
La pregunta.....	145
El loco.....	147
La espada y el lirio.....	150
El agua de vida.....	151
El látigo.....	153
La puerta cerrada.....	155
La mujer deforme.....	157
El camino de la sangre.....	158
El hombre Jesús.....	159
Poncio Pilatos.....	161
La piedra.....	163
Las dos sombras.....	164
El sudor de sangre.....	167
El rey de los judíos.....	169
La carne que perece.....	171
La palabra de Jehová.....	172
El crucificado.....	174
Las esencias cautivas (Sónticos)	
(Poemas para acompañarse con guitarra).....	177

El sol caído (Silvio Alonso)	194
Retorno (Canción)	197

Recreación de la Flor de Mayo

Canción (Al modo de Verlaine)	217
-------------------------------------	-----

El Magab resplandeciente

Poemas en marco maya

Prólogo	221
Dintel	227
Poema de la gran riqueza	228
Poema de la promesa de amor	229
Poema de Ah-Cunaan	232
Poema de Okomol	234
Poema del gran momento	235
Poema del rey del Palenke	236
Poema del verdadero amor	237
Poema de la esperanza	238
Poema de Hunab-Kú	240
Poema de "U". La Señora de las Noches	241
Poema de Hadzachac	243
Poema de H-Iktan	244
Poema del hombre pequeño	246
Poema de H-Ilabén	247
Poema de Ah-Miatz	249
Poema de Ik-Zazil	250
Poema del retorno	251
Poema del cantar sencillo	253

Poema del mal amor	254
Poema de la recompensa	255
Poema de H-Pacat-Chen	257
Poema del buen artista	258
Poema del Sacbé	259
Poema de Ah-Xaché	260
Poema de todas las cosas	261
Poema de la revelación	263
Poema del tiempo de cosechar	264
Poema de la dulce palabra	265
Poema del amor que llega	266
Poema del amor que muere	267
Poema del presente de amor	268
Poema del amor desconocido	269
Poema del amante sincero	270
Poema del pájaro encarcelado	271
Poema de las manos	272
Los nueve poemas de Ik-Halal	274

Época Segunda

Poema del mendigo	
(Escena ante el palacio del rey, en Uxmal)	279
Poema de las dos sombras	280
Poema de la felicidad	281
Poema del buscador de ilusiones	282
Poema de las cosas perfectas	283
Poema de Ah-Zat-Cáan	284
Poema de Uinic-Tun	285
Poema del hombre y la serpiente	287
Poema de la fe que muere... ..	289
Poema del hacedor de estatuas	290



Poema del ciego	291
Poema de la tierra seca	292
Poema del acusador	294
Poema de los pasos	295
Poema de H-Ubahil	296
Poema del momento de la vida	297
Poema de H-Uayac-Pol	298
Poema de Polomtún	299
Vocabulario	301

Sánticos

Nota liminar	307
La chicuela enamorada	
Por Blanche Lamontagne	
Versión de José Díaz-Bolio	328
Vendimia	329
El mar	330

Ruba'iyat

de Omar Khayyam

Dintel	333
Apéndice	389

<i>Obras poéticas y antropológicas</i>	393
--	-----

Huella humana

Antología poética

el proceso editorial se terminó en la Ciudad de México durante el mes de diciembre del año 2017. La edición impresa sobre papel de fabricación ecológica con *bulk* a 80 gramos, estuvo al cuidado de la oficina litotipográfica de la casa editora.



ISBN 978-607-524-173-9

La poesía de José Díaz-Bolio emprendió diferentes caminos, dominó distintas formas y combinó recursos literarios; su obra poética posee diversas intensidades, el privilegio de la imagen y el verso aforístico. Isidro Fabela, en su prólogo al libro *El Mayab resplandeciente*, afirma:

[...] Díaz-Bolio se ha superado: la prosa de sus poemas breves es la única perdurable, la que dice lo que quiere decir, con precisión, con claridad, con elegante sencillez, la prosa de ideas netas expresadas con la fácil euritmia, con la difícilísima armonía de una música limpia, grata y noble.

Concluye:

[...] en estos tiempos en que el verso va haciéndose joya del pasado, es preferible hacer poesía en prosa, porque si ésta es rica, diáfana, sensual en su emotividad, elegante en su ritmo, noble en su fervor, la palabra poesía dejará de ser sinónimo de verso, y los verdaderos poetas terminarán escribiendo en prosa.



POESÍA



MAPorrúa
librero-editor • México